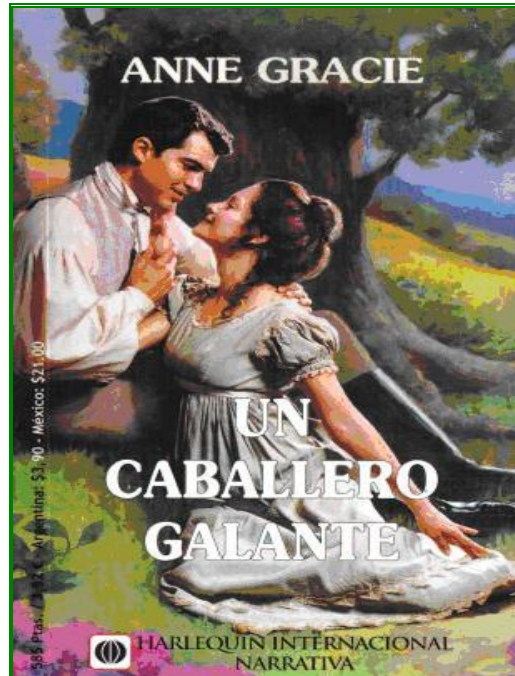


Un caballero galante

Anne Gracie



Un Caballero Galante (2001)

Título Original: Gallart waif

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: **Internacional 252**

Género: Histórico

Protagonistas: Jack Carstairs y Kate Farleigh

Argumento:

Kate Farleigh no sabía cómo reaccionar cuando, al rechazar la caritativa oferta de Lady Cahill, esta decidió llevársela en su lujoso carruaje. La razón de tan descabellado plan no era otra que Jack Carstairs, el misterioso nieto de la dama.

Herido en la Guerra de Independencia, repudiado por su padre y abandonado por su prometida, Jack había decidido refugiarse en su casa de campo; pero Kate no podía aguantar tal comportamiento. De pronto el soldado descubrió que su vida volvía a tener un propósito: conseguir que la señorita Farleigh no le hiciera cambiar sus costumbres. Porque, si no tenía cuidado y Kate lograba salirse con la suya, podría hacer que él volviera a convertirse en todo un caballero.

Prólogo

Kent, Inglaterra. A finales del verano de 1812.

—No, no, papá. No haré. ¡No puedes obligarme!

—Por favor, querida mía, te lo suplico. No llevará mucho tiempo y me temo que él no me hará a mí ningún caso.

El caballero alto, de pelo oscuro que esperaba solo en el salón reaccionó al oír aquellas voces, que parecían provenir del exterior. Se giró bruscamente y emitió un suave gemido, con el rostro crispado por el dolor. Luego, moviéndose con más cuidado, flexionó la pierna más lentamente, apoyándose en su bastón. Su repentina palidez fue desapareciendo gradualmente a medida que iba remitiendo el dolor.

Cuando miró hacia el lugar de dónde provenían las voces, tragó saliva y se tiró nerviosamente del corbatín, estropeando de aquella manera el efecto que tanto le había costado alcanzar. Sus ropas eran de la mejor calidad, aunque algo pasadas de moda. Parecían haber sido confeccionadas para un hombre de mayor corpulencia, ya que el abrigo, en vez de ajustársele al cuerpo, le quedaba algo suelto por todas partes excepto por los hombros. El caballero en sí mismo resultaba algo extraño ya que era alto, de anchos hombros, moreno y muy atractivo a pesar de que presentaba una delgadez extrema.

Jack Carstairs había esperado demasiado. Ya le había resultado más que suficiente tener que estar encerrado en un carruaje durante horas para llegar allí y encontrarse luego recluido en un salón. Media hora en aquella sala era demasiado para un hombre que se había pasado los últimos tres años al aire libre, como oficial de las tropas al mando de Wellington en la península ibérica. Por ello, abrió las puertas que llevaban al jardín y salió a la terraza. Lo recibió el aire fresco y los dulces y melodiosos tonos de la voz de su amada.

Jack dio un paso, impaciente. Tres años. La espera estaba a punto de terminar. En solo unos minutos volvería a tenerla entre sus brazos y la pesadilla se habría terminado. Cojeando, se acercó ansiosamente hacia otra de las salas que daban a la terraza, que era de donde provenían las voces.

—No, papá. Debes decírselo. No deseo verlo —decía Julia, cuya voz sonaba petulante y enrabietada. Jack nunca la había oído de esa manera.

—Venga, venga, querida mía. Hablaré con él y se lo haré entender, no te preocupes, pero debes darte cuenta de que es necesario que, al menos, vengas conmigo. Sabes que, si no, no me creará.

Jack se quedó inmóvil. Había recibido una carta de Julia, llena de amor y dulzura solo un mes antes, justo antes de que resultara herido. Estaba en el mismo fajo de cartas que lo había informado de la muerte de su padre y, como todo el correo que llegaba a la península, lo hacía con meses de retraso.

La encantadora y añorada voz adquirió un tono más irritado.

—No quiero verlo. No. Ha cambiado, lo sé. Lo vi desde la ventana.

—Venga, venga, querida mía. Eso es algo que debías esperar. Después de todo, ha estado en la guerra y las guerras siempre cambian a un hombre.

—Ahora es.... es feo, papá. Su rostro ha cambiado.

Inconscientemente, Jack se pasó los dedos por la brutal y todavía lívida cicatriz que le atravesaba la mejilla desde la sien hasta la boca.

—Y casi no puede andar, papá... Por favor, papá, no me hagas hablar con él. Ni siquiera podría soportar mirarlo, con la pierna estirada de ese modo tan horrible. Habría sido mucho mejor que hubiera muerto.

—¡Julia, hija mía! —exclamó el padre, escandalizado.

—Sé que suena duro, pero cuando pienso en lo guapo que era Jack y en lo que se ha convertido ahora, podría llorar. No, papá, no es posible.

—¿Estás segura, querida mía?

—Claro que estoy segura. Tú mismo me dijiste que su padre no le dejó nada. No me puedo casar con un hombre sin recursos. Me irrita tanto pensarlo... pensar en todo el tiempo perdido, esperando... Y, además, casi no puede andar sin caerse, así que puedes estar seguro de que no podrá volver a bailar conmigo como solía...

Mientras la voz se le iba desvaneciendo, ella recordó los mágicos momentos que había pasado en los bailes, siendo el blanco de todas las miradas, la envidia del resto de las damas. Golpeó el suelo con el pie, furiosa por haberse visto privada de lo que tanto había deseado.

—¡No, papá, es imposible! Ahora me alegro que no nos permitieras anunciar el compromiso formalmente, aunque, entonces, me pareciste un ser monstruoso y cruel.

Con aquello, Jack había oído más que suficiente. Pálido y triste, apartó las cortinas que lo habían ocultado hasta entonces y entró en la sala.

—Creo que eso lo dice todo, ¿no es cierto? —dijo, con voz suave.

Padre e hija se sorprendieron y se produjo entre ellos una pequeña conmoción mientras pensaban en lo que Jack podría haber oído. No había nada que les indicara el tiempo que él llevaba escuchando. Jack se acercó cojeando a la puerta y la abrió para el padre de Julia.

—Creo que su presencia ya no es necesaria, sir Philip. ¿Sería usted tan amable de dejarnos a solas, señor?

—Dejemos una cosa clara, Carstairs —replicó sir Philip Davenport—, no permitiré que se me den órdenes en mi propia casa. Entiendo que todo esto debe de ser una sorpresa muy desagradable, pero ya no estás en posición de...

—Gracias, señor —lo interrumpió Jack—. Entiendo lo que quiere decir, pero también creo que se me debe la cortesía de unos pocos momentos a solas con mi prometida.

La voz que se había pasado muchos años dándoles órdenes a otros tuvo su efecto acostumbrado. El padre de Julia empezó a parecer incómodo y dio unos pocos pasos hacia la puerta.

—Oh, pero... —susurró Julia.

—En lo que a mí se refiere, nuestro compromiso no ha sido disuelto todavía y creo que tengo derecho a que se me informe de ello en persona —prosiguió Jack, haciéndole un gesto al padre para que se marchara. Al ver que el hombre dudaba, hizo un gesto de desaprobación—. Le aseguro, Davenport, que, aunque haya cambiado en otros muchos aspectos, sigo siendo un caballero. Su hija está a salvo conmigo.

Por fin, sir Philip se marchó, dejando a su hija enfadada y furiosa. Se produjo un largo momento de silencio, durante el cual el único sonido que se produjo en la sala fue el susurro de la falda del vestido de la joven. Finalmente, Julia habló.

—Siento mucho que hayas oído algo que no te haya gustado, Jack, pero debes saber que los que espían a los demás nunca oyen nada bueno sobre sí mismos —dijo ella, deslizándose elegantemente hacia la ventana para contemplar el jardín.

—Maldita sea, Julia, lo menos que podías haber hecho era decírmelo a la cara... o lo que queda de ella —añadió Jack, amargamente—. En parte, es por ti por lo que me veo en esta situación.

—Vaya, Jack —exclamó ella con indignación, dándose la vuelta—, ¿cómo puedes echarme la culpa de lo que te ha pasado?

—Tal vez no directamente —respondió él, encogiéndose de hombros—, pero cuando mi padre me ordenó que acabara con nuestro compromiso, tú te echaste entre mis brazos y me suplicaste que me mantuviera firme, lo que yo hice.

—¿Y cómo iba yo a saber que ese horrible viejo te iba a desheredar de verdad por desobedecerlo?

—Ese *horrible viejo* era mi padre —replicó Jack, con frialdad—. Y yo te advertí de que lo haría.

—¡Pero si él te adoraba! Estaba segura de que solo estaba amenazándote con algo que no iba a cumplir... tratando de que bailaras al son que él te tocaba.

—Por eso, si te acuerdas, adquiriré una licencia para entrar en la Guardia.

Los hermosos ojos de Julia recorrieron la cicatriz que atravesaba el rostro de Jack para luego centrarse en la rígida pierna.

—¡Y mira cómo te has quedado! —exclamó ella, apartando la mirada.

Jack permaneció en silencio durante unos minutos, recordando todo lo que ella le había estado diciendo a su padre momentos antes.

—Me han dicho que no podré volver a bailar. Ni a montar.

—Exactamente —afirmó ella, sin darse cuenta de la triste mirada de Jack—. ¿Y va a desaparecer esa horrible cicatriz de tu rostro? Lo dudo.

De repente, Julia pareció darse cuenta de la crueldad de lo que había dicho y se apresuró a añadir:

—Oh, perdóname, Jack, pero solías ser el hombre más guapo de Londres antes de... eso.

Rubricó sus palabras con un gesto de desprecio hacia la cicatriz. Con cada una de sus afirmaciones se iba revelando más y más, lo que provocó un dolor, una desilusión y una ira consigo mismo en Jack que era como un cuchillo desgarrándolo por dentro. Por aquella hermosa y vacía criatura, se había apartado para siempre de su padre. Como Julia, él nunca había creído que su padre acabaría por desheredarlo, pero Jack había visto cómo su padre moría sin perdonarlo. Era aquello lo que más le dolía, la pérdida del amor de su padre y no la de su herencia.

Mientras Julia recorría la sala, colocando y moviendo figuritas nerviosamente, Jack la contempló, recordando cómo el recuerdo de su belleza lo había mantenido en algunos de los peores momentos de su vida. Entre la sangre y el polvo de la guerra, había sido como un sueño pensar en aquella encantadora y vital mujer que lo estaba esperando. Y aquello era todo lo que había sido... un sueño. La única realidad era aquella hermosa, despiadada y superficial criatura.

—Oh, sé sincero, Jack —dijo él, deteniéndose delante de él—. Ya no eres el hombre con el que accedí a casarme. ¿Puedes darme la vida que planeamos? No. Lo siento, pero, por muy doloroso que sea para los dos, debes entender que ya no es práctico.

—¿Que no es práctico? ¿Qué es exactamente lo que no es práctico? ¿Mi repentina falta de dinero? ¿Mi rostro desfigurado? ¿O acaso es la idea de bailar con un tullido poco agraciado y, por ello, convertirte en objeto de burla? ¿Es eso? No, efectivamente ya no es práctico —añadió Jack —, y le doy a Dios las gracias por ello.

—¿Quieres... quieres decir que ya no deseas casarte conmigo? —preguntó ella, entre asombrada e indignada, tras asimilar el significado de aquellas últimas palabras. No soportaba que fuera él quien la rechazara.

—No solo no deseo casarme contigo, sino que casi me siento agradecido porque estas desgracias me hayan abierto los ojos y me hayan librado de ese destino.

—¡Jack Carstairs! ¡No eres digno de llamarte caballero!

—Y tú, señorita Davenport, no eres ninguna dama. Solo eres una mujerzuela avariciosa, fría y superficial y le doy las gracias a las estrellas que, afortunadamente, me han hecho descubrir la verdad a tiempo. Dios ayude al pobre desgraciado que consigas atrapar en tus redes.

—¿Cómo te atreves? Márchate de esta casa enseguida... enseguida, ¿me oyes? ¡O tullido... herido o no, haré que te echen!

—Devuélveme mi anillo —dijo él, acercándose a ella—, y tu mayordomo no se verá expuesto a la vergüenza de tener que maltratar a un tullido.

Julia se llevó la mano izquierda al pecho y se cubrió el enorme anillo de diamantes con la otra mano.

—Oh, pero le tengo mucho apego a esta joya, Jack —respondió ella, con voz infantil—. Yo te amaba, ya lo sabes. Estoy segura de que querrás que tenga algo para recordarte, ¿verdad?

Jack la miró, con el rostro lleno de desprecio.

Entonces, se dio la vuelta y salió silenciosamente de la casa.

Capítulo 1

Londres, a finales de otoño de 1812.

—¡Dios santo! ¿Me estás diciendo que mi nieto ni siquiera te recibió después de haber viajado no sé cuantas millas para verlo? —Preguntó lady Cahill a su nieta—. Por el amor de Dios, Amelia, ¡deja de llorar enseguida y cuéntame toda la historia! ¡Desde el principio!

—La casa está muy descuidada y en mal estado, aunque los establos parecen estar bien acondicionados... —susurró Amelia, entre sollozos.

—¡No me importan los establos! Y mi nieto? —la interrumpió lady Cahill, exasperada.

—Su criado me dijo que no recibía a nadie.

—¿Qué quieres decir con eso de «a nadie»?

—Pues efectivamente a nadie, abuela, a nadie en absoluto. Jack simuló estar indispuerto. Me envió un mensaje dándome las gracias por mi preocupación y lamentando su incapacidad para ofrecerme hospitalidad. ¡Hospitalidad! ¡A su propia hermana! —Exclamó Amelia, buscando en su bolsito un pañuelo—. Claro que yo insistí en subir para cuidarlo pero ese hombre, un extranjero, ni siquiera me permitió subir las escaleras. Por lo me dijo, deduje que Jack no estaba enfermo sino solo... borracho. No va a recibir a nadie y, según ese criado, lleva así desde que regresó de Kent.

Lady Cahill tardó un tiempo en digerir aquel dato.

—¿Kent dices? Ojalá nunca hubiera puesto los ojos en esa malcriada Davenport. Entonces, deduzco que el compromiso se ha roto.

—Desgraciadamente, sí, abuela.

—¡Bien! Tú sabes muy bien que es mejor que se haya librado de esa pequeña arpía.

—Pero abuela, si parece que le ha roto el corazón.

—¡Tonterías! Tiene un corazón fuerte. Mi sangre corre por sus venas, ¿no? Cuando tengas mis años, dejarás de preocuparte por los corazones rotos y esas bobadas. Los cuerpos se pueden curar y lo mismo les ocurre a los corazones.

—Pero no es así de simple, ¿verdad, abuela? —Dijo Amelia, después de una larga pausa—. Los cuerpos no se curan así como así, ¿no te parece? Su criado me dijo que la pierna de Jack sigue doliéndole mucho, a pesar de que puede caminar.

Lady Cahill pensó en el aspecto que había tenido su sobrino después de regresar de las guerras de España. Antes de marcharse había sido un muchacho tan atlético y después...

—No quiero volverte a oír hablar esas tonterías, ¿me oyes? ¡Ese muchacho es el mismo que el que se marchó! Tiene un espíritu de lucha dentro de él.

—Pues yo no vi nada de ese espíritu que dices, abuela.

—¿Estás intentando decirme que mi nieto ha perdido el empuje que tenía dentro y que se esconde del mundo solo porque su compromiso con esa hermosa víbora sin corazón se ha roto? ¡Paparruchas! —Replicó lady Cahill—. Por mucho que te esfuerces, no conseguirás que me lo crea.

—No, pero eso unido a todo lo demás... Dicen que no podrá volver a montar a caballo. Y muchos de sus amigos han fallecido en esa guerra... Además, abuela, ya sabes lo mucho que le dolió el testamento de papá y el hecho de que lo dejara prácticamente sin nada...

—Solo el señor sabe lo que se le metió a tu padre en la cabeza en ese momento —afirmó lady Cahill—. Malo es que desheredara al muchacho pero dejarle *lo que se encuentre en mis bolsillos el día en que muera...* ¡Menuda tontería! Gracias a Dios, dio la coincidencia de que muriera después de pasarse la noche jugando a las cartas en White's. Si no hubiera acabado de ganar aquellas escrituras sobre Sevenoaks, mi pobre nieto ni si quiera tendría un tejado bajo el que cobijarse.

Lady Cahill bufó, muy disgustada. Efectivamente, Jack había sufrido unos golpes muy duros, uno tras otro. Sin embargo, lo peor era que parecía que no lo estaba tomando todo demasiado bien. No podía consentir que se hundiera de aquel modo. Necesitaba algo que lo sacara de aquel estado de apatía.

Entonces, alguien llamó a la puerta.

—¿Sí, qué es, Fitcher? —preguntó la vieja dama.

—Perdóneme, señora —dijo el mayordomo, tras hacerle una reverencia—. Han traído esta carta hace unos pocos minutos —añadió, extendiéndole una misiva sobre una bandeja de plata.

Lady Cahill recogió la carta y arrugó la nariz con desdén al ver la caligrafía, que le resultaba completamente desconocida.

—Vaya —musitó—. Ni siquiera está franqueada.

Tras romper el sello, leyó la carta, frunciendo el ceño, musitando palabras furiosas. Finalmente, la arrojó al suelo, llena de frustración.

—¿Qué es lo que ocurre, abuela?

—Si ni siquiera puedo leerla. Una caligrafía terrible y la ortografía es atroz. No se me ocurre quién me ha podido enviar tal basura. ¡Tírala al fuego, Amelia!

—¿Quieres que intente leerla yo? —preguntó la joven, recogiendo el papel del suelo.

Tras interpretar el bufido de su abuela como una afirmación, Amelia la leyó en voz alta, dudando ocasionalmente.

Milady siento mucho dirigirme a usted por estar por encima de mí escribir a una condesa pero no sé a quien otra persona recurrir...

— ¡Una carta de un pedigüeño! — Exclamó furiosa la condesa viuda —. ¡Al fuego con ella enseguida!

— Espera un momento, abuela — dijo Amelia, examinando la carta —. Déjame terminar...

...porque mi probe niña está ahora sola en el mundo sin ningún pariente que se preocupe de ella pero me parece una verdadera pena que la hija de un hombre bien nacido tenga que ponerse a servir para mantenerse...

— ¡Dios Santo! ¡Está intentando hacer que nos ocupemos de una de las bastardas de tu padre! — gritó la abuela, furiosa.

— ¡Abuela! — exclamó Amelia, sonrojándose.

— No te hagas la ignorante, Amelia, porque sabes muy bien que tu padre tuvo un buen número de amantes después de que tu madre muriera, si bien no significaron nada para él, así que no disimules. Sin embargo, eso no tiene nada que ver con nosotras. Tu padre debería haber dejado bien cubiertos a todos sus hijos ilegítimos. Era un caballero, después de todo, aunque fuera un necio. Ahora, arroja esa impertinencia al fuego enseguida. ¡Haz lo que te digo!

Sin embargo, su nieta se había olvidado de los rubores y leía la carta ávidamente.

— No, abuela, espera un momento. Escucha esto...

...y sendo su antigua niñera aunque muchos dijeran que yo no era lo suficiente como para ser la niñera de la hija del vicario debo hacerle saber lo que le ha ocurrido a mi niña siendo usted madrina de la señorita Maria su probe madre...

Lady Cahill se incorporó en el asiento y se inclinó hacia su nieta, con el interés reflejado en los ojos.

...siendo que lo único que le queda es ponerse a servir ya que no desea que la acoja yo misma y la verdad es que poco podría hacer yo así que le suplico a la señora que por favor allude a la señorita Kate ya que el señor es mi testigo que no hai otro que pueda acerlo le saluda atentamente Martha Betts.

— ¿Conoces a alguna de estas personas, abuela? — preguntó Amelia, cuando hubo terminado de leer, con mucha curiosidad.

— Creo que sí — dijo la abuela, recogiendo la carta y examinándola de nuevo —. Creo que la muchacha debe de ser la hija de mi ahijada Maria Farleigh, que era Maria Delacombe de soltera. Se casó con un pastor y murió al dar a luz a una hija... que debe de tener cerca de los veinte años ahora. Antes, tuvo dos hijos, cuyos nombres no

recuerdo. Yo perdí el contacto con la familia después de la muerte de Maria, pero creo que podría ser la misma familia. ¿Es Bedfordshire lo que veo escrito en la dirección? —Añadió, escudriñando la carta—. Sí.... Pero, ¿Cómo es posible que no tenga más parientes? ¿Qué les puede haber pasado a su padre y a sus hermanos...?

—¿Qué es lo que vas a hacer al respecto, abuela?

Lady Cahill llamó para pedir jerez y galletas.

Cuando llegó el marido de Amelia, todos pasaron al comedor. Mientras tomaban una sopa de berros, lady Cahill anunció su decisión.

—Pero, abuela, ¿estás segura de eso? —preguntó Amelia, algo angustiada—. Es un viaje muy largo. ¿Y si Jack tampoco te recibe a ti?

—¡No seas ridícula, Amelia! —Exclamó lady Cahill—. Nunca en toda mi vida se me ha negado la entrada a cualquier lugar de este reino. Yo voy donde quiero. Antes de casarme con tu abuelo, era una Montford y nadie, ni siquiera mi nieto favorito, me va a decir lo que puedo o no puedo hacer. ¡Insípida basura! —Añadió, limpiándose delicadamente la boca para luego verter un generoso chorro de jerez en la sopa—. Recogeré a la hija de Maria de camino hacia la casa de Jack. No puedo consentir que esa muchacha se muera de hambre y tampoco que tenga que ponerse a servir. ¡No! Solo de pensarlo, la madre de Maria se revolvería en su tumba. Fue una necia al permitir que su hija se casara con un pastor sin posibles... Los Farleigh eran una buena familia, pero él era el último de su linaje y más pobre que una rata... Sí... Y también haré que ese muchacho se olvide de sus penas y se mantenga ocupado. No podemos dejarlo allí abandonado, en Leicestershire, con nadie más que un criado con el que hablar... ¡Nunca tuve fe en los criados!

Amelia trató de reprimir una exclamación de sorpresa al oír aquellas palabras y miró a su marido, que sonreía divertido al otro lado de la mesa. Para ser una mujer que empleaba un mayordomo, una modista, una cocinera, un pinche, un ama de llaves, varias doncellas y criados, un cochero y dos mozos, considerándolos como el servicio mínimo que una dama necesitaba, aquella afirmación había sido de lo más sorprendente.

—Claro, abuela —respondió Amelia, a duras penas, inclinando la cabeza sobre el plato.

—¡Y no te encorves sobre la comida de ese modo, jovencita! —Le espetó la anciana—. Dios Santo, no sé cómo esta generación ha llegado a desarrollar tan malos modales. En mis tiempos, nadie lo habría tolerado.

El llamador de la puerta sonaba insistentemente. Aquel era el momento que había estado esperando y temiendo a la vez, el momento en que dejaría de ser Kate

Farleigh, la hija algo marimacho del vicario Farleigh, para convertirse en Farleigh a secas, una simple doncella.

Kate sentía que el corazón le latía tan fuerte que estaba a punto de saltársele del pecho, pero, finalmente, cuadró los hombros, respiró profundamente y abrió la puerta. Ante ella, había una imperiosa anciana, vestida con suntuosas pieles, que la contemplaba descaradamente con unos brillantes ojos azules. A sus espaldas, había un lujoso carruaje.

—¿Puedo ayudarla? —dijo Kate, cortésmente, tratando de esconder su sorpresa. Nada de lo que la señora Midgely le había escrito en su carta le había hecho pensar que su patrona sería una dama tan rica y aristocrática.

La dama no prestó atención a su pregunta y, con un completo desdén por las convenciones sociales, la examinó de arriba abajo.

Lady Cahill decidió que la muchacha estaba demasiado delgada como para poder aspirar a ser una belleza. Sin embargo, había algo en ella que recordaba a su hermosa madre. Tal vez era la estructura corporal o una piel casi translúcida. Con toda seguridad, tenía los ojos de su madre. En cuanto al resto... Lady Cahill frunció el ceño. El cabello era castaño, sin ningún reflejo dorado o cobrizo que lo distinguiera del tono más corriente. En aquel momento, lo llevaba recogido con sencillez, sin los tirabuzones, rizos o cintas que estaban tan de moda. En realidad, nada de su persona revelaba la menor relación con la moda. Sus ropas negras eran monótonas, aunque completamente impolutas.

Kate se sonrojó ligeramente bajo la mirada de la anciana, pero levantó la barbilla con orgullo. ¿Estaría la dama sorda?

—¿Puedo ayudarla? —repitió, más alto.

— ¡Ja! Más bien será si puedo yo ayudarte a ti.

Kate la miró atónita, intentando comprender aquel saludo tan peculiar.

—Bueno, muchacha, no me tengas aquí esperando para que los paletos y los tontos del pueblo se me queden mirando. ¡No soy una atracción de circo! Invítame a entrar. ¡Dios Santo! Los modales de esta generación... ¡No sé lo que tu madre hubiera opinado al respecto!

Lady Cahill apartó a Kate y entró en el salón. Al mirar a su alrededor, vio la falta de muebles, la ausencia de cuadros y adornos en las paredes y la falta de un buen fuego en la chimenea, tal y como hubiera debido haber en aquella época del año.

Kate tragó saliva. Iba a ser más difícil de lo que había pensado aprender a ser humilde ante tanta grosería. Sin embargo, no se podía permitir enojar a su nueva patrona, la única que había parecido mostrar cierto interés en ella.

—Supongo que tengo el honor de dirigirme a la señora Midgely.

La anciana bufó. Kate, sin saber lo que aquel sonido significaba exactamente, decidió que era una afirmación.

—Asumo, dado que ha venido en persona, que me encuentra adecuada para el puesto, señora.

—¡Ja! ¿Qué experiencia tienes tú de tal posición?

—Algo, señora. Sé peinar bien y coser adecuadamente —dijo la joven, aun sabiendo que lo último no era del todo cierto. Sin embargo, necesitaba desesperadamente aquel trabajo.

—¿Y tu anterior patrona?

—Hasta hace poco tiempo, me encargué de la casa de mi padre y de mis hermanos. Sin embargo, como puede ver —explicó la muchacha, mostrando sus ropas negras— ... me he visto privada de ellos recientemente.

—¿Y el resto de tu familia?

—No tengo más familia, señora.

—Pareces una joven de educación y de buenos modales. ¿Por qué no has solicitado un puesto de acompañante o de institutriz?

—No considero que tenga la cultura necesaria para ser una institutriz.

—La mayoría de las institutrices que conozco no podrían considerarse en absoluto cultas. Unas pocas frases de francés o de italiano, unos conocimientos de costura, una ligera habilidad para pintar con acuarelas y tocar una cancioncilla en un pianoforte o en un arpa es todo lo que se necesita. No me digas que no puedes llegar a eso. ¡Tu padre era un erudito!

«Si, pero yo solo era una mujer y, a sus ojos, no merecía ninguna educación». En sus esfuerzos por controlar su ira por el interrogatorio al que la estaba sometiendo, a Kate no se le ocurrió pensar cómo la dama sabía que su padre era un hombre de cierta cultura. Sin embargo, si la señora Midgely quería que Kate fuera una mujer de conocimientos, ella no la desilusionaría.

—Por mis hermanos, sé un poco de griego y de latín y estoy familiarizada con las nociones básicas de matemáticas... —dijo ella. De repente, se le ocurrió que tal vez aquella dama tuviera nietos a los que querría que Kate les diera clase— ... pero no me imagino que nadie le ofreciera un puesto de tutor a una mujer. Yo no tengo habilidad alguna con las pinturas y nunca he aprendido a tocar un instrumento musical. Sin embargo, hablo un poco de francés, de español y de portugués.

—Entonces, ¿por qué no buscaste trabajo como acompañante?

Kate lo había intentando. Había escrito cartas respondiendo a los requerimientos de los que se había enterado, pero no tenía referencias. Alguien desde Lisboa había escrito a una de sus vecinas, pero, de repente, Kate se había convertido en persona *non grata* para la gente que la había conocido toda la vida. No había ayudado que la muchacha que recordaban fuera muy masculina y salvaje. Había muchos que habían predicho que la hija del vicario acabaría mal. Y habían tenido razón.

Había llegado a la conclusión de que la vida como criada no estaría tan mal. Como miembro de un gran número de sirvientes en una gran casa, al menos tendría

compañía. La vida sería dura, pero no era el trabajo lo que la amedrentaba sino la soledad. Y Kate se sentía sola, más de lo que nunca hubiera considerado posible.

El problema de ser una acompañante sería que se vería obligada a estar en sociedad y Kate no quería encontrarse con nadie de su anterior vida. Tal vez la reconocieran y eso sería demasiado doloroso, demasiado humillante. Sin embargo, no estaba dispuesta a contarle todo aquello a la anciana.

—No conozco a nadie que esté dispuesto a tomar una acompañante o institutriz sin una referencia de un empleo anterior, señora.

—¿Y tu padre no tenía amigos que puedan suministrarla?

—Posiblemente, señora. Sin embargo, mi padre y yo vivimos en el extranjero durante los últimos tres años y no sé cómo contactar con ellos, dado que todos los papeles de mi padre se perdieron cuando... cuando murió.

—¿En el extranjero! —exclamó la dama, horrorizada—. ¡Dios Santo! ¡Con Bonaparte asolándolo todo! ¿Cómo se le ocurrió a tu padre tomar esos riesgos? Aunque supongo que sería Grecia o Mesopotamia u otro lugar más lejano al que fuisteis y no a los países más cercanos.

Los ojos de Kate brillaron, pero no respondió a la pregunta. Se limitó a volver al tema principal.

—Entonces, ¿tengo el trabajo, señora?

—¿De doncella? No, claro que no. Nunca he oído nada tan ridículo —replicó la anciana. Kate se quedó estupefacta—. De todos modos, nunca necesité una doncella o cualquier otro sirviente. No es para eso para lo que he venido.

—Entonces... entonces, ¿no es usted la señora Midgely, señora? —preguntó Kate, ruborizándose un poco.

—No, por supuesto que no.

—En ese caso, ¿le puedo preguntar quién es y con qué derecho ha entrado usted en esta casa para hacerme preguntas de un modo tan irregular? —preguntó Kate, furiosa.

—El derecho de una madrina, querida mía —dijo lady Cahill, sonriendo.

—Mi madrina murió cuando yo era una niña —replicó Kate, muy seria.

—Yo soy lady Cahill. Tu madre era mi ahijada. Te pareces mucho a ella... —afirmó la dama, tomando de la barbilla a la joven—, especialmente en los ojos. También eran lo mejor que ella tenía. Lo único es que no me gustan esas ojeras que tienes. Y estás demasiado delgada. Tendremos que hacer algo al respecto. ¿Me vas a ofrecer asiento, sí o no, jovencita? —añadió, soltándole la barbilla volviéndose a mirar a su alrededor.

¿Que lady Cahill había conocido a su madre? Aquello era mucho más de lo que sabía la propia Kate. El asunto había estado prohibido en la vicaría.

—Lo siento, lady Cahill, me ha tomado por sorpresa. Por favor, siéntese —dijo Kate, señalando hacia el raído sofá—. Me temo que no le puedo ofrecer ningún refri...

—Eso no importa. No he venido aquí para tomar un refrigerio —replicó rápidamente la anciana—. Estoy de viaje y no puedo tomar nada cuando estoy viajando.

—¿Por qué ha venido a verme, señora? No ha mantenido ningún contacto con mi familia durante muchos años. Estoy segura de que no es casualidad lo que la ha traído aquí.

—Hmm, no te andas por las ramas, ¿verdad, jovencita? Sin embargo, me gusta hablar directamente, así que te hablaré con sinceridad. Tú necesitas mi ayuda, querida mía.

—¿Qué le hace pensar eso, lady Cahill? —preguntó Kate, abriendo sus verdes ojos de par en par.

—No seas tonta, niña. Está más claro que el agua que no tienes ni un penique propio. Llevas puesto un vestido que yo ni siquiera permitiría a mi doncella que utilizara como trapo para limpiar el polvo. Esta casa no tiene ninguna comodidad, no me puedes ofrecer ningún refrigerio... ¡Siéntate, muchacha!

—Le agradezco mucho su visita, lady Cahill, pero no tengo necesidad de oír nada más de este asunto —replicó Kate, furiosa—. Usted no tiene ningún derecho sobre mí ni nada que la autorice a meterse en mi casa y a hablarme de este modo tan insultante. ¡Le agradeceré mucho que se marche!

—¡He dicho que te sientes!

La dama habló con autoridad. Durante unos momentos, las dos mujeres se miraron con frialdad hasta que, por fin, Kate empezó a sentarse, llena de furia.

—Escucharé lo que me tenga que decir, lady Cahill, pero solo porque los buenos modales no me dejan alternativa. Dado que usted se niega a marcharse, debo soportar su compañía, dado que sería poco adecuado que una mujer de mi edad le pusiera las manos encima a otra de muchos más años.

Lady Cahill la miró fijamente durante un minuto y luego, para asombro de Kate, se echó a reír con tantas ganas que las lágrimas acabaron rodándole por sus ajadas mejillas.

—¡Querida mía! Has heredado el carácter de tu madre además de sus ojos —dijo la dama, rebuscando un pequeño pañuelo de encaje en el bolso y secándose las mejillas con él.

Kate siguió mirando con frialdad a la recién llegada. La joven odiaba sus ojos. Sabía que eran como los de su madre porque se lo había dicho su padre. Kate le recordaba a una amada esposa que había muerto dando a luz a una niña de ojos verdes.

—Venga, jovencita, lo sé todo sobre la situación en la que te encuentras...

—¿Puedo preguntarle cómo, señora?

—Recibí una carta de Martha Betts, informándome de que te habías quedado huérfana, pobre y sin perspectivas.

—En ese caso, la han informado mal, señora. Martha lo ha hecho con buena voluntad, pero ella no conoce la historia completa.

—Entonces, no te has quedado huérfana, pobre y sin perspectivas.

—Sí que estoy huérfana, señora, ya que mi padre murió hace unos pocos meses en el extranjero. Mis hermanos también murieron por esa fecha —susurró la joven, apartando la cara, ya que los ojos se le habían llenado de lágrimas.

—Acepta mi más sentido pésame —dijo la dama, dándole una palmadita en la rodilla.

—Pero no es que esté sin recursos, señora, así que le doy las gracias por su preocupación y le deseo un buen viaje.

—No lo haré hasta que no sepa más de tus circunstancias.

—¿Qué derecho tiene a entrometerse en mi vida privada? —preguntó Kate, de nuevo furiosa.

—El derecho de una promesa que le hice a tu madre.

Kate la miró, incrédula. Era la madre cuya vida había robado Kate, la madre que se había llevado el corazón de su padre a la tumba... Durante un momento, la joven estuvo a punto de protestar pero luego inclinó la cabeza.

—En ese caso, supongo que debo aceptarlo —admitió Kate, asintiendo con la cabeza.

—Te lo agradezco.

—Lady Cahill, realmente no debe preocuparse. Soy muy capaz de cuidarme de mí misma...

—¡Tonterías! ¡La señora Midgely!

—Sí, pero...

—¡No me vengas con esas, jovencita! Sé que soy una vieja autoritaria, pero cuando uno tiene mi edad, se acostumbra a salirse con la suya. Debes utilizar la inteligencia que Dios te dio y es más que evidente para la persona con menos sesos que cualquier puesto que ofrezca la señora Midgely no es adecuado para la hija de Maria Farleigh. ¡Una criada! Impensable. Debes venir a vivir conmigo.

¿Ir a vivir con una dama de la aristocracia? ¿Y quién la llevaría a los bailes, a la ópera...? Aquello hubiera sido un sueño mucho tiempo atrás, un sueño para la Kate de antes... En aquellos momentos, se convertía en su pesadilla. Que aquella oferta llegara cuando ya era demasiado tarde... era una de las dolorosas ironías de una vida que ella ya había descubierto que estaba llena de dolor y de ironía.

—Le agradezco la amable oferta, lady Cahill, pero ni siquiera se me ocurriría soñar con incomodarla de ese modo.

—¡Necia muchacha! ¿Qué se te ha metido en la cabeza? No es una invitación que debas tirarme a la cara sin al menos considerarla. Piensa en lo que implicaría esa propuesta. Tendrías una vida apropiada para tu nacimiento y ostentarías un lugar que te corresponde por derecho en la sociedad. No te estoy ofreciendo una vida llena de servilismo y trabajos penosos.

—Y me doy cuenta de ello, señora —dijo Kate, en voz baja. El lugar que le correspondía en la sociedad por derecho propio le había sido arrebatado hacía mucho tiempo, en España—. Sin embargo, a pesar de que le estoy profundamente agradecida por su preocupación, no puedo aceptar tan generosa oferta.

—¿Es que no te das cuenta de lo que te estoy ofreciendo?

—Caridad.

—¡Dios Santo! ¿Qué es la caridad sino una palabra necia?

—Sea necia o no la palabra, el acto sigue siendo el mismo —replicó la muchacha, con dignidad—. Prefiero no deberle nada a nadie, aunque le agradezca mucho su ofrecimiento. Me ganaré la vida yo misma.

—¡Una muchacha de buena familia trabajando para ganarse la vida! ¡Qué tontería! En mis tiempos, una señorita hacía lo que sus padres le decían sin piar. ¡Y había una buena somanta de palos si no lo hacía!

—Lady Cahill, usted no es mi madre y no tengo por qué escucharla.

—¿No? —Replicó la anciana, entornando los ojos—. Bueno, en ese caso, ayúdame a levantarme, jovencita. Tengo los huesos rígidos del traqueteo que he sufrido por esos terribles caminos que pasan por carreteras en estos lares.

Kate, sorprendida por la repentina capitulación de la vieja dama, se ofreció muy solícitamente a ayudarla. Después, la acompañó muy cortésmente a la puerta.

—Muchas gracias, querida —dijo lady Cahill, al salir al exterior—. ¿Dónde lleva ese sendero?

—Al bosque, señora. Y también al arroyo.

—Muy agradable y rural, sin duda, si a uno le gustan ese tipo de cosas...

—Sí, señora, a mí me gustan mucho. Me encanta pasear por el bosque, particularmente temprano, cuando el rocío está todavía en las hojas y en la hierba y el sol refleja sus rayos en sus gotas.

—Sorprendente —murmuró la dama, mirándola fijamente—. Bueno, ya está bien de hablar aquí. Hace mucho frío, casi tanto como en esa casita tuya. Acabaremos nuestra conversación en mi carruaje. Al menos, allí podré descansar los pies sobre ladrillos calientes.

—Pero yo creía...

—¿Pensabas que ya me habías dejado clara tu postura? —preguntó lady Cahill. Kate asintió—. Y así fue, querida, así fue. Entendí todo lo que me dijiste. Ahora, no discutas conmigo, porque nuestra conversación terminará cuando yo lo diga, y no antes. ¡Sígueme!

Con gestos imperiosos, la dama se dirigió a su carruaje, donde un mozo la ayudó a subir al pescante. Envuelta en pieles, observó cómo Kate se veía envuelta en una lujosa capa de piel y descansaba los pies en un ladrillo caliente. A la joven le parecía ridículo sentarse en un carruaje de aquella manera, para hablar de una propuesta que no pensaba aceptar. Sin embargo, no se podía negar que el carruaje resultaba más acogedor que su casa.

— ¿Estás cómoda?

— Sí, gracias — respondió Kate —. Lady Cahill...

En aquel momento, la dama golpeó el techo del carruaje con un bastón y, con un tirón muy fuerte, este empezó a moverse.

— ¿Qué es lo que está pasando? — preguntó Kate, mirando a su alrededor.

Su casa fue quedando atrás. Durante un momento, se le ocurrió saltar del carruaje, pero se dio cuenta de que iba demasiado rápido para aquello.

— ¿Qué está haciendo? ¿Dónde me lleva? ¿Y quién es usted?

— Ya te he dicho que soy lady Cahill — respondió la mujer, riendo —. Y tranquila, no corres ningún peligro.

— Pero, ¿qué es lo que está haciendo? — preguntó Kate, furiosa.

— ¿Acaso no resulta evidente? — Replicó lady Cahill, con una radiante sonrisa —. ¡Te estoy secuestrando!

Capítulo 2

— ¡Pero esto es un escándalo! — Gritó Kate—. ¿Cómo se atreve?

— Jovencita — respondió lady Cahill, encogiéndose de hombros —, ya veo que eres tan testaruda como tu querida madre y, para serte perfectamente sincera, no tengo tiempo que perder para convencerte de que vengas conmigo en vez de ponerte a trabajar como doncella o como cualquier otra tontería que se te hubiera ocurrido. Es mi intención llegar a casa de mi nieto, en Leicestershire, esta noche y, tal y como vamos, no llegaremos allí hasta después de que oscurezca. Ahora, sé una buena chica, estate quieta, guarda silencio y déjame dormir. Viajar es ya una tortura para mí sin tener a una muchachita gritándome — añadió, arrebujiándose más en sus pieles. Entonces, como si ya no hubiera nada más que decir, cerró los ojos.

— Pero mi casa... mis cosas... Martha...

— Martha conoce mis intenciones hacia ti — replicó la dama, abriendo un momento los ojos—. Se alegró muchísimo de saber que, en el futuro, vivirías conmigo hasta que encuentres un marido adecuado. Uno de mis mozos se está encargando en estos momentos de cerrar tu casa y de entregarle las llaves a Martha.

Kate abrió la boca para protestar, pero los ojos azules de la anciana se habían cerrado implacablemente. Por eso, tuvo que conformarse con sentirse furiosa y humillada por el hecho de que lady Cahill hubiera descubierto su desesperada situación. Tendría que ir donde ella la llevara. Sabía que la anciana tenía buenas intenciones, pero que ignoraba que las estaba dirigiendo a la persona equivocada.

«... hasta que encuentres un marido adecuado». No. Ningún hombre decente accedería a casarse con ella. Ni siquiera la quería ya el hombre que tantas veces le había dicho que la amaba. Kate se limitó a mirar el paisaje, pero sin verlo...

Harry, el hombre que ella había amado desde que tenía memoria. Kate tenía nueve años cuando le vio por primera vez. Él era entonces un arrogante muchacho de dieciséis años y se había mostrado sorprendentemente tolerante con la marimacho que lo seguía devotamente a todas partes. Cuando Kate tenía diecisiete años, él la había pedido en matrimonio, justo antes de marcharse a la guerra. Y la había besado.

Sin embargo, hacía unos pocos meses, se había encontrado con un Harry completamente diferente. La había mirado con los fríos ojos de un desconocido. Como los otros, le había vuelto la espalda.

Kate se mordió los labios, tratando de controlar los sentimientos se surgían dentro de ella. Nunca volvería a ponerse en aquella situación. Resultaba demasiado doloroso amar a un hombre, cuando el amor de este podría desaparecer de la noche a la mañana y verse reemplazado por frío desdén. Nunca se casaría. ¿Y qué? Muchas mujeres no lo hacían nunca y llevaban una existencia perfectamente útil y feliz. Kate sería una de ellas. Lo único que necesitaba era la oportunidad para hacerlo y lo conseguiría. Tal vez lady Cahill la ayudaría a empezar...

Para cuando el carruaje se detuvo delante de una lóbrega mansión, la luz de la luna ya había empezado a brillar en el cielo. Era la única iluminación, ya que la casa estaba a oscuras.

En una de las ventanas del segundo piso, un hombre contemplaba a las recién llegadas. Jack Carstairs se llevó una copa a los labios. Estaba de un pésimo humor. Sabía muy bien que su abuela estaría agotada por el viaje y que, por lo tanto, no podría pedirle que se marchara. Por eso, la vieja arpía había mandado a sus criados con anticipación, asegurándose de que ella misma llegaba cuando ya había anochecido. Jack, como venganza, había restringido el número de criados en la casa, dejando solo que la doncella personal de su abuela se quedara allí. A los demás, los había enviado a la posada del pueblo.

En aquel momento, la puerta principal se abrió y dos criados, un hombre y una mujer, salieron corriendo de la casa. Antes de que el cochero pudiera desmontar, la mujer bajó el pescante y abrió la puerta del carruaje.

—Por fin ha llegado, Milady. He estado terriblemente preocupada por usted.

Lady Cahill salió del carruaje, con un aspecto completamente agotado. Kate se acercó para ayudar, pero la criada le espetó:

—Déjela estar. Yo me ocuparé de Milady. Sé perfectamente lo que necesita.

Cuando las dos mujeres desaparecieron en el interior de la casa, Kate descendió del carruaje. Dio unos pasos titubeantes, pero, horrorizada, contempló cómo la cabeza empezaba a darle vueltas y todo a su alrededor parecía volverse negro.

El hombre que observaba desde la ventana la vio caer y esperó, sin mucho interés, que se pusiera de pie. Sin duda, era otra maldita doncella de su abuela, por lo que, sin inmutarse, se sirvió otra copa.

Jack continuó mirando amargamente por la ventana. Por fin, se dio cuenta de que la pequeña figura de aquella mujer permanecía en el suelo.

¿Qué era lo que le pasaba? ¿Se habría hecho daño? Hacía mucho frío y si aquella mujer pasaba más tiempo en el suelo, agarraría algo más serio que un resfriado. Tras emitir una maldición, se alejó cojeando de la ventana y bajó por la escalera. No había nadie por allí, por lo que Jack salió al exterior y se inclinó como pudo sobre la mujer.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó, rozándole suavemente la mejilla.

La joven estaba inconsciente por lo que, tras doblar la pierna con mucha dificultad, la levantó entre sus brazos. ¡Dios Santo! Aquella muchacha pesaba menos que un pájaro. No era nada más que un saco de huesos...

Jack la llevó al salón y la tumbó cuidadosamente en el sofá. A continuación, encendió unas velas y se las acercó a la cara, que estaba muy pálida y aparentemente sin vida. Por ello, Jack colocó un dedo sobre los labios de la joven, que estaban entreabiertos y esperó. Un suave aliento le tranquilizó.

Sin embargo, no sabía qué hacer con una mujer que se había desmayado. Por ello se acercó a la puerta y llamó a su criado.

— ¡Carlos!

No hubo respuesta. Se le ocurrió servir un poco de coñac en una copa y verterle una generosa porción en la boca. Inmediatamente, ella se incorporó, tosiendo y aferrándose a él.

— Despacio, despacio...

— ¿Qué...? —susurró ella, mientras Jack le vertía otro sorbo entre los labios.

— Es solo coñac.

— ¡Coñac!

— Necesitaba algo que le hiciera recobrar la consciencia.

— ¿Cómo?

Kate miró a su alrededor. La sala le resultaba desconocida. Al ver al hombre que estaba a su lado, sintió que el pulso se le aceleraba y trató de apartarse de él. No obstante, él la sujetó con fuerza.

— Se desmayó ahí fuera —dijo él, soltándola cuando se hubo calmado un poco—, pero si hubiera sabido que era una gata salvaje, me lo hubiera pensado dos veces antes de rescatarla del frío y darle mi mejor coñac.

— Lo siento... —susurró ella, mirándolo sin entender—. Mis nervios están un poco alterados últimamente y... suelo reaccionar exageradamente.

«Especialmente cuando me despierto en compañía de extraños, sin saber lo que ha ocurrido antes». Kate sentía la cabeza a punto de estallar. ¿Había estado desmayada durante unos pocos minutos, tal y como había dicho el hombre, o encontraría después un vacío en su memoria de días o semanas, como le había ocurrido ya una vez? Kate levantó la mano y se tocó la cicatriz que tenía en la base del cráneo. De repente, sintió que el alivio se apoderaba de ella. Recordaba haberse puesto aquellas ropas esa misma mañana... Lady Cahill... el largo viaje en el carruaje... Todo estaba en orden. No era como la otra vez...

Sin embargo, ¿quién era el hombre que se inclinaba sobre ella? Tenía el cabello oscuro, una nariz larga, una fuerte barbilla y los ojos azules, muy azules, brillándole a la luz de las velas. Kate parpadeó, como hipnotizada. Al ver que ella lo miraba tan fijamente, él se apartó un poco, dejando que las sombras le cubrieran el rostro.

— Yo... yo lo siento mucho —dijo ella—. No... Estaba algo confundida.... Es solo...

— ¿Está enferma?

— No, no lo creo. Es solo... debe de ser que no he comido hace varios días... varias horas.

Jack frunció el ceño. No le pasó desapercibido el modo en que ella había cambiado el final de su frase. Kate intentó sentarse, pero sintió de nuevo que el

mareo se adueñaba de su cabeza. Jack la agarró del brazo y la colocó suavemente sobre unos cojines.

—No se mueva —le ordenó Jack—. Quédese ahí. Volveré dentro de un momento.

Kate se sentó en el sofá, sujetándose la cabeza con una mano. Se sentía débil y temblorosa. Coñac con el estómago vacío... Cerró los ojos para que la sala dejara de dar vueltas a su alrededor.

—Bueno, creo que esto hará que se sienta mejor.

La profunda voz de aquel hombre hizo que Kate levantara la cabeza unos minutos después. Al abrir los ojos, vio que ante ella había un plato con una rebanada de pan y una loncha de carne asada encima. Tenía un aspecto maravilloso. Rápidamente, levantó la vista hacia el hombre que se cernía sobre ella y sonrió.

—Oh, muchas gracias. Es muy amable de su parte —dijo ella—. Me temo que ese coñac me dejó algo mareada.

Rápidamente, se aplicó a su comida, obligándose a comer con bocados muy pequeños, masticando lenta y delicadamente.

Jack la observó. Él también se sentía algo mareado por la dulzura de aquella sonrisa. Aquella mujer estaba tratando de parecer poco interesada en la comida cuando estaba claro que estaba casi desfallecida por el hambre. ¿Y quién era él para criticar el orgullo? Sin embargo, aquella mujer era un enigma, con tanto amor propio y aquellas ropas tan ajadas.

—¿Quien es usted?

—Me llamó Kate Farleigh —contestó Kate, apartándose con trabajo de la primera comida que había tomado en varios días.

—¿Y quién es Kate Farleigh cuando está en su casa?

Mientras masticaba, Kate ponderó aquella pregunta. ¿Quién era Kate Farleigh? Ya no era la hija del reverendo Farleigh, ni la hermana de Jeremy y Benjamin. Y, con toda seguridad, ya no era la prometida de Harry Lansdowne. Ya ni siquiera tenía una casa.

—Supongo que no es nadie en absoluto.

—No quiero juegos —replicó él, frunciendo el ceño—. ¿Quién es usted y qué está haciendo aquí? Sé que vino con mi abuela.

¿Su abuela? Así que aquel era Jack Carstairs, el dueño de la casa.

—Bueno, no debe culparme a mí por eso —susurró ella, terminando delicadamente su comida—. No estoy aquí por elección propia.

—¿Qué diablos quiere decir con eso? ¿Qué es lo que tiene usted que ver con mi abuela?

—No estoy segura de poder responder eso. Es mejor que le pregunte a lady Cahill —respondió Kate, poniéndose en pie—. Muchas gracias por su hospitalidad, señor. La comida estaba deliciosa y, después del viaje, estaba hambrienta —añadió. A

continuación, dio dos pasos en dirección a la puerta pero luego se detuvo, dándose cuenta de que no sabía dónde ir—. ¿Podría decirme dónde voy a dormir?

—¿Y cómo diablos voy a saberlo yo? Ni si quiera sé quién es usted así que, ¿por qué va a preocuparme dónde duerma?

Kate decidió que la grosería debía de ser un rasgo de familia. Sin embargo, con un estómago lleno, poco le importaba. Ella misma se encontraría un lugar donde dormir sin la ayuda de aquel hombre, igual que había encontrado alojamiento por toda España y Portugal.

—Muy bien, señor. Entonces, buenas noches y gracias una vez más por su hospita.... por la comida.

Entonces, la joven empezó a subir las escaleras de un modo decidido, pero, a mitad de camino, las rodillas le fallaron.

—¡Maldita sea!

Jack subió las escaleras todo lo rápidamente que pudo y consiguió que ella cayera sobre su pecho cuando se desmayaba por segunda vez. Entonces, la llevó a un dormitorio cercano y la colocó suavemente sobre la cama. Allí, estuvo mirándola durante cierto tiempo. ¿Quién sería aquella mujer?

A la luz de la vela, se veía claramente que estaba demasiado delgada. La mirada de Jack se detuvo sobre el hombro, donde el vestido se le había bajado un poco. Sabía que, si no la hubiera recogido del suelo la primera vez que se desmayó, tal vez no habría sobrevivido al frío de la noche.

Sin embargo, se dio cuenta de que, aquella noche, no conseguiría ninguna respuesta. Era mejor meter a aquella muchacha en la cama y salir del cuarto. Se inclinó y le quitó los zapatos. Luego, se le ocurrió que debería aflojarle el corsé, pero, ¿cómo iba a hacer aquello cuando ni siquiera debía estar con ella a solas en aquel dormitorio? Por fin, se encogió de hombros y le tocó la cintura buscando las cintas del corsé. Estaba tan delgada... Con un suspiro de alivio, se dio cuenta de que no llevaba corsé, probablemente porque no lo necesitaba o ni siquiera podía permitírselo.

Cuidadosamente, la cubrió con las mantas. Ella se rebulló inquieta y sacó un brazo de debajo de la ropa. Cuando él se había inclinado para volvérselo a cubrir, la joven abrió los ojos. Parpadeó por un momento y luego sonrió, acariciándole la mejilla con una suave caricia.

—Buenas noches, Jemmy —susurró, antes de cerrar los ojos.

Jack se quedó inmóvil. Lentamente, se incorporó y se llevó una mano a la mejilla derecha, al lugar donde ella le había tocado. Como lo habían hecho cientos de veces antes, sus dedos tocaron el trazado de la horripilante cicatriz antes de salir del dormitorio.

El estruendo de unos cascos al galope despertó a Kate al alba. Miró la habitación extraña en la que se encontraba. Era grande y los muebles, que una vez habían sido ricos estaban ajados y polvorientos.

Se incorporó, sorprendida de encontrarse completamente vestida a excepción de los zapatos. ¿Cómo había llegado allí? Recordaba algo de la noche anterior, pero, en cierto modo, parte de lo que recordaba no tenía sentido. Habría jurado que había visto a su hermano Jemmy. Recordaba vagamente su rostro, mirándola fijamente. Sin embargo, aquello era imposible. Jemmy estaba enterrado en un campo, en España.

Kate se levantó de la cama y se acercó a la ventana, temblando con el frío de la mañana. La vista era hermosa, aunque algo desolada. El suelo brillaba con la escarcha y todo estaba inmóvil, a excepción de unos pocos pájaros que emitían sus trinos bajo los débiles rayos del sol. Inmediatamente debajo de su ventana, había una franja de hierba, sobre la que una serie de huellas de los cascos de un caballo rompían la fina capa de escarcha.

Siguiendo las huellas, vio que un caballo sin jinete galopaba libre, ensillado y con las riendas colgándole del cuello. Parecía dirigirse hacia un pequeño bosque, tras, seguramente, haberse escapado de su prisión. Kate simpatizaba perfectamente con aquel animal. A ella también le hubiera encantado salir galopando hacia el bosque, libre y salvaje. Echaba de menos a su pequeña yegua española y los paseos que solían dar por la mañana temprano. Al amanecer era el único momento del día en el que podía montar tan rápido como ella quisiera. Su padre nunca había sido un gran madrugador.

Al darse la vuelta, vio que su imagen se reflejaba en un espejo y se echó a reír. Los rizos castaños salían en todas las direcciones, recordándole que las veces que la habían llamado «la niña gitana». Rápidamente se quitó las horquillas y se recogió el cabello en su modo habitual. Luego, se estiró el vestido cómo pudo. Entonces, buscó una jofaina en la que lavarse, pero no encontró ninguna.

Con mucho cuidado, para no despertar a todo el mundo, salió de la habitación y bajó las escaleras, en busca de la cocina. No había ni un alma por ninguna parte. Seguramente una casa de aquel tamaño hubiera debido tener muchos sirvientes preparándolo todo para cuando se despertara su patrón.

Sin embargo, cuanto más veía, más se sorprendía. ¿A qué clase de lugar la había llevado lady Cahill? Los suelos estaban cubiertos de tierra y había polvo por todas partes. El tenue sol de la mañana casi no podía penetrar por los cristales de la ventana, incrustados de suciedad. Tembló al ver el gran número de telarañas que había por todos los rincones, ya que ella misma odiaba a las arañas. Todo en aquella casa comunicaba abandono a pesar de que estaba habitada.

Aquella casa no encajaba con lo que había visto de lady Cahill. ¿Por qué su nieto no llevaría el elegante modo de vida de su abuela? Sin duda, el misterio se resolvería tarde o temprano. Mientras tanto, necesitaba agua caliente y algo para comer.

Kate descubrió por fin la cocina. Era una zahúrda. No se había barrido el suelo desde hacía semanas y no había fuego ardiendo en la chimenea. Las cenizas se

mezclaban con la basura que se acumulaba en el suelo. Los restos de las comidas anteriores se veían por todas partes y había un buen montón de platos sucios en el fregadero.

Tal vez fuera el lugar más extraño que había tenido el privilegio de visitar, pero el único en el que podía encontrar el enorme desayuno que había planeado comer. Kate se remangó y se puso a trabajar. Mientras limpiaba las cenizas y encendió el fuego, pensó que resultaba irónico que las andanzas de su juventud le hubieran dado la única habilidad que poseía.

La única vez que el reverendo Farleigh había hablado a su hija había sido cuando ella se portaba mal. Los delitos de Kate habían sido muchos y variados: montar a horcajadas y a pelo, romper ventanas con las pelotas de cricket, volver a casa cubierta de barro y con las rodillas llenas de arañazos, el pelo revuelto y un montón de peces que no debería haber pescado... Su padre había aprendido muy pronto que no servía con confinar a aquella pequeña salvaje en su cuarto, ya que ella se escapaba simplemente por la ventana. Había aprendido que era mejor dejarla con el ama de llaves, que la ponía a limpiar y a cocinar.

La joven Kate había odiado aquel trabajo, pero, años más tarde, había agradecido los conocimientos que antes tanto había despreciado, por considerarlos poco apropiados para una joven de su clase. Además, las experiencias vividas en la guerra de España la habían acostumbrado a los horrores de la suciedad y de la sordidez.

Aquella cocina no era nada comparada con los inmundos alojamientos en los que su padre, hermanos y ella habían sido alojados durante las campañas de Wellington. En aquellos tugurios, la imposible hija del vicario había descubierto la habilidad de crear un hogar limpio y cómodo para su familia, fuera donde fuera donde estuvieran. Por una vez, Kate se había sentido verdaderamente necesaria.

Y, evidentemente, sus habilidades eran necesarias también en aquella cocina.

Casi una hora y media después, Kate miró a su alrededor con satisfacción. La cocina estaba limpia, aunque al suelo le vendría bien un buen fregado. Había lavado, secado y guardado todos los platos, vasos, cacerolas y sartenes. Había frotado la mesa y los bancos con arena, jabón y agua e incluso se había armado de valor y había quitado las telas de araña que festoneaban los rincones, además de matar a dos arañas con una escoba. Un fuego crepitaba alegremente en la chimenea y una enorme tetera de hierro humeaba suavemente. Entonces, vertió un poco de agua caliente en un barreño y se lavó rápidamente.

Tras registrar la alacena, descubrió una docena de huevos, que metió en un gran bol de agua para ver si flotaban. Como uno de ellos lo hizo, lo tiró. En la fresquera, encontró una tira de beicon y, lo mejor de todo, un saquito de granos de café. Kate lo abrazó con pasión. Habían pasado meses desde la última vez que había tomado café.

Tostó los granos y luego utilizó un almirez para machacarlos, inhalando el aroma con gusto. Entonces, mezcló el polvo con agua y lo puso en el fuego a calentar. Después, fundió un poco de sebo en una sartén y echó a freír un par de lonchas de beicon y un huevo.

Decidió que fregaría el suelo después de desayunar, por lo que fue por un cubo para llenarlo de agua. Cuando lo encontró, estaba encajado bajo una estantería. Tiró y tiró y entonces, olió de nuevo el beicon y el café. ¡Oh, no! ¡Su desayuno se iba a abrasar si no se daba prisa! Rápidamente volvió a la cocina pero se detuvo repentinamente.

El nieto de lady Cahill estaba sentado a la mesa, de espaldas a ella, comiéndose su desayuno con todas las trazas de estar disfrutándolo.

—¿Qué cree que está haciendo? —preguntó ella, enojada.

—Quiero otro par de huevos y cuatro lonchas de beicon —respondió él, sin dejar de comer—. Y un poco más de ese café tan delicioso —añadió, levantando la taza vacía sin ni siquiera volverse a mirarla. Kate se quedó inmóvil, ardiendo de indignación—. Más café, muchacha, ¿es que no me has oído?

—Solo hay suficiente para una taza más —dijo ella, furiosa.

—Eso es todo lo que quiero —replicó él, tomándose el último trozo de beicon.

—Pues esa taza es para mí. Usted tendrá que esperar. Haré un nuevo puchero dentro de unos minutos.

—¿Qué diablos quieres decir con eso de que solo hay suficiente para ti? —preguntó él, dándose la vuelta.

Jack se sentía ultrajado.

Si recordaba bien, nunca había oído que una criada de la cocina hablara y que mucho menos contestara de aquel modo tan impertinente. Sin embargo, ¿quién si no iba a ponerse a fregar y a cocinar a aquellas horas de la mañana? La muchacha lo miraba, con las manos en las caderas y las mejillas sonrosadas. Estaba muy lejos de la pálida y agotada jovencita que había visto la noche anterior.

A pesar de su enojo, tuvo que sonreír. Una mancha de hollín le iba desde la mejilla a la sien. Se dio cuenta de que los ojos de la joven no eran verdes, como había pensado. Tenían un tono verde grisáceo, bastante poco frecuente. Entonces, notó que ella le estaba examinado el rostro y se volvió un poco, tomando mucho cuidado de cubrirse la cicatriz.

Ella se limitó a servirse la última taza de café y se la tomó, demostrando abiertamente que la estaba degustando.

Jack estaba asombrado. No estaba acostumbrado a que una simple criada lo tratara de aquella manera y ¡en su propia cocina! Abrió la boca para echarle una buena reprimenda, pero entonces ella lo miró a los ojos y, de algún modo, se lo impidió.

—Creo que me lo he ganado, ¿no le parece? —preguntó ella, haciendo un gesto hacia la brillante cocina.

Jack volvió a fruncir el ceño. ¿Qué otra cosa hacían las criadas que no fuera limpiar y cocinar? ¿Es que acaso esperaba que le diera las gracias? ¿Se habría dado cuenta de quién era él? Todos los criados sabían quién era y se comportaban de un modo adecuado. Sin embargo, aquella ni siquiera parecía conocer las reglas básicas de comportamiento. Por añadidura, no parecía adecuado que una muchachita tan frágil rugiera de aquel modo.

— ¿Sabes quién soy?

— Supongo que el señor Carstairs, el nieto de lady Cahill.

Kate lo miró. No parecía estar fuera de lugar en aquella cocina, pero, tal vez, él preferiría comer en otro lugar. Posiblemente sentía que no era adecuado desayunar en la cocina con ella cuando no habían sido presentados adecuadamente.

— ¿Preferiría que le llevara el desayuno a otra habitación? ¿Al comedor, tal vez?

— Comeré aquí —replicó él, tamborileando los dedos contra la mesa.

— En ese caso, le suplico que trate de ser paciente. Terminaré mi café y luego prepararé suficiente beicon y huevos para que podamos desayunar los dos.

Jack no sabía si echarle una regañina o esperar tal y como ella le había dicho. Aquel desayuno había sido el más delicioso que había probado en mucho tiempo y el café era el mejor que había saboreado en meses. Sin embargo, no debía olvidar que él era el dueño de la casa.

Antes de que él pudiera reaccionar, ella se sentó enfrente de él. Él se puso muy tenso al sentir aquellos hermosos ojos sobre su rostro.

— Entonces, fue usted el que estuvo en mi habitación anoche —dijo ella, por fin—. Cuando me desperté esta mañana, no recordaba cómo había llegado a aquella cama. Me parecía haber visto a Jemmy, pero ahora que lo veo a usted, lo entiendo todo. A Jemmy también lo hirieron con una bayoneta, justo en el mismo lugar, pero su herida se infectó terriblemente. La de usted ha curado estupendamente, ¿verdad? ¿No es el café maravilloso? —Añadió, con una sonrisa—. Me siento como una mujer nueva, así que por eso perdonaré su descarada rapiña y prepararé un poco más para los dos.

Jack la miró asombrado. ¿Quién era aquella descarada, orgullosa y harapienta muchacha de ojos tan maravillosos? Además, ¿cómo había podido reconocer una herida de bayoneta y le había podido mirar tan tranquilamente cuando el resto de las mujeres que habían visto su cicatriz habían temblado de horror? Él sabía perfectamente que no era una visión agradable. ¿Y quién sería ese Jemmy que no dejaba de mencionar y que parecía tener derecho a estar en su cuarto?

Estaban acabando de desayunar cuando la puerta se abrió y entró un hombre, moreno y corpulento. Tras mirar a Kate, esbozó una sonrisa que iluminó su curtido rostro.

— Señorita... ¡Mmm! ¡Café!

— ¿Le gustaría tomar una taza, señor?

— La señorita es muy amable —respondió el hombre, sonriendo.

—Entonces, siéntese, por favor, y le traeré una taza —dijo Kate, acercándose al puchero.

Los dos hombres empezaron a conversar en español. Kate se quedó perpleja. Tras haber pasado tres años en España y Portugal, había conseguido alcanzar una cierta fluidez en los dos idiomas y, por lo tanto, pudo entender todo lo que los hombres decían, lo que no le agradó en absoluto.

—Vaya, comandante Jack, ¿quién es esa pequeña ratita con los ojos tan bonitos y la cara sucia?

Kate se miró en una cuchara y luego se frotó la cara con un trapo.

—¡Que me aspen si lo sé, Carlos! Debe de ser una criada de mi abuela.

Kate oyó que alguien arrastraba una silla contra el suelo y que una mano le tocaba suavemente en el hombro. Rápidamente, se volvió y vio que un par de ojos azules la miraban, con un cierto brillo de diversión en sus profundidades. ¿Acaso encontraba divertido asustarla o habría notado que se había limpiado la cara?

—Si no te importa... —dijo él, indicándole para que se apartara. Entonces, tomó una ramita ardiendo, encendió su cigarro y volvió a sentarse, cojeando ostentosamente.

—Es muy nerviosa la pequeña ratita, ¿verdad? —Dijo Carlos, en español—. Y también muy flaca.

—Probablemente no ha tomado una buena comida en muchas semanas. No sé en lo que estará pensando mi abuela con una muchacha tan desarraigada como esta.

Kate se sonrojó. ¿Acaso resultaba tan evidente?

—Es muy bonita. Tiene unos hermosos ojos —afirmó Carlos—. Sin embargo, tiene que engordar un poco. A mí me gusta que una mujer parezca una mujer.

—Piensas demasiado en las mujeres, Carlos...

—¡Ay, comandante Jack! Usted puede hablar, con ese rostro tan hermoso y esos ojos azules por los que suspiran todas las damas... Esa pequeña cicatriz nunca le quitará el interés de las damas...

—Sujeta tu lengua, Carlos —le espetó Jack, tocándose suavemente la cicatriz.

—Sí —prosiguió Carlos, cambiando de tema—, esa ratita está tan plana como una tabla en estos momentos, pero con unos buenos platos de carne, las curvas empezarán a crecerle... Sí... crecerán deliciosamente...

Kate se sentía ultrajada. ¿Cómo se atrevían a hablar de ella de aquel modo? Ella ya no era inocente, pero ellos no lo sabían.

Ninguna mujer que hubiera viajado con un ejército podría tener la inocencia con respecto a los hombres que era necesaria para una dama soltera. Sin embargo, la mayoría de aquel tiempo había tenido la protección de su padre y de sus hermanos y la de los soldados que los conocían. Kate se había movido en libertad entre las tropas, curando heridas, escribiendo cartas y alimentando a los enfermos, sabiendo que

nadie le hubiera ofrecido los insultos que estaba teniendo que soportar en la casa de un supuesto caballero, aunque fuera en una lengua extranjera.

Por supuesto, dado cómo había abandonado la península, debería estar acostumbrada a aquel tipo de insultos. Sin embargo, aquellos hombres no lo sabían...

—Y, cuando esas curvas crezcan, comandante Jack, yo estaré allí para adorarlas. Yo, Carlos Miguel Riviera...

—¡Ya basta! —Exclamó Jack—. No harás nada de eso.

—Comandante Jack... ¿es que le gusta a usted esa ratita?

—Claro que no —replicó él—. No tengo interés alguno en retozar con criadas, pero no consentiré que la vayas olisqueando. Es... es la criada de mi abuela y no vas a tocarla, ¿entendido?

—No, no, claro que no, comandante Jack —dijo Carlos, levantando las manos—. No me acercaré a esa chica, se lo prometo, señor. Es toda suya, comandante, toda suya...

Jack se levantó y miró con frialdad a Carlos.

Sin embargo, un estruendo de platos proveniente del otro lado de la cocina los distrajo a los dos.

Entonces, los dos hombres se volvieron a mirar a Kate.

El pequeño cuerpo de la joven estaba rígido de furia y los ojos le brillaban, llenos de ira.

—Su café, *caballeros* —dijo, enfatizando la palabra con ironía.

Entonces, para sorpresa de los dos hombres, agarró el puchero del café y lo arrojó directamente hacia ellos.

Capítulo 3

Un instinto pulido a lo largo de varios años en la guerra hizo que los dos hombres se apartaran instantáneamente, pero nada pudo salvarlos de verse salpicados de café caliente cuando el puchero se hizo añicos contra la pared. Maldijeron en una fluida mezcla de español, portugués e inglés y se dieron la vuelta para enfrentarse a la causa de su ira. Sin embargo, ya no había nadie. Kate no había esperado a ver los resultados de sus actos.

—¡Maldita sea esa muchacha! —Gruñó Jack—. ¿Qué diablos le pasa?

Entonces, se quitó la camisa, empapada de café, y la utilizó para secarse la cara y el pecho. Carlos hizo lo mismo con un trapo de cocina.

—¿Cree usted, comandante, que tal vez entendió lo que estábamos diciendo?

—¿Una criada en pleno Leicestershire comprendiendo español? —Preguntó Jack, con incredulidad—. ¡Imposible! Sin embargo, se limpió el hollín de la cara —añadió, algo pensativo—. No. Eso es ridículo. Es inglesa. A menos que tenga algo de sangre española —prosiguió, considerando su pálida y translúcida piel, los ojos verdes grisáceos y los rizos castaños—. No. No tiene el tono de piel o de cabellos de una española.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Carlos, indicando el café que lo había salpicado todo.

—¿Y cómo diablos quieres que lo sepa? ¡No se nada de esa mujer! Maldita sea... ¡Pero esta vez no se va a salir con la suya!

—¿Esta vez? —Preguntó Carlos, con una suave sonrisa en los labios—. ¿No querrá decir el comandante que esa ratita ya lo ha enojado antes?

—Limpia todo esto enseguida —replicó Jack, mirándolo con frialdad.

—Sí, sí, enseguida, comandante —dijo el hombre, aplicándose inmediatamente a la tarea.

Jack salió al vestíbulo y miró a su alrededor. No se veía a la muchacha por ninguna parte. Apretó los puños, decidido a echarle una buena reprimenda antes de ordenarle que hiciera las maletas. Con toda la rapidez que pudo, empezó a subir las escaleras, en dirección a su habitación. Al dar la vuelta a la esquina del descansillo, se topo de bruces con Kate, que iba corriendo por el pasillo. Chocaron con tanta fuerza que él tuvo que agarrarla para no perder el equilibrio.

Kate, instintivamente, también levantó las manos y se vio frente a un fuerte y amplio torso, completamente desnudo, cubierto de suave vello oscuro. Completaban la imagen unos hombros y unos brazos muy poderosos.

—¡Oh! —exclamó Kate, intentando apartarse de él.

—¡No tan rápido, muchachita! ¿Cómo te has atrevido a tirarnos eso a la cabeza? Podrías habernos causado heridas graves.

—Tonterías —replicó la joven, tratando de soltarse—. Llevo años jugando al criquet y soy una excelente tiradora. No tiré a dar.

—¿Al criquet? ¡Tonterías! Las mujeres no juegan al criquet. ¡Lo que tú necesitas es una buena lección de modales!

—¡Suélteme! ¿Cómo se atreve? —le espetó ella, rebulléndose entre sus brazos, aunque Jack la sujetaba sin esfuerzo.

—Si sigues moviéndote así, pequeña fiera, tal vez me empiece a gustar todo este asunto.

Kate se quedó inmóvil. Aquel hombre estaba intentando sonrojarla. Decidió utilizar otra táctica.

—Oh... oh... me está haciendo daño... oh... —suspiró dramáticamente, quedándose inerte de repente entre sus brazos.

—¡Maldita sea! —exclamó él, aflojando la presión enseguida—. ¡Diablos!

Aquella muchacha era tan frágil que Jack creyó que la había hecho desmayarse. Se sintió como un bruto. Estaba considerando si debía llevarla a su habitación cuando ella se movió rápidamente y se escapó de entre sus brazos, abofeteándolo con todas sus fuerzas.

—¡Hay que utilizar siempre los sesos antes de la fuerza bruta! —le espetó, antes de darse la vuelta y salir corriendo por el pasillo. Cuando llegó a su habitación, se dio la vuelta—. ¡Y claro que las mujeres juegan al criquet! —añadió, antes de cerrar de un portazo.

Jack la miró perplejo. Entonces, se dio la vuelta y fue tan rápido como le permitió su pierna hacia la habitación de su abuela, lleno de furia.

—¡Abuela! —Gritó, entrando en la habitación—. ¿Quién diablos es esa... esa gata salvaje?

Los ojos de la anciana contemplaron a su nieto. Se alegró mucho de ver que estaba tan furioso. Aquello demostraba que no había nada de la ausencia de espíritu de la que había hablado Amelia. Alguien lo había enojado y ella se encargaría de seguir el proceso.

—¿Qué diablos haces, entrando en mi habitación a estas horas, maldiciendo y gritando? —Preguntó la anciana, mirándolo con frialdad—. En mis tiempos, a ningún caballero se le ocurriría entrar en la habitación de una dama con un atuendo tan indecente o, mejor dicho, sin llevar nada puesto. Sal de aquí ahora mismo, muchacho y no regreses hasta que no estés adecuadamente vestido. ¡Estoy asombrada y espantada, Jack! ¡Asombrada y espantada! —exclamó lady Cahill, apartando la mirada con un gesto ofendido.

Jack abrió la boca para protestar, pero la cerró rápidamente. Aquella era su abuela y conocía su juego perfectamente. Se hubiera apostado algo a que la mujer no estaba más espantada por ver a un hombre sin camisa que él mismo. Sin embargo, no consentiría que su abuela se divirtiera de aquel modo con él, delante de su criada. Jack hizo una irónica reverencia y salió del cuarto, dando un portazo.

— ¡Dios mío, Milady! ¡Qué espanto! — exclamó su criada personal.

— No seas tan mojigata, Smithers. Supongo que ya habrás visto antes a un hombre sin camisa, ¿verdad? — Replicó lady Cahill, mirando a la mujer —. Bueno, tal vez no... En ese caso, ampliará tu educación.

— ¡Milady! — respondió Smithers, indignada.

— Oh... Ve por mi chal — dijo la anciana —. Me voy a levantar.

— ¡Antes de las once!

— Pensándolo mejor, ve por esa muchacha que traje conmigo. Pídele que venga y tráeme chocolate caliente, si es que puedes encontrarlo en este lugar abandonado de la mano de Dios.

— ¿Esa... esa muchacha tan desaharrapada, Milady?

— Esa persona tan desaharrapada, tal y como la ves, es la hija de mi adorada ahijada, Maria Farleigh, y, como tal, Smithers, se le ha de tratar como mi huésped. ¿Me comprendes?

— Sí, Milady — murmuró la mujer humildemente, tras hacer una reverencia.

Al oír que alguien llamaba a su puerta, Kate se puso muy tensa, Sin embargo, decidió permanecer acurrucada en la cama.

— ¡Márchese! — exclamó, cuando el golpeteo en la puerta volvió a sonar.

— ¿Señorita? — preguntó una voz femenina, tras una pausa. Kate se bajó rápidamente de la cama y fue a abrir la puerta. El inefable rostro de Smithers se presentó delante de ella—. Lady Cahill la invita a sus habitaciones para tomar chocolate — añadió, contemplando el raído vestido de Kate con una mirada de desdén.

— ¿Ha preparado usted el chocolate?

— Yo soy la doncella personal de Milady, no la cocinera. Daré instrucciones al criado del señor Carstairs para que haga que la cocinera lo prepare inmediatamente — replicó Smithers, con gesto arrogante.

Kate reprimió una sonrisa. Le hubiera gustado ver el rostro de Smithers cuando se diera cuenta de que no había nadie para prepararle el desayuno a lady Cahill o a ella misma. Entonces, le entró un cierto remordimiento al darse cuenta de que la anciana estaría agotada por el viaje, durante el cual no había tomado nada.

— Por favor, informe a lady Cahill que me reuniré con ella enseguida. Me encargaré primero del desayuno de la señora.

— Pero Milady me dio instrucciones muy claras...

— Si fuera tan amable como para transmitir mi mensaje a lady Cahill — insistió Kate, con frialdad.

—Muy bien, señorita —dijo Smithers, por fin.

Kate bajó corriendo a la cocina, manteniéndose muy vigilante para no encontrarse con los dos hombres. Rápidamente, azuzó el fuego y puso a hervir un poco de agua. Tras inspeccionar la alacena, llegó a la conclusión de que no había chocolate por ninguna parte, por lo que decidió improvisar.

Encontró una bandeja muy grande y le puso un mantelito. A los pocos minutos, tenía cubiertos, una tetera, dos huevos hervidos y un poco de pan con mantequilla. No era a lo que lady Cahill estaba acostumbrada, pero tendría que conformarse por el momento. Inmediatamente, llevó la bandeja arriba.

—Querida mía —dijo lady Cahill, al verla entrar—, pero, ¿qué estás haciendo con esa bandeja tan pesada? ¿Por qué no hiciste que uno de los criados te la llevara?

Sin contestar, Kate colocó diestramente la bandeja en una mesa al lado de la cama de la anciana.

—Buenos días, señora —dijo alegremente—. Confío en que haya dormido bien.

—¿En esta cama? ¿Cómo iba a poder haberlo hecho? —preguntó, haciendo un gesto a su alrededor—. Supongo que tengo que estar agradecida de haber tenido por lo menos una habitación, ya que mi querido nieto se negó incluso a ver a su hermana. Gracias a Dios, Smithers tuvo la precaución de empaquetar ropa de cama... No sé cómo está dirigiendo mi nieto esta casa, pero te aseguro que tengo la intención de tener unas palabras al respecto con él. ¿Té? —Añadió la anciana, al ver que Kate servía las tazas—. Le pedí chocolate a Smithers.

—Me temo que no hay.

—¿Que no hay chocolate? —Preguntó la dama, incrédula—. Sé que el campo es poco civilizado, pero esto es ridículo. Y supongo que tampoco hay bollos recién hechos.

—No, señora, pero le he preparado unos huevos cocidos y unas tostadas. Tenga, cómaselo mientras todavía está caliente.

Después de algunas protestas, lady Cahill con sumió el ligero desayuno que Kate le había preparado. Cuando terminó, volvió a reclinarsse en sus almohadas y miró a Kate especulativamente.

—Ahora, señorita, dime. Supongo que ya conoces a mi nieto.

—¿Qué le ha dicho él sobre mí? —preguntó Kate, con cautela.

—No mucho, en realidad.

—Oh... Él no sabe quién soy yo, ¿verdad, señora?

—¿Te lo ha preguntado?

—No... Bueno, sí, me lo preguntó y yo le dije mi nombre, pero no creo que sepa cuál es mi posición en esta casa.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que se lo preguntara a usted. Habiendo sido secuestrada, no era yo quién para decirle nada. Ni siquiera yo sé por qué me ha traído a este lugar o lo que quiere hacer conmigo.

—Si te digo la verdad, jovencita, en aquel momento no tenía intención alguna contigo. Lo único que quería era sacarte de esa casa horrible y evitar que arruinaras tu vida.

—¿Que arruinara mi vida? ¿Cómo, señora?

—¿Cómo puedes preguntarme eso? Cuando te hubieras puesto a servir, hubieras perdido toda posibilidad de contraer matrimonio de acuerdo con tu cuna.

—¡Matrimonio de acuerdo con mi cuna! —exclamó Kate, con desprecio.

—¡Sí, señorita! Tienes buena sangre y buena clase y no debes entregar tu vida de ese modo.

—¿Entregar mi vida? Yo no estoy entregando mi vida. Estoy tratando de abrirme camino y eso es lo que voy a hacer... ¡como yo quiera hacerlo!

Kate se levantó de su asiento y empezó a recorrer la habitación de arriba abajo. Era vital para ella que lady Cahill entendiera. Ella ya no podría casarse de acuerdo con su cuna. Estaba deshonrada, pero no deseaba explicarle a aquella dama tan autocrática toda su sórdida historia. Además, deseaba mantener el respeto de la anciana, por lo que debía convencerla de su deseo de independencia como fuera.

—Sé que tiene buenas intenciones con este acto de caridad, pero no puedo aceptarlo. Llevo mucho tiempo acostumbrada a llevar la casa de mi padre. Además, he tenido responsabilidades que exceden con mucho a las de otras muchachas de mi edad y clase.

—¡Esto no es un acto de caridad!

—Señora, míreme. Mire mis ropas. Usted dice que quiere que viva a su lado como su invitada, presentarme en sociedad... ¿Acaso me ve yendo de visita o a un baile con esto? —preguntó, señalándose su raído vestido.

—¡Claro que no, ridícula criatura! Yo ni si quiera vestiría a una de mis fregonas con eso. Naturalmente, te proporcionaré todo lo que necesites. Vestidos, guantes, sombreros, parasoles... Todo lo que desees.

—Exacto, señora. Tendría que pedirle todo y eso es algo que yo no podría soportar.

—¡Tonterías!

—Además, señora, yo no tengo cualidades para estar en sociedad. Usted parece haber pasado por alto mi educación. No tengo habilidades musicales y nunca he aprendido a pintar con acuarelas. Puedo remendar cualquier cosa e incluso he cosido heridas, pero no sé bordar. Sé bailar, pero no sé cómo hablar de nada en concreto constantemente. He trabajado la mayor parte de mi vida, señora y eso es lo que sé hacer mejor. No forma parte de mis características ser una mariposa social y eso es lo que usted quiere que haga.

—Jovencita, jovencita... No tienes ni idea de lo que estás diciendo. La mayoría de esas cosas no son necesarias y el resto las puedes aprender. Entrar en sociedad no significa convertirse en una mariposa social y hablar de cosas banales, aun que, he de reconocer, muchas personas hacen poco más. Sin embargo, hay necios en todos los estratos de la sociedad.

Lady Cahill se quedó en silencio durante un minuto y luego le hizo un gesto con la mano para indicarle que se marchara.

—Me fatigas, muchacha. Debo estudiar un poco más este asunto. Ahora, déjame a solas. Hablaremos de todo esto en otro momento.

Kate se levantó, sintiéndose algo culpable de que la anciana se hubiera cansado tanto. No obstante, pensó que no era culpa suya, ya que ella no había pedido que la llevaran allí. Tenía derecho a tomar las decisiones que concernían con su vida. A Lady Cahill no le debía nada más que cortesía. Entonces, ¿por qué sentía tan mal por querer ganar su propio dinero, por negarse a depender de los demás? Por fin, reconoció que se sentía mal por tener que rechazar la amabilidad de una anciana.

Tomó la bandeja y se marchó. En el momento en que cerró la puerta, otra se abrió a poca distancia. Jack Carstairs apareció en el pasillo. Kate se detuvo secamente. Estaba entre ella y las escaleras. Podía salir corriendo hasta llegar a su propio dormitorio, regresar a la habitación de lady Cahill o enfrentarse a él.

Jack se cruzó de brazos y esperó, con un gesto sardónico en el rostro. Entonces, Kate levantó la barbilla con orgullo y decidió que no se vería intimidada por la simple fuerza bruta. Aunque fuera alto y fuerte... Asió la bandeja con fuerza y empezó a andar, con la cabeza bien alta.

Jack la contempló con una expresión divertida en los ojos. Aquella muchachita sabía que se había enfrentado con el dueño de la casa. Le había arrojado un puchero de café y, además, lo había abofeteado. Aquello había sido una estupidez. Si quería, él podría partirla en dos, pero, aun así, ella no se había arredrado y había seguido andando hacia él. Aunque no ejerciera violencia física contra ella, Jack podría muy bien despedirla. Él sabía que aquello era lo que más temían los criados, ya que probablemente implicaría no volver a encontrar trabajo. Aquella joven debía saberlo muy bien. El vestido raído que llevaba puesto indicaba que estaba bien familiarizada con la pobreza, y la falta de comida había sido una experiencia muy reciente.

Sin embargo, aquello no le había impedido enfrentarse con él y tirarle un puchero directamente a la cabeza. ¿Por qué lo habría hecho? A pesar de que era poco probable que una criada inglesa hablara español, Jack decidió probar su teoría. Permaneció apoyado contra la pared, observándola.

Kate pasó a su lado, aparentemente indiferente, aunque el corazón le latía más rápidamente de lo normal. Cuando ella llegó a la escalera, él le dijo, en español:

—Tienes una enorme araña negra en el pelo. Permíteme que te la quite.

Esperó que se diera la vuelta, que se pusiera a gritar, a tirarse del pelo o que siguiera andando, sin prestar atención alguna a lo que le había dicho. Ella se limitó a

quedarse inmóvil. Jack esperó un momento, perplejo. Entonces, se acercó más a la joven.

Kate siguió sin moverse. Entonces, Jack la tocó en el hombro y se dio cuenta de que estaba temblando. Se oía cómo la porcelana que llevaba en la bandeja traqueteaba levemente. Al mirarla al rostro, vio un profundo terror en sus ojos. Estaba muy pálida y, en la frente, le estaban empezando a aparecer gotas de sudor.

—Por favor, quítemela —susurró ella, con un hilo de voz. Jack la contempló unos segundos, aturdido por la intensidad de su reacción—. Por favor...

—Mi pobre niña. Lo siento mucho —dijo él, con algún remordimiento—. No hay ninguna araña. Ninguna en absoluto.

Entonces, Jack le quitó la bandeja de las manos y la colocó en una mesa cercana, sin apartar los ojos de ella. Kate lo miró fijamente, sin comprender. Él volvió a tocarla en el hombro y ella se echó a temblar.

—No hay araña. Lo inventé todo —explicó, con tono de disculpa—. Fue solo un truco. Lo siento. Solo quería ver si comprendías el español.

Kate lo miró confundida, con la mente todavía aturdida por su incontrolable miedo a las arañas.

—Hablé en español —prosiguió él, agarrándola cálidamente por los hombros.

Sin saber lo que hacía, la estrechó contra su pecho y murmuró suaves sonidos para tranquilizarla. Inspiró suavemente. ¿Cuál era la fragancia que llevaba? Le resultaba muy familiar...

No se le ocurrió que resultaba de lo más inapropiado que él se comportara de aquel modo con una doncella, aunque, desde siempre, había sentido la necesidad de consolar a criaturas desvalidas.

La mejilla de Kate estaba apretada contra su pecho y la cabeza colocada entre el hueco que formaban la barbilla con la garganta. La joven, por su parte, sentía la calidez del aliento de él y la rudeza de su mejilla sin afeitar contra su pelo. Oía el constante latido de su corazón. Aquel cuerpo tan fuerte la acogía, protegiéndola, calmándola.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Kate había sentido tal consuelo y el impulso de dejarse llevar resultaba casi irresistible. Sentía la fuerte mano de Jack moviéndose arriba y abajo sobre su columna. Los temblores del deseo empezaron a hacer su aparición.

Gradualmente, Kate se fue dando cuenta de quién la tenía entre sus brazos y por qué e intentó zafarse de ellos. Como vio que él no la dejaba marchar, le golpeó en el pecho con todas sus fuerzas y se soltó, sintiendo el rostro ruborizado.

—Supongo que este es otro de sus trucos —dijo ella, tratando de alisarse el pelo y de estirarse la ropa.

—No, no lo es, maldita fierecilla. No tengo costumbre de entretenerme con criadas desaharrapadas. Solamente estaba ofreciéndote consuelo.

— Bueno, pues no necesito su consuelo. Además, no hubiera necesitado que me consolara en un principio si no me hubiera hecho víctima de su odiosa broma.

— ¿Y cómo iba yo a saber que ibas a reaccionar de ese modo solo por una araña?

— Tiene razón — admitió ella, sabiendo que su temor era irracional —. Siento habérmelo tomado de ese modo. No volverá a ocurrir — añadió, volviéndose para recoger la bandeja.

— No tan rápido, muchacha — dijo él, agarrándola por la muñeca —. ¿Quién eres?

— Ya le dije mi nombre anoche. Me llamo Kate Farleigh, por si se ha olvidado. Ahora, ¿quiere soltarme la mano?

— Todavía no he terminado contigo.

— ¡Supongo que cree que su posición le da derecho a divertirse con otros!

— ¿Cómo?

— Evidentemente, usted considera que tiene perfecto derecho a tratar a los que son menos afortunados que usted del modo que le apetezca. Bien, pues yo no se lo pienso permitir. Sea yo quien sea, tengo derecho a llevar mi vida como yo crea, sin interferencia de usted o de ningún otro miembro de su familia — replicó Kate, mirando la mano con la que él la tenía agarrada.

En aquel momento, Jack se dio cuenta de que llevaba las uñas muy cortas y poco cuidadas, muy diferentes a las de las damas que había conocido. Además, la piel de sus manos era áspera, lo que indicaba que estaba muy acostumbrada a trabajar con las manos.

— ¡Eres la criada más maleducada que he conocido! — Murmuró él, sacudiendo la cabeza —. ¿Cómo diablos te ha traído aquí mi abuela?

Kate lo miró sorprendida. Suponía que no podía culparlo por haberla tomado como una criada. Llevaba el vestido adecuado y, además, él la había visto trabajando en la cocina. Decidió que si el dueño de la casa insistía en considerarla una sirvienta, no iba a ser ella quien lo sacara de su error. Después de todo, tenía una broma que devolverle.

— Señor — dijo ella, observando que él la tenía todavía agarrada por la muñeca —. Debo volver a mis deberes, señor. Tengo que fregar el suelo de la cocina...

— ¿Cómo diablos has aprendido a hablar como una dama?

— ¿Como una dama, señor? — Preguntó ella, fingiendo sorpresa —. Nunca pensé que hablara como una dama. Debe de ser porque estuve en la casa de un anciano caballero durante mucho tiempo y él insistió en que aprendiera a hablar adecuadamente. Era un verdadero erudito, señor, y hombre de iglesia. Odiaba que se mancillara el idioma con una mala pronunciación, tal y como él decía. Me enseñó a leer y a escribir — añadió ingenuamente, mientras trataba de soltarse.

— Pero entiendes el español. ¿Cómo es que una criada entiende un idioma extranjero?

— Me imagino que hay cientos de criadas en España.

— No seas impertinente, muchacha. Sabes perfectamente bien que te estaba preguntando cómo una criada inglesa como tú sabe español. Resulta evidente por tu físico que no tienes sangre española.

— En eso tiene razón. Es usted un caballero muy listo.

— ¡Basta ya de tonterías! Te he preguntado cómo es que entiendes el español.

— Oh... Ese caballero hizo muchos viajes por el extranjero y era más fácil llevarme con él que dejarme en Inglaterra así que, por supuesto, aprendí algo del idioma. ¿Le basta con eso, señor?

Kate sabía perfectamente que no había satisfecho su curiosidad y que eso no le gustaba. Estaba acostumbrado a tener el control de las situaciones. Sabía también que se pondría furioso cuando descubriera quién era ella realmente, pero se lo merecía por haber sacado conclusiones que no debía. Y por la araña.

— Sí... Eso es todo.

Kate hizo la típica reverencia de una criada y recogió su bandeja. Bajó las escaleras, a punto de echarse a reír, imaginándose su cara cuando su abuela le explicara finalmente quién era ella.

Cuando Jack observó que ella había desaparecido, se dio la vuelta y llamó a la puerta de su abuela.

Capítulo 4

—¿Dónde diablos has encontrado a esa chica, abuela?

La anciana lo contempló con frialdad.

—Estoy muy bien, Jack, gracias por preguntar.

—Maldita sea, abuela...

Al notar en los ojos de la mujer las ganas de batalla que tenía, Jack decidió que sería mejor capitular, ya que sabía por pasadas experiencias de lo que era capaz su abuela. Se lamentó y se preguntó qué habría hecho él para verse rodeado de aquellas mujeres. Unos días atrás, su vida había sido de lo más tranquila.

Jack se acercó y se sentó en la cama, extendiendo su pierna herida y sin prestar atención a la expresión horrorizada de la criada personal de su abuela ante tal osadía.

—¡Vete, Smithers, vete si no puedes soportar que un hombre se siente en mi cama! —Le espetó lady Cahill—. ¡Estúpida mujer! —añadió, cuando la doncella se hubo marchado. Sin embargo, vale su peso en oro cuando tiene que hacerme *la toilette*. Hace que una vieja como yo se parezca menos a una bruja.

—¡A una bruja! —Exclamó Jack, de nuevo de buen humor—. Eso es una burda mentira, abuela. Tú no has dejado de ser una belleza reconocida en toda tu vida. Evidentemente, veo que te has recuperado de tu viaje, porque debo decirte que tienes un aspecto estupendo. De hecho, pareces una rosa.

—¡Maldito muchacho! —replicó la mujer, encantada—. Eres muy malo y sé perfectamente que solo estás intentando camelarme.

—¿Camelarte? —repitió Jack, muy divertido—. ¡Pero abuela! ¡Qué expresión tan vulgar! ¡Me escandalizas!

—No critiques a los que son más viejos y mejores que tú, jovencito —replicó la anciana—. Ahora, ¿qué es eso que me han contado de que has caído en el hastío? No es propio de ti, Jack, y no lo consentiré.

—Como puedes ver, abuela, tus fuentes te han informado mal. Estoy perfectamente a pesar de ser un tullido.

—Tú no eres más tullido que yo misma —dijo lady Cahill, frunciendo el ceño—. ¿Qué es una pierna rígida? Tú abuelo la tuvo durante años como resultado de un accidente de caza y nunca le impidió que hiciera nada de lo que quería hacer.

—Si recuerdo bien, abuela, mi abuelo podía todavía montar hasta poco antes de su muerte.

El silencio se apoderó de ellos. Lady Cahill consideró la cruel ironía de la herida de su nieto. Había sido un notable jinete hasta su vuelta de la guerra y, como única herencia, tenía una propiedad situada en uno de los condados con mejor caza de todo el país.

Jack se puso de pie con dificultad. Todavía le costaba enfrentarse a la realidad de sus heridas.

—¿Puedo preguntar qué te ha traído a mi humilde casa? —preguntó él, cambiando de tema.

—Claro que puedes preguntar.

—Sí, acabo de hacerlo.

—¡No seas descarado, jovencito! He venido a ver lo que te estaba ocurriendo. Ahora, dime, ¿por qué le negaste tu hospitalidad a tu propia hermana?

—Abuela, puedes ver por ti misma que este lugar no está todavía preparado para recibir huéspedes... Además, en ese momento, yo no me encontraba demasiado bien. Lo lamento, pero... ya he tenido suficientes mujeres llorando y suspirando por mi... desfiguramiento.

—¿Desfiguramiento? —replicó la anciana, mirándole la cicatriz de la mejilla—. Si te refieres a ese arañazo, he de decirte que siempre fuiste demasiado guapo para tu propio bien. Ahora pareces más hombre, no solo un muchacho con una cara bonita.

—Gracias, abuela.

—¡Basta ya! Creo que voy a levantarme, así que márchate de aquí y haz que uno de tus perezosos sirvientes me traiga un poco de agua caliente.

—Lo lamento, abuela, pero no puedo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No tengo ningún criado.

—¿Que no tienes criados? —Preguntó lady Cahill, sentándose en la cama—. ¡Eso es imposible! ¡Debes tener criados!

—No tengo interés alguno en esta casa. He vivido en demasiados lugares incómodos durante los últimos años como para que me baste con tener un techo sobre mi cabeza y una cama en la que dormir. No tengo intención de desperdiciar una pequeña fortuna en una horda de criados solo para que se ocupen de mi comodidad, aunque tuviera esa pequeña fortuna que desperdiciar. Y ya sabes que no es así.

—¿Que no tienes criados? —repitió la anciana, atónita.

—Nada más que mi hombre, Carlos, y él se encarga también de mis caballos. Solo están los criados que trajiste contigo, así que me temo que tendrás que confiar en que sean ellos los que te atiendan. Están en la posada del pueblo, todos excepto tu doncella y tu criada. Ellas se encargarán de tus necesidades.

—No verás que Smithers se rebaja a calentar agua.

—Entonces, haz que lo haga la criada. Ella parece capaz de hacerlo.

—¿Qué otra criada? ¿De quién estás hablando, muchacho?

—Abuela, ¿no crees que ya va siendo hora de que dejes de llamarme «muchacho»? Ya he pasado de los treinta.

— ¡No seas ridículo, muchacho! Y deja de cambiar de tema. ¿De qué otra criada estás hablando?

— De esa criatura tan delgada con ese horrible vestido negro. Debo decir, abuela, que me sorprende que no te hayas dado cuenta de la ropa que lleva. Normalmente tú eres más que fastidiosa sobre la apariencia de tus criados. Además, ¿cómo has permitido que esa muchacha casi se muera de hambre? Anoche se desmayó al bajar de tu carruaje y no la ayudó nadie.

— ¿Que se desmayó?

— Se quedó inconsciente. De hambre, a menos que me equivoque. No es nada más que piel y huesos, con unos ojos enormes. Tiene la piel muy pálida, el pelo castaño y rizado y parece como si se la pudiera llevar una ligera brisa. Aunque tiene la lengua de una avispa, está aterrorizada de las arañas.

Jack se detuvo, consciente de que había hablado demasiado. Sabía por experiencias pasadas que su abuela sabía sumar dos y dos y sacar como resultado cinco.

— ¿Le dan miedo las arañas? Eso me sorprende. No habría dicho que esa joven tuviera miedo de nada, sino que, más bien, era muy valiente. Sin embargo, no es mi criada. ¿Es eso lo que te ha dicho?

— No. Supongo que fui yo el que sacó la conclusión. Si no es tu criada, ¿quién es?

— Se llama Kate Farleigh.

— Eso ya lo sé, abuela, pero, ¿qué es lo que está haciendo aquí?

— ¿Y cómo voy a saberlo yo? — Preguntó la anciana, encogiéndose de hombros—. Sabes perfectamente que no he salido de este cuarto desde que llegué anoche. Podría estar recogiendo flores o tomando té. ¿Cómo diablos voy a saber yo lo que está haciendo?

— Abuela, ¿por qué ha venido esa muchacha a mi casa?

— Oh, bueno... En cuanto a eso — respondió la mujer, sonriendo —, no le quedó elección.

— ¿Cómo dices?

— Ahora no te pongas quejumbroso conmigo, muchacho, porque no te va a funcionar. Tu abuelo solía gruñirme todo el tiempo.

— ¡Entiendo perfectamente por qué y siento la mayor simpatía por él! — Le espetó su nieto—. Ahora, basta ya de tonterías, abuela. ¿Quién es?

— Se llama Kate Farleigh y es la hija única de mi ahijada, la fallecida Maria Farleigh, que de soltera era Delacombe — explicó lady Cahill. A continuación, le contó la historia de Kate en unas pocas frases.

— Entonces, es una dama — susurró él, frunciendo el ceño.

— Por supuesto.

—Pues no se comporta como si lo fuera.

—Yo no vi señal alguna de falta de clase. Tiene carácter, eso sí. Me miró con esos ojos tan azules...

—No son azules. Son como verdes grisáceos.

—Lo que tú digas —respondió la mujer, con una pícaro sonrisa en los labios—. Esa chica me miró, pero no mostró pánico. Se quedó tan tranquila mientras yo me la llevaba a solo Dios sabía dónde.

—¿Qué quieres decir con eso de que te la llevaste?

—Oh, no me mires de ese modo, Jack. Era lo único que podía hacer. Tú mismo dijiste que esa muchacha está al borde de morir de hambre. Estaba en una situación desesperada. Es huérfana, sin ningún pariente de sangre al que acudir y no tiene ni un penique en el mundo, a menos que me equivoque.

—Sigo sin comprender.

—Esa muchacha tiene una buena ración de orgullo. En eso se parece a su padre. La familia de Maria quería hacerle una gran dote cuando se casó con él, ya que Maria era hija única, pero él se negó. No quería que se pensara que se casaba con ella por su dinero. ¡Y mira lo que ha salido de todo eso! ¡Su propia hija va vestida con harapos y casi ha muerto de hambre! ¡No tolero esas cosas!

—¿Pero qué dijo Kate... la señorita Farleigh, abuela?

—Dijo que no estaba interesada en aceptar obras de caridad ni de mí ni de nadie. Y yo no tenía tiempo que perder, tratando de convencerla en aquella casucha, así que la secuestré.

—¿Cómo? —preguntó él, mirando a su abuela atónito. Entonces, no pudo aguantarse y empezó a reír, cayendo encima de la cama hasta que le dolieron los costados de las carcajadas.

Su abuela lo observó, encantada. Era la primera vez que vislumbraba algo del adorado nieto que se había ido a la guerra. Hasta que lo había visto reír, solo había sido un silencioso y distante desconocido. En un breve espacio de tiempo, lo había visto furioso y riendo sin inhibición. Una muchachita había sido la causa de aquel cambio. Lady Cahill dio gracias al cielo por haberle dado el impulso de llevarse a Kate a Leicestershire.

—Fuera de aquí, muchacho, ya he tenido bastante de tus tonterías esta mañana —gruñó, para cubrir su alegría—. Ya es hora de que me vaya vistiéndolo o a Smithers le va a dar un ataque de histeria. Resulta evidente que esta casa tuya necesita una mujer que lo ponga todo en orden, así que supongo que debo ponerme a trabajar. Ahora, fuera de aquí, Jack, o te prometo que me levantaré con mi camisón... ¡Y eso sí que le causaría a Smithers un ataque!

—Sin duda, eres la dama más escandalosa que conozco. Me sorprende que esa mujer no se haya muerto de una conmoción hace mucho tiempo.

Entonces, se levantó de la cama y salió de la habitación. A continuación bajó las escaleras dispuesto a encontrar a la señorita Kate Farleigh sin dilación y ponerle en

claro un par de cosas. ¿Una criada? ¡Ja! ¿Que solo estaba interesada en fregar el suelo? ¡Ja! ¡Y pensar que se había preocupado por ella! Sin duda, la muy desvergonzada estaba sentada en alguna parte, con los pies en alto, riéndose de la broma que le había gastado.

Al entrar en la cocina, se quedó perplejo al ver que Kate estaba de rodillas, frotando vigorosamente las losetas de la cocina, tal y como había prometido.

—¿Qué diablos se cree que está haciendo?

Kate se sobresaltó. Jack Carstairs había descubierto quién era. Tuvo que apretar bien los labios para no sonreír.

—Le he preguntado qué es lo que está haciendo —insistió él.

—Se llama fregar el suelo —respondió ella, señalando las losetas llenas de agua y el cepillo de raíces. Le resultaba imposible no bromear con él un poco más—. Yo hubiera dicho que un hombre de su edad...

—¡No juegue conmigo, jovencita! ¿Qué diablos está haciendo la invitada de mi abuela fregando mis suelos y cocinando mi desayuno? ¡No lo aceptaré!

—Pero ya lo hizo, ¿es que no se acuerda? Tres huevos, seis lonchas de beicon y casi un puchero entero de café.

—Maldita sea, no estoy hablando de...

—Claro que sí. Usted me acusó de cocinar su desayuno y luego dijo que no lo aceptaría. Siento mucho que no le gustara mi comida. Si lo prefiere, no volveré a cocinarle su desayuno. De hecho, no había sido esa mi intención, dado que era mi propio desayuno el que estaba cocinando y usted... lo robó —explicó ella, apartándose un rizo de la cara y dejándose al mismo tiempo una terrible marca de suciedad en el rostro—. Supongo que, después de todo, no le gustó. Tal vez consumir comida a una hora tan temprana le hizo sentirse... mal. Con toda seguridad, si había estado bebiendo la noche anterior... De hecho, me parece recordar...

—Yo... No... No estaba... El desayuno estaba muy buen...

Jack se sentía perdido. Aquella entrevista no estaba saliendo tal y como él lo había pensado.

—¿Por qué está frotando el suelo? —preguntó por fin.

—Pensé que era el mejor método de limpiarlo. Tal vez haya uno más moderno que usted prefiera...

—¡No, no lo hay! —replicó él, furioso.

—Bueno, en ese caso... —dijo Kate, disponiéndose a utilizar de nuevo el cepillo.

—¡Deje ese maldito cepillo!

—Entiendo. No desea que utilice el cepillo —observó Kate, como si estuviera dándole la razón a un loco—. Tal vez prefiere que utilice otro utensilio —añadió, mirando a su alrededor, como si estuviera buscando una alternativa.

—¡No deseo que utilice nada!

—Entonces, ¿cómo quiere que friegue el suelo?

—¡Es que no deseo que friegue el suelo! —le espetó él.

—Entiendo. Le gusta sucio —susurró ella, sacudiendo la cabeza como si estuviera muy sorprendida—. Bueno, si prefiere vivir rodeado de inmundicias...

—No prefiero nada de eso —rugió él, agachándose para agarrarla de los hombros y ponerla de pie—. ¡Muchachita desvergonzada! ¡No utilice la ironía conmigo! ¡No consentiré que se ponga a fregar mis suelos! ¡Los invitados no friegan el suelo! ¿Me comprende? —añadió, zarandeándola, lleno de frustración.

—¡Suélteme! —le ordenó Kate, furiosa, tratando de soltarse. Entonces, levantó un pie, dispuesta a darle una patada.

—¡No se atreva, pequeña arpía! —Exclamó él, levantándola del suelo—. ¡Mi abuela dijo que era una dama, pero, Dios Santo, no tiene ni idea de la fiera que en realidad es!

—Sin duda, su abuela también tiene la impresión de que usted es un caballero —replicó Kate—. Estoy segura de que no conoce... su costumbre de maltratar a la gente.

Finalmente, ella consiguió soltarse y fue corriendo a escudarse tras la mesa de la cocina.

—¿Mi qué?

—¿Cómo lo llamaría, si no? —preguntó ella, contemplándolo con los ojos brillantes—. No llevo más de un día en esta casa y usted ya ha utilizado la violencia conmigo... ¡en varias ocasiones!

—¿Y quién me tiró un puchero de café a la cabeza no hace ni una hora?

—¿Y quién se lo merecía más que usted, hablando sobre mí de ese modo tan horrible, como si yo fuera una... una...?

—¿Y cómo iba yo a saber que entendía lo que estábamos diciendo?

—Un caballero nunca me hubiera puesto en esa situación.

—¡Y, para empezar, una dama nunca hubiera estado en la cocina!

—¡Ah, ahora soy una dama! ¡Es una pena que no lo pensara también antes!

—Mi abuela me lo ha contado todo sobre usted.

—¿Y está dispuesto a creer a su abuela?

—¿Es que está sugiriendo que mi abuela es una mentirosa? —le advirtió él.

—Sin duda alguna es una secuestradora, ¿por qué no también una mentirosa?

—No pienso hablar de mi abuela con usted —dijo él, con dignidad—. El hecho principal en este caso fue que su comportamiento fue el que me llevó a pensar que era una criada y a tratarla como tal.

—Entonces, está perfectamente bien que se insulte a las criadas, ¿verdad? ¡Ruego que se me dé entendimiento para entender los códigos de conducta de un caballero!

—¡Claro que no es así! ¿Cómo diablos...? ¿Cómo es que sabe español?

—¿Y eso también es culpa mía? En ese caso, es mejor que le avise que también sé portugués, francés, latín y griego, en caso de que desee insultarme también en esos idiomas.

—¡Yo no quería hacerlo y lo sabe muy bien! —exclamó él, distrayéndose momentáneamente por el movimiento de los rizos de ella y el aroma que despedían—. ¿Cómo aprendió a hablar esos idiomas?

—¡Ya se lo he dicho!

—Me contó una sarta de mentiras sobre que estuvo trabajando para un excéntrico caballero...

—¡Era mi padre! ¡Y no era una sarta de mentiras! Todo lo que le dije era verdad.

—¿Incluso lo de ser una pobre doncella?

—Bueno, eso no —admitió Kate—. Era el ama de llaves de mi padre. Yo nunca le dije que fuera una criada... usted sacó esa conclusión y yo, simplemente, no lo contradije. Además, resultó bastante entretenido... No me pude resistir —añadió, con un brillo pícaro en los ojos.

De repente, él se abalanzó sobre ella desde el otro lado de la mesa y le agarró la mano. Kate luchó para soltarse, pero no pudo impedir que él se la diera la vuelta y se la examinara. A continuación, le frotó suavemente una marca rojiza que le había producido el cepillo de raíces.

—Sé que no tengo las manos de una dama —dijo ella, avergonzada, mientras trataba nuevamente de retirar la mano—. Nunca las he tenido. De hecho, como le dije a su abuela, dudo mucho que se me pueda considerar nunca una dama. Lo que le permití que creyera no está lejos de la realidad. Muy pronto seré la criada por la que usted me ha tomado.

—¡Tonterías! —exclamó él, agarrándosela con fuerza.

—No es ninguna tontería. Ahora, si hace el favor de soltarme la mano...

—¿Y qué es lo que va a hacer?

—Terminar de fregar el suelo.

—Por última vez, señorita. ¡Usted no va a fregar ese suelo!

—Me niego a cocinar en una zahúrda.

—¡Es que tampoco va a cocinar! ¡Dios Santo, mujer! ¿No hace nunca lo que se le dice?

—No cuando se me dicen necesidades. Ahora, dígame usted, señor Carstairs, ¿quién le va a preparar el almuerzo a su abuela si no lo hago yo? —preguntó ella. Jack fue a responder, pero se quedó boquiabierto—. Exactamente. Pan duro y carne

fría no es lo más adecuado para lady Cahill. Por otro lado, ni mi padre ni mis hermanos se quejaron nunca de mis habilidades culinarias, por lo tanto, yo prepararé el almuerzo para su abuela y, por supuesto, para el resto de los habitantes de esta casa. Sin embargo, no cocinaré en un ambiente lleno de suciedad, así que...

Con aquellas palabras, se inclinó de nuevo sobre el suelo, dispuesta a empezar de nuevo a frotar el suelo.

—¡No pienso permitirselo! Lo hará Carlos. Ya es suficientemente malo que tenga que aceptar su oferta para preparar el almuerzo para mi abuela, pero no le permitiré que se manche más las manos con esas tareas tan degradantes. Y no se atreva a discutir conmigo, señorita. Me encargaré de ello enseguida —prometió. Rápidamente se dirigió a la puerta que daba al patio—. ¡Carlos!

Como no obtuvo respuesta, volvió a entrar, dispuesto a ir a buscarlo. Entonces, se detuvo y pareció recordar algo.

—Mi abuela... necesita un poco de agua caliente... ¿Podría, por favor...? ¿Le importaría poner un poco de agua a calentar?

—Claro que no —dijo Kate.

Al oír aquellas palabras, Jack salió de la cocina pero, antes de que ella pudiera ir por el agua, la puerta se volvió a abrir.

—Y ni siquiera piense en subir a llevársela, ¿me oye? —rugió. Kate lo miró sorprendida—. Se la subiré yo. Es demasiado pesada para usted.

Entonces, se marchó.

—No puedo quedarme aquí, en estas condiciones tan primitivas —anunció lady Cahill.

Jack reprimió una sonrisa de júbilo. Había esperado librarse de su abuela y parecía que sus oraciones estaban a punto de recibir respuesta.

—Ya te advertí, abuela, que esta casa no reúne condiciones para los invitados.

—No hay necesidad de que estés tan orgulloso de ello, muchacho. He dado instrucciones a Smithers para que prepare todas mis cosas. Me quedará una semana más o menos en Alderby antes de regresar a mi casa.

—Bueno, pues si deseas llegar a Alderby a una buena hora, deberías marcharte de aquí sobre las dos.

—Siéntate, muchacho —dijo la anciana, cuando vio que su nieto se disponía a marcharse—. Tenemos que hablar de esa chica.

—Pensé que ella iba a ir a vivir contigo. ¿Es que has cambiado de opinión?

—¡No, claro que no! Sigue siendo mi más ardiente deseo que ella venga a vivir conmigo y poder introducirla en sociedad, como le corresponde por derecho de nacimiento.

—Entonces, no sé de qué tenemos que hablar.

—De lo que tenemos que hablar es que ella no acepta mi plan —admitió la anciana.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que esa pequeña rufiana medio muerta de hambre te ha rechazado? —Preguntó Jack, con incredulidad—. ¿Que ha rechazado tu ofrecimiento para que la alimentes, la vistas con elegantes prendas de primera clase y la llesves a los lugares de moda? No me lo creo.

—¡Pues es cierto! Me ha rechazado en nada menos que en dos ocasiones.

—¿Y sabe lo que ha hecho? ¿Se lo has explicado? ¿Le has descrito la vida que podría tener? Sí, sí, supongo que sí lo has hecho —dijo él, al ver la triste mirada de su abuela. Jack se quedó asombrado. No podía imaginarse a ninguna de las mujeres que conocía rechazando una oferta similar, y mucho menos una chica desesperada como aquella—. Dios Santo, esa jovencita debe de haber perdido el juicio.

—No, lo que le ocurre es que sufre del mismo mal que tú.

—¿Y cuál es, si puedo preguntar?

—De un excesivo y obstinado orgullo.

—No sé de lo que estás hablando.

Sin embargo, Jack sabía perfectamente que se refería al momento en que él había vuelto a Inglaterra y había rechazado el dinero que la anciana le ofrecía.

—Las dos situaciones no tienen nada en común. O si no, ¿qué crees tú que tiene su situación que ver conmigo?

—Esa chica tiene intención de ponerse a trabajar como criada.

—¿Cómo? —preguntó él, recordando las palabras de Kate, que él no había creído—. ¡Eso es ridículo! ¡No puede hablar en serio!

—Claro que es ridículo, pero creo que lo dice en serio. Tiene intención de ganarse su propio dinero. Cuando la conocí, me tomó por su nueva patrona.

—Bueno, si está tan decidida a arruinar su vida, ¿qué es lo que puedes hacer tú? —dijo él, con fingida indiferencia.

—Voy a darle precisamente lo que quiere.

—¿Cómo doncella tuya? Debo decirte, abuela, que eso no me parece muy decoroso...

—Como mi doncella no, sino como la tuya.

—¡Eso es imposible!

—En realidad, debería haber dicho como tu ama de llaves. Está tan claro como el día que tú necesitas a alguien que evite que esta casa se de rumbe por tu barbarismo y tú mismo me has dicho que no estás dispuesto a gastar dinero empleando a alguien para hacerlo. Yo, por otro lado, no estoy dispuesta a permitir que un miembro de mi familia viva en ese estado de abandono, así que debes admitir que esto soluciona admirablemente los dos problemas.

— ¡No admitiré nada por el estilo! ¡Y no pienso tolerar una interferencia tal en mis asuntos, abuela!

— Entonces, ¿no deseas ayudar a esa muchacha?

— ¿Ayudarla? ¿Arruinarla socialmente empleándola como mi ama de llaves? No creo que...

— No, Jack, es mejor que no creas nada. Naturalmente, enviaré a una dama respetable para que actúe como su acompañante. Además, no estoy considerando términos corrientes para emplearla. Tengo la intención de proponerle este trato: si consiente en encargarse de tu casa durante seis meses y la convierte en el hogar de un caballero en vez de la cuadra que es en estos momentos, consideraré que se ha ganado que le sufrague sus gastos durante una temporada en Londres. Así, podrá quedarse con su orgullo, tú vivirás una existencia moderadamente civilizada y, por fin, yo podré presentar a la hija de Maria en sociedad. Mientras tanto, tendré tiempo de hacer que alguien estudie el asunto de sus finanzas. No puedo creer que se haya quedado sin nada en absoluto. Ella se quedará aquí mientras yo lo organizo todo. Arreglar esta casa la mantendrá ocupada, así que ya está todo solucionado.

— Eso no es cierto.

— Jack, si te niegas a colaborar con mi plan, eso significará el fin de esa chica, ya que te aseguro que es tan testaruda y necia como tú.

— ¡Maldita sea! — exclamó él, golpeando la mesa de frustración.

— Sabía que acabarías estando de acuerdo conmigo.

— No lo estoy.

— Pero permitirás que se quede aquí.

— ¡Es el plan más ridículo e inconveniente del que he oído hablar nunca!

— Pero lo harás.

— Claro. No me dejas elección, aunque sin duda deberían meterme en un manicomio por ello.

— No seas tonto, muchacho. Ahora, envía a ese hombre tuyo al pueblo para decirle a mi cochero que venga a buscar mi equipaje. ¡Ah! Y antes de hacerlo, di a la joven Kate que venga a verme. Le explicaré lo que quieres que haga.

— ¿Lo que yo quiero? Si, abuela, hazlo — dijo, antes de salir de la habitación dando un portazo.

— Mi querida Kate, ya has visto que las circunstancias domésticas de mi nieto son abrumadoras y, sin embargo, él todavía no tiene a nadie que le dirija su casa — dijo lady Cahill, llevándose un pañuelo a los ojos para enfatizar su desconsuelo.

Kate estaba algo pensativa. Lady Cahill no había vuelto a hablarle de sus intenciones de llevarla a Londres y presentarla en sociedad, lo que la aliviaba y

desilusionaba a la vez. Una parte de ella había soñado con pasar una temporada en Londres. Sin embargo, ya era demasiado tarde para eso. Entonces, se le ocurrió una idea. Aquella podría ser su oportunidad. Sus habilidades domésticas podrían volver a salvarla. Con el apoyo de lady Cahill, podría hacerse un hueco en aquella casa y vivir con cierta comodidad.

—Señora... si usted lo desea... es decir, si le parece que yo soy apropiada... podría convertirme en el ama de llaves de esta casa.

—¡No seas ridícula! ¡Tú no podrías ser el ama de llaves de mi nieto!

—Creo que sí podría, señora. Soy joven, pero he tenido mucha experiencia. Fui el ama de llaves de mi padre durante muchos años y aquí estaría en mejor posición que en ninguna otra parte. Yo cuidaría bien de su nieto y así usted podría estar tranquila de que yo estaba a salvo en una posición adecuada.

—¡No creo! ¡Este lugar es un desastre! Y tú crees que podrías mejorarlo... No sé... No dudo que podrías hacer el trabajo, pero yo no podría pagar un sueldo a la hija de Maria Delacombe —añadió, como si fuera un insulto. Kate sintió que el alma se le iba a los pies—. Sin embargo, debo confesar que me preocuparía mucho menos por mi nieto si estuviera segura de que alguien sensato está aquí cuidando de él. Ya es una desgracia que no pueda volver a montar...

Kate frunció el ceño, La cojera de Jack era fuerte, pero ella lo había observado bien y no le parecía que fuera peor que la de Jemmy... Tal vez...

—No obstante, no consentiré que caiga en la tristeza... —prosiguió la anciana—. De acuerdo, Kate. Te propondré un trato. Si trabajas aquí como ama de llaves de mi nieto durante seis meses sin cobrar, al final de ese periodo vendrás a vivir conmigo a Londres para que yo pueda presentarte en sociedad.

Kate parpadeó. Era una oferta magnífica, tan magnífica que era imposible.

—Bueno, jovencita, ¿qué dices? ¿Vas a permitir que descanse tranquila esta noche, sabiendo que mi nieto está en buenas manos o no? Querida —dijo lady Cahill—, sé que vivir con una anciana en Londres no es lo que quiere una muchacha, pero me gusta verme rodeada de juventud. Estarías haciéndole a una viuda un gran favor.

Kate sintió que se le hacía un nudo en la garganta. No podía aprovecharse del desconocimiento de la anciana. Ella le había hecho aquella magnífica oferta sin saber la verdadera razón por la que Kate no podía entrar en sociedad. Se lo tendría que decir, explicárselo de una vez por todas. Después, no le quedaba la menor duda de que tendría que marcharse y volver a la vida que había planeado para sí antes de la injerencia bien intencionada de lady Cahill.

Capítulo 5

—Lady Cahill —empezó Kate —, se lo agradezco mucho, pero su oferta se realiza ignorando mis circunstancias. Si yo aceptara, seguramente usted me despreciaría una vez que hubiera averiguado la verdad. Y la sociedad entera la condenaría o pensaría que es usted una necia por haber sido engañada de ese modo.

—¿Puedo preguntarte por qué, querida mía?

Kate estaba muy nerviosa. No quería contárselo a la anciana para no perder su afecto y su respeto, pero no le quedaba elección. La historia terminaría sabiéndose, como siempre. Era mejor afrontarla que tener la amenaza colgando siempre sobre su cabeza.

—No se me considera apta para el matrimonio.

—¿Quieres decirme por qué, querida?

—Es una larga historia. Cuando mis hermanos Jemmy y Ben fueron a la guerra de España, mi padre y yo los acompañamos. Me he pasado los últimos tres años viviendo allí, con el ejército.

—¡Hija mía! ¡Eso es horrible!

—No, señora, no lo fue en absoluto. De hecho, aquellos tres años, mientras mis hermanos y mi padre estaban vivos, fueron los mejores de mi vida —dijo ella. Lady Cahill hizo una exclamación de incredulidad—. Me temo que es cierto. Yo siempre he sido un poco chicozito, y encontré que esa vida me iba mucho mejor que la que llevábamos en la vicaría. Allí nunca estaba sola y mi padre me valoraba de un modo en el que no lo había hecho antes. Cuando mi madre murió, dándome a luz a mí, mi padre me echó la culpa de su fallecimiento.

—Pero hija mía, eso no fue culpa tuya...

—Lo sé, pero mi padre nunca lo entendió así... Usted dijo que yo tenía los ojos de mi madre... Mi padre era un buen hombre, pero cada vez que me miraba, lo único que veía era a mi madre muerta... así que nunca me miraba. Nunca...

—Dios mío...

—Sin embargo, de algún modo, en España las cosas cambiaron. Tal vez con la muerte y el peligro que nos rodeaba, todo lo demás se convirtió en algo poco importante. No sé... Como en una situación tan difícil, la comodidad significa mucho... Yo era un ama de llaves bastante buena. Había comida caliente a todas horas, un lugar cálido en el que dormir y ropas limpias... Esas cosas significan mucho para los hombres durante la guerra. Los tres me necesitaban y yo fui más feliz de lo que lo había sido en toda mi vida... hasta que el pobre Ben resultó muerto en Ciudad Rodrigo. Y todo terminó por hacerse añicos en Salamanca.

Lady Cahill frunció el ceño. Jack había resultado herido en Salamanca... Mientras hablaba, las manos de Kate empezaron a enredarse en la tela de la falda.

—En julio pasado, nuestro ejército estaba en retirada desde el río Duero, hacia Salamanca, y los franceses nos iban pisando los talones. A veces estaban tan cerca de nosotros que los veíamos a través de las nubes de polvo. Jemmy recibió un disparo en el pecho... Conseguimos subirlo a nuestro carro, pero con el polvo y la confusión nos quedamos muy retrasados. Entonces, fue cuando mi padre resultó herido, en el vientre... Yo conseguí llevarlos a los dos a un edificio en ruinas. Estaba medio derruido, pero al menos era un refugio... Jemmy murió la primera noche. Mi padre duró dos días más. Yo tenía un poco de láudano, así que al menos le alivié el dolor...

—Pobre niña...

—Después de eso, no me acuerdo de nada, hasta casi un mes después —susurró ella, estirándose la falda y alisando las arrugas que se había hecho—. Me desperté una mañana en un campamento francés. Un oficial, Henri Du Croix, estaba interrogando a varios prisioneros que había capturado recientemente, prisioneros ingleses. Yo no sabía cómo había llegado allí. Fue un sentimiento aterrador... Más tarde, me dijeron que el oficial, Henri, me había encontrado vagando sola. Me habían herido en la cabeza —añadió, tocándose la cicatriz que tenía casi oculta por el pelo—. Aparentemente, era incapaz de recordar mi nombre, aunque él sabía que yo era inglesa, por supuesto. Me convertí en su prisionera... y en su amante.

Kate se sonrojó al oír la exclamación que hizo lady Cahill. Sin embargo, no pudo mirarla. Las manos empezaron a enredar de nuevo con la tela.

—Descubrí que, durante el último mes, yo había vivido con él, había dormido con él en su tienda... como marido y mujer... Yo sabía que era cierto y lo recordaba. No debe pensar que era un hombre malvado. A su manera, creo que me quería, pero le juro que no supe lo que había ocurrido hasta un mes después de lo que pasó en Salamanca... cuando ya era demasiado tarde. En Lisboa, después, me llamaban la furcia del francés... y me consideraban una traidora. Eso era porque yo había curado las heridas de los soldados franceses. Tengo cierta habilidad con las heridas y, aunque eran el enemigo, no veía nada malo en curarlos. Eran solo hombres, como los nuestros, cansados, hambrientos, doloridos... anhelando estar con los suyos y no estar luchando en aquella terrible guerra. De esa parte, no me arrepiento... Bueno, ahora ya lo sabe todo. Sin embargo, le aseguro que nunca consentí ser la amante de Henri. Él me dijo que era mi marido y yo lo creí.

Vi que llevaba un anillo en el dedo, aunque no recordaba cuándo me lo había puesto. En aquellos momentos, ni siquiera recordaba mi nombre... por eso lo creí. Resultaba muy convincente... Me dijo que yo era su esposa inglesa. Sabiéndolo, nunca hubiera...

—¡Calla, calla, hija mía! No sufras más. Yo no dudo de tu palabra. Como si no supiera ya que eres una mujer de honor...

—Es usted una mujer muy singular, señora, ya que ninguno de los otros me creyó. Todos me creían una mentirosa y una traidora.

—Venga, hija mía. Cualquiera con un poco de sentido común podía haber visto que tú no eras nada de eso. En lo que a mí respecta, tú no hiciste nada malo. Y te respeto por haber ayudado a los heridos. Dime, ¿cómo regresaste a territorio inglés?

— Bueno, como dije, la memoria me volvió cuando Henri se puso a interrogar a unos prisioneros ingleses. Tal vez fue el idioma lo que provocó que recordara todo... Me llevó un par de días descubrir lo que me había ocurrido y elaborar un plan de huida. Entonces, robé un caballo y fui a territorio aliado. No fue difícil atravesar las líneas francesas, ya que una mujer no resulta tan sospechosa como un hombre, pero supongo que ya entenderá por qué no puedo entrar en sociedad ni casarme.

— Yo no veo nada que te lo impida. No hay razón para que nadie se entere de eso.

— Ya lo sabe casi todo el mundo. Volví con las fuerzas inglesas casi seis semanas después de la muerte de mi padre. Naturalmente, me interrogaron por si era una espía. Algunos de los oficiales que me interrogaron no creyeron que hubiera perdido la memoria. A otros solo les interesaba lo que yo pudiera contarles sobre los franceses. Se suponía que iba a guardarse en secreto, pero cuando llegué a Lisboa todo el mundo lo sabía. Como ve, no es orgullo lo que me impide salir a buscar marido. Desde que era una niña, he soñado con el día de mi boda, he esperado al hombre al que podría amar toda la vida y he jugado con los hijos de otros preparándome para el día que tu viera hijos propios —añadió, retorciendo constantemente la tela de la falda—. Ahora, ya he dejado de lado ese sueño... pero no porque yo haya querido. En Lisboa, recibí un ejemplo de lo que me ocurriría si volvía a intentar entrar en sociedad, señora. Damas inglesas a las que incluso consideraba como amigas me eludían, me vituperaban... incluso me escupían... Y los hombres a los que pensé que conocía y que creía que eran caballeros cristianos intentaron tocarme... me hicieron sugerencias obscenas... —prosiguió, con los ojos llenos de lágrimas—. Incluso Harry, mi prometido, me miraba de un modo en el que nunca lo había hecho antes... Fue cruel y no podría soportarlo de nuevo. Por eso, no puedo aceptar su amable oferta. No podría soportar encontrarme con alguien que lo supiera todo. En cierto modo, no es tan malo. Uno no puede echar de menos lo que nunca ha tenido. Yo carezco de la educación que otras jóvenes... si por lo menos pudiera encontrar un puesto para niñera o acompañante... Usted me podría ayudar en eso, ¿verdad?

Lady Cahill estaba profundamente conmovida. Sabía que la joven había sufrido mucho y que necesitaría tiempo para recuperarse, por lo que decidió ayudarla, pero no a encontrar un trabajo. No, si la anciana tenía voz y voto en aquel asunto, haría que la hija de su ahijada tuviera su sueño.

— Claro que te ayudaré, hija mía. Tienes que tratar de olvidarte de ese asunto tan terrible. Estuviste en una situación muy difícil, pero te comportaste con honor, como una verdadera mujer cristiana. Estoy segura de que tanto tu padre como tu madre se habrían sentido muy orgullosos de ti. Yo lo estoy.

Las lágrimas se derramaron abundantemente de los ojos de Kate. Descubrió que la amabilidad resultaba mucho más difícil de soportar que la crueldad. Entonces, la anciana tomó a la joven entre sus brazos y la estrechó con fuerza.

— Lady Cahill, verá...

— En este momento, no veo nada —dijo la mujer, limpiándose los ojos—. El maquillaje se me ha corrido y me niego a decir o hacer nada hasta que se me haya

arreglado. Ve por mi doncella y, mientras tanto, lávate tú también la cara y péinate. Vuelve a verme dentro de veinte minutos.

Kate la miró, asombrada. De repente, una sonrisa se le dibujó en los labios y las lágrimas se le mezclaron con las risas al ver el rostro pintarrajeado de la anciana.

—Eso es, hija mía. Lloro y río. Eso es lo mejor... Ahora, ve por Smithers y lávate la cara. ¡Pareces un adefesio!

Unas horas más tarde, Kate ayudó a la anciana a subir a su carruaje y se quedó en el sendero, despidiéndose de ella con la mano. Lady Cahill le había prometido hacer todo lo posible para encontrarle un puesto como niñera en alguna casa.

A cambio, el trabajo de Kate era simple. Solo tenía que poner en orden la casa del señor Carstairs, algo de lo que era muy capaz. Además, su niñera, Martha, iría a vivir con ella, lo que evitaría que Kate se sintiera demasiado sola. Martha también había conocido y amado a Jemmy y a Ben.

Además, otra ventaja era la hermosa campiña que rodeaba la casa y por la que ella podría ir a pasear siempre que quisiera. De hecho, podría hacer lo que deseara. Era su propia dueña y pensaba disfrutar de su libertad todo lo que pudiera.

Por añadidura, el nieto de lady Cahill la necesitaba. Cuando viera cómo su vida se hacía más fácil con el trabajo de Kate, estaría muy agradecido.

Tal vez incluso podría utilizar sus habilidades curativas para ayudarlo a fortalecer la pierna herida y reducir aquella horrible cojera. Podría ser que incluso se hicieran amigos. Kate estaba segura de que Jack Carstairs sería como el resto de los hombres que había conocido, incluidos su padre y hermanos. Mientras su casa estuviera limpia y tuviera lleno el estómago, no le importaría lo que ella hiciera.

Carlos sonrió al oír la voz de su patrón, aquella vez desde el comedor. Se acercó un poco más para mirar por la ventana abierta.

—¡Ya se lo he dicho, señorita Farleigh! ¡No voy a consentir que friegue el suelo!

—Ah, sí, se me había olvidado su preferencia por la suciedad.

—¡No sea ridícula!

—Entonces, ¿qué quiere que haga? Estos suelos están muy sucios. Alguien tiene que fregarlos y sabe perfectamente bien que Martha es demasiado vieja para hacerlo. Yo soy joven y fuerte, a pesar de lo que usted diga y si hay que fregar el suelo, lo fregaré.

—¡No es adecuado!

—¡Ahora es usted el que está siendo ridículo! Dígame, ¿qué es lo adecuado para un ama de llaves? Cuando bajo las cortinas para lavarlas, usted me riñe por hacerlo. Si limpio las ventanas para poder mirar a través de ellas en vez de ver un paisaje de suciedad, me grita por haberlo hecho. ¡Su injerencia es insoportable! Por favor, señor Carstairs, márchese y déjeme seguir con mi trabajo.

— ¡He dicho que no consentiré que se ponga a fregar el suelo! ¡Mírese, está hecha un asco! Tiene suciedad en la barbilla, una mancha en la nariz y está completamente despeinada...

— ¡Búrlese de mí por hacer un trabajo honrado! — exclamó Kate, frotándose la cara y tratando de recogerse el pelo.

Cuando Kate trataba de ponerse de nuevo a fregar el suelo, la discusión empezaba de nuevo.

— ¡He dicho que no dejaré que friegue el suelo!

Carlos sonrió. Sabía que habría fuegos artificiales si la señorita no hacía lo que quería. Se acercó un poco más, pero tuvo que agacharse rápidamente cuando un cubo salió volando por la ventana.

— ¡Por amor de Dios! ¡Qué infantil! — gritó ella.

Carlos se quedó asombrado de que hubiera contestado al comandante Jack de aquella manera. Cautelosamente, levantó la cabeza, pero luego volvió a agacharse enseguida cuando vio que el comandante se acercaba a la ventana. Desesperado porque no lo sorprendiera, se escondió entre unos arbustos.

— ¡Carlos! — Aulló Jack, sacando la cabeza por la ventana —. ¡Carlos!

— Sí... comandante Jack... — susurró el hombre, saliendo de los arbustos.

— ¿Qué diablos estás haciendo ahí?

— Bueno...

— No importa. Hay un cubo por ahí, en alguna parte. Recógelo y llénalo de agua caliente. Entonces, entra aquí para fregar el suelo. ¡Rápido!

— Sí, sí, comandante — musitó, yendo rápidamente a hacer lo que su patrón le pedía.

Kate se puso de pie. No podía fregar sin agua y, a decir verdad, estaría muy agradecida de que Carlos lo hiciera. En todo caso, no podía hacer nada mientras Jack Carstairs montara guardia con el cepillo de raíces.

Contempló su hermoso perfil, con opinión dividida. Por un lado, no tenía ningún derecho a interferir en su trabajo. Por el otro, no hacía más que quitarle las tareas que más odiaba. Aquello la confundía, ya que era algo que su padre y sus hermanos nunca habían hecho. Jack Carstairs era casi un extraño y, sin embargo, se mostraba... muy protector hacia ella.

— ¿Señor Carstairs? — dijo ella, recordándolo.

— ¿Qué diablos quiere ahora?

— Darle las gracias... — susurró Kate. Él se volvió rápidamente a mirarla—. Ayer encontré a Carlos en mi habitación. Me dijo que cumplía órdenes tuyas.

— Ah, eso... — replicó él, dándose la vuelta para marcharse, pero ella lo detuvo.

—Fue a limpiar todas las telarañas y a matar a todas las arañas. Creo que le dijo que hiciera lo mismo con el resto de las habitaciones. Fue un gesto muy amable por su parte.

—¿Cuál es el nombre de ese perfume que lleva? —quiso saber Jack, al captar de nuevo el aroma por la cercanía de Kate.

—No llevo perfume —respondió ella, soltándole el brazo—. No puedo permitírmelo.

—Sin embargo, lo huelo siempre que me acerco a usted. Es una leve fragancia...

—Solo es romero —susurró ella, sonrojándose.

—¿Cómo?

—Romero. Es una hierba. Me enjuago el cabello con una infusión y pongo ramitas en mi ropa para darle buen olor. Por aquí crece con abundancia y es gratis. Además, a mí me gusta mucho su olor. Evidentemente, abuso demasiado de él.

—No, no, en absoluto. Resulta muy agradable...

—Carlos, esa granja que visitas con tanta frecuencia...

—¿Granja? —preguntó Carlos, con cautela.

—La que visitas con tanta frecuencia. La del granjero que tiene tantas hijas... Quiero que vayas allí enseguida.

—Sí, comandante Jack.

—Y tráete un par de muchachas —dijo Jack. Su criado lo miró muy sorprendido—. Quítate esa ridícula mirada del rostro, idiota. Quiero que esas chicas vengan aquí a trabajar.

—¿Quiere decir a fregar los suelos?

—Sí y a todo lo demás que haya que hacer. La señorita Farleigh no puede hacer todo el trabajo que ella cree necesario.

—¡Sí, comandante Jack! —Exclamó Carlos, con una sonrisa—. ¡Iré por ellas enseguida! —añadió, moviéndose con celeridad.

—Y Carlos... No podrás fraternizar con esas mozas mientras estén trabajando aquí, ¿entendido?

—Sí, comandante —susurró Carlos, más tristemente.

Fue a una granja cercana en la que el granjero tenía siete hijas a las que alimentar y tratar de casar. Sabía que no tendría ningún problema en con vencer a dos de ellas de que fueran a trabajar para un caballero como el comandante Jack.

Mientras iba atravesando los campos, Carlos se alegró un poco más. Tal vez no pudiera fraternizar con las muchachas, pero al menos no tendría que volver a fregar

suelos. Y, si la señorita Kate tenía un par de mozas que la ayudaran con el trabajo, no estaría enojando al comandante Jack constantemente.

—¿Qué diablos quiere decir con que no se las va a poner?

—Señor Carstairs, debe comprender que no voy a aceptar ropa de usted —dijo Kate, con firmeza.

—¿Y por qué no?

—No es decente —replicó Kate—. Además, tengo suficiente ropa para cubrir mis necesidades. Martha me trajo un baúl con todas mis cosas.

—¡Maldita sea! Es la mujer más testaruda que he tenido la desgracia de conocer. ¡Sabe muy bien que esos harapos que se pone solo sirven para avivar el fuego!

Kate se mordió el labio para no responder lo que le había venido a la lengua. Sabía que había algo de verdad en aquella afirmación. El baúl que llevaba todos sus mejores vestidos, junto con los papeles de su padre y recuerdos de familia, se había perdido cuando fue capturada por los franceses. La ropa que había dejado en Inglaterra era de cuando era más joven. Al verse enfrentada con la pobreza, había vendido las mejores galas que le quedaban y había teñido de negro las restantes, que eran las más viejas y raídas.

—Tal vez mis ropas no tengan su aprobación, señor. Sin embargo, son perfectamente adecuadas para mi puesto.

—¡Eso no es cierto! Usted es la protegida de mi abuela.

—No, señor Carstairs. Soy su ama de llaves.

—¿Acaso quiere que digan que le pago tan mal que ni siquiera se puede permitir vestirse como un ser civilizado?

—Dado que no tiene visitas ni contacto con nadie, no me imagino cómo puede alguien llegar a decir eso. No creo que tenga que preocuparse. Además, usted no me paga.

—¡No porque no quiera hacerlo!

—Señor Carstairs, fue su abuela la que me dio este puesto, no usted. Todo esto no tiene nada que ver con usted y debe entender que no podría aceptar su dinero bajo ninguna circunstancia. Su abuela y yo tenemos un acuerdo y esa va a ser mi última palabra al respecto.

—De acuerdo, señorita Farleigh, entonces, esta es mi última palabra. Si no acepta un sueldo y rechaza mi oferta de comprarse ropas nuevas, no me quedará más alternativa que despedirla.

—No puede despedirme —replicó ella, tras una pequeña pausa. No tiene poder para hacerlo.

—¡Cómo que no!

Jack dio unos pasos hacia ella, por lo que Kate salió huyendo hacia la puerta.

—Le repito que mi acuerdo es con lady Cahill, no con usted y solo ella puede despedirme —lo informó, antes de salir de la sala tan rápido como le fue posible.

Sabía que era una oferta muy generosa, pero no era muy adecuado que un hombre le comprara ropas nuevas. Un hombre solo hacía algo como aquello para su esposa... o para su amante. Se sentía tan vulnerable a las acusaciones que se habían hecho sobre ella en el pasado que sabía que debía mantenerse dentro de los confines de lo que se consideraba apropiado. Lo apropiado era una red muy frágil, pero sin ella, se estrellaría contra el suelo irremediabilmente. Era la única separación entre ser la hija del reverendo Farleigh o convertirse en una perdida. Sin esa red, no se sentiría libre para trabajar con alegría y bromear con Jack Carstairs si le venía en gana, desafiándolo cuando su autoridad se hiciera demasiado provocadora y enfrentándose a él si estaba en desacuerdo con lo que le decía.

Se dio cuenta de que, últimamente, estaba pensando demasiado en Jack Carstairs. Era su primer pensamiento cuando se despertaba y el último antes de dormirse. Incluso disfrutaba con sus discusiones y, aun cuando se sentía irritada por su injerencia en ciertos asuntos, no dejaba de sentirse halagada por su interés hacia ella...

Sabía que aquellos sentimientos eran muy peligrosos, porque nada podría salir nunca de ellos. Si se debilitaba, solo sufriría un poco más. Si... No, cuando él supiera su pasado, Jack Carstairs no sería diferente del resto de los hombres.

Jack miró la puerta cerrada y apretó los puños. Aquella muchacha había vuelto a desafiarlo. Sin embargo, no se saldría con la suya aquella vez.

Tal vez creyera que había ganado la batalla, pero el comandante Carstairs sabía que solo era una escaramuza previa. Él había servido bajo las órdenes de Wellington, el maestro en convertir las retiradas en victorias.

Una suave sonrisa apareció en su rostro. Entonces, se dirigió hacia su escritorio, se sentó y empezó a escribir una carta a su abuela.

Capítulo 6

—Señorita Kate —le dijo Carlos, desde el vestíbulo—. Acaba de llegar algo para usted.

Kate dejó lo que estaba haciendo y miró a su alrededor con satisfacción. Con la ayuda de Millie y Florence, las muchachas de la granja, había conseguido que el salón mejorara notablemente. Los viejos muebles relucían por las vigorosas aplicaciones de cera de abeja. Las polvorientas cortinas habían sido lavadas y el brillante sol de otoño entraba a raudales por las ventanas recién fregadas. El suelo de roble estaba muy pulido y las viejas alfombras persas habían sido sacudidas vigorosamente hasta que recuperaron sus ricos colores. El salón tenía un aspecto atractivo y acogedor, a un abismo del que lady Cahill había despreciado tan ostentosamente. Lo único que necesitaba eran unas flores, que tal vez pudiera encontrar en el descuidado jardín. Kate recogió sus útiles de limpieza y salió al vestíbulo.

—¿Qué es lo que pasa, Carlos?

—Acaba de llegar esto —explicó Carlos, mostrándole un buen montón de paquetes.

—¿Son para mí?

—Sí. ¿Quiere que se los suba a su habitación, señorita?

—Eso sería muy amable de tu parte, Carlos —murmuró Kate, preguntándose sobre el contenido de aquellas cajas.

Siguió a Carlos hasta su dormitorio. Cuando el criado se hubo marchado, abrió los paquetes, lentamente al principio, para hacerlo después rápidamente. Contenían todo lo que hubiera soñado. Una maravillosa pelliza de lana de merino, a la que no podría resistirse ningún invierno; bonitos vestidos de cálida tela en colores oscuros. Lavanda, gris, negro y uno precioso en color marrón grisáceo. Nada que ofendiera su estado de luto.

En cuanto a la ropa interior, alguna era del más delicado lino y encaje, otra de seda y raso, del tipo que Kate nunca había visto en toda su vida. Incluso le parecía pecaminoso llevar aquellas prendas tan exquisitas junto a su piel. En cuanto a los camisones y las enaguas, no se parecían en nada a los voluminosos atavíos que había llevado toda su vida.

Estaba segura de que Jack le había comprado tan encantadores prendas. No había escuchado ni a una sola palabra de lo que le había dicho, pero... todo era tan bonito. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había tenido algo nuevo y aquella ropa era de la mejor calidad. Aunque no se las pusiera, no le haría ningún daño probárselas por encima delante del espejo e imaginar, solo por un momento, que le pertenecían...

Tomó el vestido marrón grisáceo y se colocó delante del espejo, poniéndoselo por delante. Era muy elegante, con la cinturilla alta, con un borde de hojas bordadas

alrededor de la costura, muy sencillo pero muy bonito y, a pesar de tener un tejido tan ligero, resultaba muy cálido. Se frotó la tela contra la mejilla, aspirando el olor a nuevo.

Hizo lo mismo con cada uno de los vestidos, colocándose de una postura o de otra, intentando imaginarse cómo estaría si se los pusiera, algo que, por supuesto, estaba descartado.

Entonces, le tocó el turno a uno de los camisones. La seda se le deslizaba entre los dedos como si fuera agua. Al imaginarse con él puesto, se sonrojó. Aquello sería una indecencia. La hija del reverendo Farleigh nunca había tenido, ni imaginado, esa clase de prendas. Al colocar los dedos bajo la tela y ver cómo se entreveía la carne a través de la delicada trama, se sonrojó. Rápidamente, volvió a dejarlo encima de la cama y tomó de nuevo el vestido marrón.

—Ese color le sienta muy bien —dijo una voz profunda, desde la puerta.

Kate se dio la vuelta, aferrándose al vestido como si estuviera desnuda. Jack Carstairs estaba en el umbral, contemplándola casualmente.

—¿Cuánto... cuánto tiempo lleva allí?

Jack no respondió, pero una ligera sonrisa le dio la respuesta que había estado esperando y se sonrojó aún más. La había visto con el camisón.

—Le he traído una carta —dijo él, mirando la miríada de prendas que ella tenía encima de la cama. Rápidamente, ella recogió la ropa interior y la colocó debajo de los vestidos. Las mejillas le ardían.

—¿Qué... qué es lo que ha dicho que quería? —musitó, sin poder mirarlo a los ojos.

—Ha llegado una carta para usted. Y ya veo que eso no es todo.

Jack no pudo resistirlo. Al verla con aquel camisón, deslizándose sensualmente por su piel, había sentido que su propio cuerpo se tensaba, al imaginársela vestida solo con aquella traslúcida seda. Sabía que no era fácil sonrojar a Kate Farleigh y pensaba disfrutar mientras pudiera. Insegura, avergonzada y sonrojada resultaba adorable.

—Por favor, déme la carta —dijo ella, extendiendo la mano.

—Diga «gracias» primero —replicó él, colocándola fuera de su alcance.

—Démela, por favor —insistió ella, enojada.

—He subido aquí para traérsela. ¿No le parece que me merezco algo?

—Claro que se lo merece —susurró ella, en voz baja. Sin embargo, él la oyó y se echó a reír.

—¡Pequeña gata salvaje! Aquí tiene la carta —concluyó él, tirándosela encima de la cama.

—Gracias. Ahora, por favor, le ruego que se marche. Y puede llevarse todas sus cosas.

— ¿Mis cosas? ¿Qué es lo que quiere decir, señorita Farleigh?

— Esa ropa. Ya le dije que no puedo aceptar esa clase de regalos de usted.

— ¿Usted cree que yo le he mandado esa ropa? Mi querida señorita Farleigh...
— bromeó él, acercándose a la cama y colocándose el camisón de seda delante del cuerpo—. ¿Usted cree de verdad que esto es mío?

— ¡No sea ridículo! —le espetó ella, tratando de no sonreír. Aquella delicada prenda solo resaltaba su masculinidad—. Ya sabe exactamente a lo que me refiero.

— Yo no le he enviado estas ropas.

— Pero...

— Encontrará que mi abuela lo explica todo en esta carta. Llegó con el resto de las cajas. No fui yo quien eligió todas estas cosas... aunque, por una vez en la vida, tengo que estar de acuerdo con la elección de mi abuela.

— ¿Su abuela?

— Sí. Me dijo en la carta que me envía a mí que le enviaba ropa más adecuada con su puesto.

— ¿Quiere decir que usted no me envió todo esto?

— No, claro que no. Como caballero, no se me ocurriría insultarla de ese modo. Una dama nunca aceptaría esos regalos de un caballero, señorita Farleigh. Me sorprende que lo haya sugerido.

— Pero no puedo...

— Espero que no esté indicando que haya nada impropio en que una anciana le haya comprado unas cuantas prendas a la hija de su ahijada. Su propia modista las ha hecho de las medidas que Smithers tomó de sus viejas ropas.

Kate no se había dado cuenta de que lady Cahill se había tomado tantas molestias. Se sentía un poco avergonzada, pero no quería echarse atrás mientras él estuviera delante.

— No, pero... es demasiado... es demasiado generoso.

— Señorita Farleigh, estas prendas las ha enviado mi abuela y usted va a aceptarlas.

— No tiene ningún derecho a decirme lo que puedo o no puedo aceptar.

— Eso no me importa. Usted me obedecerá y se presentará ante mí dentro de media hora —replicó él.

— No haré nada por el estilo. No me gustan sus modales autoritarios, señor y le aseguro que no me pondré estas ropas.

— ¡Escúcheme bien, señorita! —exclamó él, acercándose a ella—. Se pondrá estas ropas y quemará las viejas.

— ¿De verdad?

— Se vestirá con uno de esos vestidos en menos de media hora o...

—¿O qué?

—Si no lo hace, señorita Farleigh, subiré y se lo pondré yo mismo.

—¡No se atreverá!

—¡Póngame a prueba, señorita! Tiene media hora.

Con esas palabras, salió de la habitación. Kate cerró la puerta con llave y se sentó en la cama. Él le había tirado su guante y ella lo había recogido. Era hora de que Jack Carstairs se diera cuenta de que ella no le pertenecía. Si no quería ponerse aquella ropa, él no tenía ningún derecho a ordenarla que lo hiciera.

Poco más de media hora más tarde, alguien llamó a la puerta.

—¿Quién... quién es? —preguntó Kate, con voz temblorosa.

—Soy Millie, señorita.

Kate se levantó de la cama para quitarle la llave a la puerta.

—Entra, Millie...

Entonces, Kate vio que Jack Carstairs estaba detrás de la muchacha. Kate se irguió y lo miró de un modo desafiante. Entonces, él chascó los dedos y la pobre Millie tragó saliva.

—He venido a recoger su ropa vieja, señorita.

—Eso no será necesario —replicó Kate.

—Pero el señor Carstairs...

—El señor Carstairs no tiene nada que ver con todo esto, Millie. Mis ropas me pertenecen a mí, no al señor Carstairs.

—Perdona, Millie —dijo Jack, apartando a la pobre muchacha.

Kate, desconfiando de él, se colocó al otro lado de la cama. Sin embargo, él se acercó al armario y empezó a sacar toda su ropa vieja.

—¡Estése quieto! —Le espetó ella, mientras Jack empezaba a vaciar también la cómoda y a colocarlo todo en brazos de Millie—. ¿Cómo se atreve? —añadió, tratando de detenerlo. Entonces, él le agarró las muñecas con firmeza. Durante un momento, se miraron fijamente—. ¡Suélteme, bravucón!

—Pensé que le había dado instrucciones bien claras —replicó él, mirándole el vestido—. Eso es todo, Millie.

—No te marches, Millie —dijo Kate.

—He dicho que eso era todo, Millie. Llévate esos harapos y quémalos. Carlos ya tiene un fuego preparado.

—Pero eso es un desperdicio de una ropa perfectamente útil... —susurró ella, ante el bufido de desprecio de Jack—. Estoy segura de que la esposa del vicario estaría encantada de poder dárselas a los más pobres. No sabe lo difícil que es asegurarse de que la gente tiene ropa para vestir.

— Créame, señorita Farleigh, cada vez entiendo más ese problema —replicó Jack—. Está bien. Llévaselas a la esposa del vicario, Millie.

— Al menos permítame quedarme con uno de mis viejos vestidos —gritó Kate—. No puedo llevar a cabo mis deberes con unas prendas tan elegantes.

— ¿A qué clase de deberes se refiere?

— Bueno, a cosas como fregar... —empezó ella, deteniéndose enseguida.

— Exactamente —concluyó él, disfrutando de su victoria—. Llévate todo eso, Millie.

— Lo siento, señorita —musitó la muchacha, sin atreverse a desobedecer.

— Ahora, suélteme, señor —le ordenó ella, tratando de zafarse de él.

— Ya se lo dije. Tenía media hora. Y el tiempo se ha acabado.

— ¿Cómo se atreve a robarme toda mi ropa?

— Creo que toda no —respondió él, mirando el vestido que ella llevaba todavía puesto—. Se lo advertí.

Cuando ella trató de resistirse con más ahínco, Jack le colocó las manos a la espalda. Kate se vio apretada contra él. El corazón le latía a toda velocidad. Parecía estar respirando más rápidamente de lo debido.

— Y ahora, señorita Farleigh, ¿va a aceptar esas ropas de mi abuela, sí o no?

— ¡No puede obligarme!

— ¿No? —preguntó él. Entonces, Kate vio horrorizada cómo él le desabrochaba un primer botón.

Ella lo miró, desafiante, tratando de mantener la compostura. Entonces, él desabrochó un segundo botón, rozándole suavemente la piel de la nuca. Vio que los ojos azules de Jack se oscurecían y necesitó de toda su disciplina para no rendirse a él. Se dio cuenta de que él había notado su reacción y decidió que aquella táctica era completamente despreciable. En aquel momento, intentó pegarle una patada, pero él se lo impidió con sus poderosos muslos. Cuando se disponía a hacer lo mismo con el tercer botón, Kate decidió que ya había tenido suficiente.

— Sí, de acuerdo. Acepto la ropa. ¡Matón!

— Esta vez, señorita Farleigh —dijo él, riendo—. Creo que la fuerza ha ganado la batalla. Si me desafía una vez más...

Entonces, la soltó. Kate lo miró fijamente, deseando encontrar algo que le borrara aquella sonrisa de los labios.

— Fuera de mi habitación.

— No es usted buena perdedora —afirmó él, antes de marcharse.

Todavía furiosa, Kate se quitó sus viejas ropas y se puso las nuevas. Ropa interior, el vestido marrón grisáceo que tanto le había gustado y una chaquetilla corta

de color gris. Después de todo, las ropas procedían de lady Cahill y suponía que no había nada que le impidiera aceptarlas.

Poco después, alguien volvió a llamar a la puerta.

—¿Qué es lo que pasa ahora? —rugió ella.

—Si no le molesta, señorita —susurró Millie, después de un breve silencio—. El señor Carstairs me dijo que subiera a recoger el resto de sus cosas para llevarlas a la parroquia.

Kate se las entregó. Dándose cuenta de que con aquellas prendas se iban los últimos recuerdos de su antigua vida, decidió que, en cierto modo, no era nada malo. Sus nuevas prendas abrían una nueva perspectiva delante de ella.

—Sé que es duro tirar ropa vieja, señorita —dijo Millie—. En cierto modo, son como viejos amigos. Sin embargo, todas sus nuevas ropas son preciosas. Se las envió la abuela del señor, ¿verdad?

—Sí. Ha sido muy amable de su parte.

—Ah. Entonces, todo está bien. ¿Le gustaría una taza de té, señorita? —le sugirió la muchacha. Kate dudó—. El señor se ha ido al Toro.

—¿Cómo dices?

—Al Toro, señorita... A la taberna del Toro y el Jabalí. Creó que no volverá hasta tarde.

—Oh, bueno... En ese caso, sí, me encantaría.

Aquella noche, Kate se puso uno de sus camisones y se metió en la cama, temblando. Las noches se estaban haciendo muy frías. Se arrebujó contra las sábanas, disfrutando al sentir el suave tacto del lino contra su piel. Había sacado el de seda, pero, tras mirarlo unos segundos, lo había vuelto a guardar. No se imaginaba que pudiera encontrar momento de utilizarlo. Esa prenda no era para dar calor a una mujer durante la noche, sino a un hombre...

Por primera vez en muchos meses, Kate pensó en Henri y en lo que él le había hecho en la intimidad de su tienda. No le había disgustado, pero cualquier recuerdo agradable había desaparecido al darse cuenta de que no estaban adecuadamente casados y que él le había mentado para conseguir sus derechos matrimoniales ilícitamente. Se había sentido tan utilizada...

Se preguntó cómo sería compartir aquellos placeres con Jack. Al ver cómo la seda se le había deslizado entre los dedos, no resultaba difícil imaginárselos acariciándola, explorando...

En la oscuridad de su cuarto, se sonrojó. Resultaba escandaloso que tuviera aquellos pensamientos. Ya entendía perfectamente por qué las mujeres lo ignoraban todo sobre aquel tema hasta que estaban casadas... Todo resultaba demasiado turbador.

Recordó el enfrentamiento que habían tenido sobre la ropa y se dio cuenta de que había sido ella la que lo había provocado. Y lo peor de todo era que había disfrutado con ello. Le había gustado sentir sus brazos... e incluso se había imaginado que Jack le hacía lo mismo que Henri.

De repente, Kate se dio cuenta de la verdad. Aquellas mujeres de Lisboa no andaban tan descaminadas con ella. Acababa de demostrarlo. Trató de olvidarse de aquel incidente, pero no lo consiguió. No hacía más que pensar en Jack. Lo único que podría hacer era recitar todos los salmos, oraciones y pasajes de la Biblia que pudiera recordar para apartarse aquellos pensamientos de la cabeza. Aquello no era propio de la dama en la que quería convertirse...

En la taberna, Jack estaba sentado, con un coñac, delante del fuego, recordando cómo ella se le había enfrentado, vestida con aquel horripilante vestido, rechazando las ropas que tanto había deseado...

No había duda de que la ropa le había encantado. Lo sabía por el modo en que se había tocado la mejilla con la tela del vestido, como si estuviera acariciando a un cachorrito, por cómo había deslizado los dedos por la seda del camisón, como si creyera que aquella prenda era algo imposible...

Se tomó el coñac de un trago e hizo una indicación al tabernero para que le sirviera otro. Lo llevó una de las taberneras, que se frotó insistentemente contra él, mostrándole un generoso escote. Sin embargo, Jack sabía que desahogarse con una fulana no le solucionaría el problema. Al recordar cómo Kate había aferrado aquel camisón de seda, sintió que el cuerpo se le tensaba, imaginándose la con él puesto.

Imposible... impensable... Tal vez, después de todo, debería aceptar la invitación de aquella mujerzuela.

¿Qué era lo que lo había empujado a desabrocharle aquellos botones? Recordó la suave calidez de su piel, el olor que emanaba su cuerpo... ¿Qué diablos iba a hacer? Si no tenía más cuidado, el asunto con Kate Farleigh se le escaparía de las manos. Se sentía demasiado estimulado por su presencia. Si hubiera sido otra clase de mujer, no habría dudado en convertirla en su amante... Y qué amante sería. Todo fuego, pasión, miembros esbeltos y cabello sedoso. Se sentía excitado solo con pensarlo.

Sin embargo, Kate no era esa clase de mujer. Era una dama respetable y, después de lo ocurrido con Julia Davenport, se había jurado apartarse de las damas respetables para siempre.

Se preguntó cómo le estaría yendo a su abuela con sus pesquisas sobre la situación de Kate. Esperaba que fueran bien. Cuando antes se marchara de su casa, mejor para los dos.

Pidió otra copa.

Capítulo 7

Una mañana, Kate se despertó muy temprano. Tras levantarse de la cama, se acercó a la ventana, caminando rápidamente sobre las frías tablas del suelo. Casi había amanecido y las primeras luces de la mañana se iban abriendo paso a través de las estrellas. Había comenzado el invierno y el paisaje tenía un aspecto gélido, pero atractivo. Durante aquella semana había trabajado en el interior de la casa, así que decidió que un rápido paseo sería lo que necesitaba.

Cuando bajó las escaleras, vio que la casa estaba en silencio y salió por la puerta trasera. Las botas crujían sobre la escarcha que cubría la hierba. Al sentir el aire frío en los pulmones, Kate se sintió renacer. De repente, le pareció estar libre de todas las ataduras de su vida. De su pobreza, de su pasado, de las preocupaciones sobre el futuro y de sus problemas con Jack Carstairs.

Había resultado mucho más difícil de lo que había imaginado tener que trabajar tan cerca de él, sintiendo lo que sentía por él. Cada noche... Y a veces durante el día. Eran unos sentimientos tan inapropiados que se avergonzaba profundamente. Había hecho todo lo posible por enfrentarse a ellos, leyendo pasajes de la Biblia, pero incluso eso fallaba para erradicar el problema. Se decía mil veces que aquellos pensamientos eran una depravación. Era una mujer deshonrada y nunca podría acceder a su mundo. Jack la despreciaría si descubriera lo de Henri.

Incluso aunque hubiera sido tan pura como el día, aquellos sueños hubieran estado más que lejos de la realidad. Ella era pobre y él necesitaba casarse con una heredera para compensar la fortuna que había perdido cuando su padre lo desheredó. De hecho, ella no debía pensar en otra cosa que no fuera lo que le iba a preparar para cenar.

Además, todas sus buenas resoluciones parecían verse aplastadas por el propio Jack. Siempre parecía estar observándola. Aparecía de ninguna parte, abría puertas. Se comportaba de un modo ridículo cuando trataba de controlarlo todo. ¿Qué sabía un hombre sobre cómo llevar una casa? No debía entrometerse en cosas sobre las que no tenía dominio. Solo era un hombre arrogante y mandón.

Sin embargo, resultaba más difícil resistirse a él desde el momento en que había averiguado que se preocupaba por su bienestar. Aunque tratara a todas las amas de llaves del mismo modo... aunque solo estuviera siendo cortés...

En conclusión, todo aquello, combinado con sus propias tendencias, hacía que la vida con Jack Carstairs fuera muy peligrosa. Kate decidió enumerar los defectos de su carácter, como estrategia para olvidarse de él. Aun para ser un comandante de su Majestad, era terriblemente mandón, más terco que cualquiera de las mulas con las que ella se había tenido que enfrentar en España. Además, tenía la habilidad de enfurecerla, especialmente cuando la sorprendía haciendo algo mal.

Era también muy variable. Algunos días era cálido y afectuoso y otros, sin explicación alguna, se comportaba de un modo frío y amargado.

Las mañanas eran lo peor. Solía entrar en la cocina y sentarse, sin comunicarse durante un buen rato, tomando una taza de café tras otra. En ocasiones, se negaba a tomar el desayuno que ella le había preparado y se retiraba cojeando a su despacho, donde bebía para olvidarse de sus demonios.

En aquellos días, su infelicidad corroía a Kate por dentro y era cuando más le costaba recordar que era solo su ama de llaves. Deseaba ser mucho más, reconfortarlo entre sus brazos y hacerlo salir de aquella depresión tan negra. Sin embargo, no tenía ningún derecho a hacerlo.

En aquellos días, ella se entregaba a las tareas que más odiaba y, a pesar de todo, no dejaba de soñar con él día y noche. Era tan atractivo, especialmente cuando la miraba con aquellos ojos llenos de picardía, invitándola a compartir su diversión. Cuando su voz se hacía más profunda, le retumbaba en los huesos y se los convertía en miel...

Kate decidió dirigirse hacia el bosque. Parecía un lugar mágico, con la suave luz del alba reflejándose en la escarcha de las ramas de los árboles. Se sentía como si fuera la única persona del mundo hasta que, de repente, oyó los cascos de un caballo. Rápidamente, se apartó del sendero cuando un corcel sin jinete pasó galopando a su lado, con las riendas volando al viento.

Estaba segura de que alguien había tenido un accidente. Aquel caballo había tirado al jinete. No sabía si debía regresar a ver qué había pasado o si debía atrapar primero al caballo. Si se le enredaban las riendas en la maleza, podría herirse. Con decisión salió corriendo detrás del animal hasta que este se detuvo al lado de una valla, bufando y resoplando. Tranquilamente, Kate se acercó al asustado animal, que no dejaba de observarla, preparado para salir huyendo.

Estaba segura de que era uno de los caballos de Jack, aunque no entendía por qué tenía tantos animales si no podía montarlos. Era el primer caballo que había visto en su primera mañana en Sevenoaks. Evidentemente, el animal necesitaba más ejercicio del que recibía y en varias ocasiones lo había visto correr sin jinete, perseguido por Carlos.

Según este, aquel caballo en particular solo había sido montado por Jack, quien lo había criado y adiestrado y hasta se lo había llevado a la guerra. Con nadie que pudiera montarlo, habría sido mucho mejor que lo hubiera vendido, ya que aquel animal solo era un amargo recordatorio de lo que ya no podía hacer.

—Vamos, vamos... buen chico... toma, toma... —murmuró, acercándose lentamente al animal.

Cuando el caballo extendió el cuello para ver qué golosina le iba a dar, Kate agarró diestramente las riendas. El semental trató de soltarse, pero ella lo sujetó con firmeza, tratando de tranquilizarlo. Siempre le habían gustado los caballos y ellos parecían notarlo. El de Jack no fue una excepción. Con las tranquilizadoras palabras de Kate se fue serenando y, muy pronto, estaba resoplándole delante, en el vestido. Ella lo examinó rápidamente, tocándole las patas y se alegró de no encontrar señal de lesión. Solo faltaba por ver si el animal dejaba que lo montara.

Con gran dificultad, porque el animal todavía estaba algo nervioso y por sus largas faldas, Kate se las arregló por fin para subirse a lomos del caballo, con la ayuda de la valla. La bestia se puso de nuevo algo nerviosa, pero Kate, con palabras suaves, consiguió volver a tranquilizarlo. Así, volvieron camino de la casa.

Era un caballo muy hermoso. Kate se sentía muy orgullosa de que aquel purasangre la hubiera dejado montarlo. Entendía perfectamente por qué Jack no había podido venderlo. Se le ocurrió que tal vez pudiera preguntarle si podía sacarlo para que hiciera ejercicio.

Al acercarse a la casa y ver las huellas que había en el patio, recordó que tal vez hubiera alguien herido, aunque fuera un ladrón que necesitara también una reprimenda. Cuando llevaba al animal al establo, vio la figura de un hombre tumbado sobre el suelo helado. Era Jack.

El corazón de Kate empezó a latir más rápidamente. Se lanzó del caballo y lo ató a un arbusto cercano, tras notar que el cuerpo estaba demasiado quieto. Entonces, se arrodilló a su lado y le dio la vuelta suavemente.

— ¡Jack! ¿Te encuentras bien?

Como no hubo respuesta, Kate aplicó la oreja al pecho de él. El corazón le latía rítmicamente. ¡Gracias a Dios! Con celeridad, le tocó las extremidades y comprobó que no tenía nada roto. Luego, le examinó el cráneo, pero no notó ninguna anomalía. Sin embargo, estaba pálido como la muerte y completamente helado, por lo que se quitó su pelliza y lo cubrió con ella. Entonces, le colocó la cabeza sobre su regazo y, olvidándose de la compostura, lo rodeó con las piernas para darle calor. Si no recuperaba la consciencia, iría a buscar ayuda.

Lo estrechó contra su cuerpo, rezando para que se recuperara o para que alguien fuera a ayudarlos. Con una mano, le acurrucó la cabeza contra el pecho, mientras con la otra le apartaba el pelo de la frente. Estaba a punto de dejarlo para ir a pedir ayuda cuando abrió los ojos. La miró fijamente durante un par de minutos y por fin musitó:

— ¿Tú?

— ¿Cómo te encuentras? — preguntó Kate, sin soltarle la cabeza.

— No muy bien — respondió él, con los ojos cerrados.

— No tienes heridas...

— Bien.

Tras darse cuenta de lo íntimamente unido que estaba a ella, Jack se incorporó. Cuando un repentino dolor le atravesó la pierna, gritó y se quedó muy quieto, inclinándose para examinarse la pierna.

— Tampoco te has roto nada.

— Y tú, por supuesto, lo sabes.

— Sí, claro que lo sé — replicó ella —, aunque no espero que me creas. Este suelo está muy frío, por lo que creo que, si puedes, es mejor que te muevas.

—¡Ponte esto! —exclamó él, al darse cuenta de que tenía la pelliza de Kate encima—. ¿Es que quieres morir de frío?

—¿Crees que puedes ponerte de pie? —preguntó ella, sin prestarle atención.

—Creo que podré andar, pero la cuestión es si tú podrás soportar el lenguaje que acompañará al esfuerzo.

Kate se echó a reír. ¡Como si no maldijera poco frecuentemente!

—Venga, ponme el brazo encima del hombro e intenta levantarte.

Jack se apoyó en ella y en su pierna buena y lentamente se puso de pie. Tenía una expresión de dolor en el rostro, pero no pronunció ni una sola palabra. Cuando por fin consiguió ponerse de pie, las líneas blancas que tenía alrededor de la boca revelaban el dolor que sentía.

—¿De verdad crees que tendrías que estar apoyándote en tu pierna mala? No me resultaría difícil ir a la casa y traer a alguien para que me ayude a llevarte en un camastro.

—Que me aspen si consiento en que esa caída me deje convertido en un tullido —murmuró él, amargamente.

—¡Vaya! Me alegro... —replicó ella, con una ligera sonrisa.

—No acabo de entender lo que encuentras tan divertido en esta situación.

—Nada en absoluto. Solo que me temía que la caída te hubiera quitado las ganas de decir palabras groseras. Sin embargo, ya veo que tienes la lengua en perfecta forma, así que no tengo por qué preocuparme.

Lentamente, empezaron a acercarse a la casa. Después de unos pocos minutos, él la miró y dijo:

—Realmente, eres la mujer más extraña que conozco.

—¿Qué te hace decir eso?

—Noventa y nueve mujeres de cada cien hubieran convertido esto en una situación dramática y estarían llorando y poniéndose histéricas, pero tú tienes la audacia de bromear conmigo por mi mal lenguaje.

—¿Preferirías que me pusiera histérica? Debo confesar que no tengo mucha experiencia al respecto, pero, si te encuentras más cómodo, haré todo lo que pueda para alcanzar el histerismo.

—¡Dios Santo no! ¡Dios me libre de las mujeres histéricas! No te puedes imaginar lo refrescante que es tener una mujer sensata que me ayude.

En aquel momento, Kate bajó la cabeza y apretó los labios, intentando evitar soltar una carcajada al oír aquellas palabras.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó él—. ¿Qué te he dicho para que te pongas a reír?

—Durante semanas has estado diciéndome que era la mujer más insensata y testaruda que habías tenido la desgracia de conocer delante de todo el mundo. Y ahora, cuando por fin reconoces que soy sensata, ¡no hay testigos!

—Bueno, la mayor parte del tiempo...

Kate empezó a reírse a carcajadas y él no le quedó más remedio que acompañarla. Mientras reían, Kate se dio cuenta de la posición tan íntima en la que se encontraban y, poco a poco, la risa fue apagándose en sus labios. Durante un momento, se quedaron quietos, mirándose. A Kate le pareció que la boca de Jack empezaba a avanzar hacia la suya. Entonces, repentinamente, apartó la cara y se giró.

—Venga —murmuró—. Es mejor que nos sigamos moviendo para que puedas sacudirte el frío de la mañana. Además, un médico tendrá que examinarte la pierna.

—No pienso consentir que un matasanos me ponga las manos encima. Ya me vieron bastantes en España.

—Pero supongo que no querrás comparar a los médicos que tenemos aquí con los carniceros que se ocupan de los heridos en la guerra.

—¿Sabes una cosa? —dijo él, deteniéndose. Entonces, la miró sorprendido—. Eres la primera persona en Inglaterra que he oído hablar de un modo adecuado sobre esos malditos que nos curaban. Bueno, aparte de los que estuvieron allí. Parece que sabes el infierno que fue aquello.

—¿De verdad? Es que mis hermanos y mi padre murieron allí. Bueno, ¿has descansado lo suficiente o quieres parar un poco más antes de que continuemos?

Siguieron caminando, aunque Jack ya le había dado el pie que ella llevaba tanto tiempo tratando de encontrar.

—Sin embargo, no todos los médicos son carniceros —prosiguió ella. Jack se limitó a bufar—. Es cierto. Una vez conocí al médico más maravilloso, descendiente de una larga línea de galenos que se remontaba hasta la época de los moros en España. Él utilizaba métodos de tratamiento que hacían que heridas terribles se curaran enseguida.

—¡Ja!

—Por ejemplo, con una pierna como la tuya, en la que la herida había sanado pero los músculos seguían sin fuerza, pedía que se frotara bien la pierna tres veces al día con aceites calientes.

—Ah... Un torturador. He oído hablar de estos tipos orientales que tienen los métodos más crueles.

—Sé que eso es lo que parece y, efectivamente, al principio es muy doloroso. Sin embargo, resulta muy eficaz —dijo Kate, recordando la agonía de su hermano Jemmy cuando le aplicaban el tratamiento—. Después de unas pocas semanas, la extremidad empieza a fortalecerse y, con un poco de ejercicio adicional, creo que se puede recuperar la totalidad de la fuerza en algunos casos.

—¡Tonterías! Solo son mentiras de matasanos alimentándose de necios crédulos.

—Posiblemente. Supongo que depende de la herida, pero este tratamiento hizo que mi hermano pudiera caminar después de que nuestros doctores ingleses le dijeran que nunca volvería a hacerlo sin muletas. Y su herida era muy grave, tanto que pensaron en amputarle la pierna. Tal vez ese método también sirva para tu pierna.

—¡Lo dudo!

—Supongo que probar no te haría ningún daño...

—¡Maldita sea! ¡Tú no sabes nada, muchacha! Ya me han torturado suficiente unos incompetentes de la medicina y no consentiré en probar curas milagrosas que han ideado unos misteriosos faquires orientales.

—No seas estúpido —dijo ella, comprendiendo que estaba tratando de montar al caballo todos los días, a pesar de lo que le había dicho el médico y del dolor que le causaba—. No puedes olvidarte del daño que sufrieron tus músculos y tendones y tratar de subirte a ese caballo solo con amor propio. Solo eres un hombre, Jack, y tu cuerpo es humano. Sufriste unas heridas terribles y lo siento, pero debes enfrentarte a ellas en vez de tratar de hacerte creer que no existen.

—¿Y tú qué vas a saber? Claro que no me voy a rendir...

—¿Y quién ha dicho que te hayas rendido? He dicho afrontar los hechos, no rendirte.

—Maldita sea, muchacha, siempre vas demasiado lejos. ¡Esto no es asunto tuyo!

—Bien, pues si deseas volver a montar ese caballo sin caerte constantemente, tendrás que probar todas las posibilidades. Tal vez puedas andar con esa pierna, pero está tan rígida y tan débil que no puedes agarrarte con ella al caballo. Y si sigues haciendo lo que has hecho hasta ahora, conseguirás que tu lesión sea mucho peor. Necesitas volver a entrenar tus músculos y ejercitarlos. El tratamiento del que te he hablado está destinado a restaurar la flexibilidad y la fuerza en los músculos...

—¡Maldita seas! ¡Te he dicho que te ocupes de tus asuntos! —Exclamó él, lleno de furia—. ¡No necesito tus consejos ni tus curas milagrosas! ¡Ni siquiera necesito tu ayuda! ¡Puedo llegar a la casa yo solo!

—¿Qué pensarías de un adiestrador que, después de que un caballo se ha caído y se ha lesionado, le hace saltar la valla más alta y espera que la sobrepase? ¿No te parecería que es un necio? Un hombre que quiere que un caballo vuelva a saltar, empieza con vallas muy bajas, subiéndoselas gradualmente hasta que el animal está lo suficientemente seguro como para saltar cualquier cosa, ¿no te parece? Pues piénsalo, Jack.

Durante un momento, Kate pensó que habría conseguido algo con aquel modo de presentarle su argumento, pero, apretando los dientes para soportar el dolor, Jack se dio la vuelta y empezó a avanzar dificultosamente hacia la casa.

—¡Testarudo! —exclamó Kate, siguiéndolo y colocándole el hombro para que se apoyara—. Si no quieres escucharme, es tu problema, por supuesto pero no consentiré que me impidas ayudarte... Es ridículo que... rechaces mi... ayuda... cuando... sabes que la necesitas.

Jack se detuvo y la miró con furia, clavándole los dedos en el hombro.

—De acuerdo —concluyó ella—. Ya he dicho lo que tenía que decir y te prometo que no volveré a hablar.

Avanzaron lenta y dolorosamente hacia la casa. Kate se maldijo por haber hablado más de la cuenta. Era la primera vez que habían estado completamente a gusto el uno con el otro, riendo y bromeando y ella lo había estropeado todo. Aun sabiendo que aquel no era el modo que Jack necesitaba para curarse, había hablado tanto que había herido su orgullo. Él nunca más volvería a escucharla, nunca la perdonaría. Solo era su ama de llaves. ¿Cuándo iba a aprender a aceptarlo?

Finalmente, llegaron a la casa y ella le ayudó a sentarse en una silla, en la cocina.

—Iré por Carlos —susurró ella.

Él ni siquiera la respondió. Se limitó a seguir sentado, con el rostro convertido en una pálida y amarga máscara.

Capítulo 8

— ¿Qué es eso? Tiene un aspecto delicioso.

Antes de que Kate pudiera responder, Jack metió un dedo en la pomada que ella había estado preparando y se lo llevó a la boca. Ella se tapó la suya con la mano, tratando de contener la carcajada. Sin embargo, no pudo reprimirlas al ver que los ojos de él se llenaban de incredulidad primero y después de asco. Rápidamente, Jack salió al patio y empezó a escupir vigorosamente, tratando de librarse del desagradable gusto de la última invención de Kate.

Ella se dejó caer sobre una silla, con los ojos llenos de lágrimas y muerta de risa. Se lo merecía. Llevaba todo el día rondando la cocina, entrando y saliendo sin razón aparente. Normalmente, aquello no le hubiera molestado demasiado a Kate, pero era uno de esos días en que todo parecía salir mal. Además, desde el accidente, dormía muy mal, algo que también era culpa de Jack.

Solo lo veía en el desayuno, pero, hasta que no entraba, cojeando, con el rostro compungido de dolor, Kate no respiraba tranquila. Solo era cuestión de tiempo para que se lesionara de gravedad y los dos lo sabían, pero él no cejaba en su empeño de volver a montar a caballo.

Por eso, se había hecho justicia y los sonidos de sus expectoraciones eran como música para los oídos de Kate. Cuando él entró en la cocina, limpiándose la boca con un pañuelo, ella se secó los ojos con el delantal.

— ¿Estás intentando envenenarme? — Dijo él, haciendo gestos de repugnancia con la boca —. ¿Qué diablos es ese potingue?

— Aceite de esperma de ballena, cera y aceite de almendras — respondió ella, entre risas —. Todavía no he añadido el zumo de limón.

— ¿Aceite de esperma de ballena? ¿Estabas pensando darme de comer aceite de esperma de ballena? ¡Eso es lo que se quema en las lámparas!

Kate volvió a echarse a reír. Estaba haciendo una nueva pomada para quitarse las pecas.

— Normalmente, no les doy a los caballeros mi pomada para comer, por muy hambrientos o glotones que sean.

— ¿Pomada?

— Pomada.

— ¡Qué asco! — exclamó él, dándose la vuelta. Kate no pudo reprimir la risa.

Jack continuó inquieto durante unos minutos pero, finalmente, habló.

— Sírrete una taza de café y siéntate, Kate. Quiero hablar contigo.

Ella preparó rápidamente dos tazas de café, dándose cuenta de que aquella conversación iba a ser seria. Entonces, se sentó enfrente de él y se dispuso a escuchar.

— Tu hermano... ¿Dices que pudo recobrar el uso de su pierna?

—Sí, completamente.

—¿Por el tratamiento que me describiste?

—Sí —respondió ella, tratando de contener su júbilo.

—¿Y tú crees que mi pierna se podría beneficiar de un modo similar?

—Yo no soy una experta en medicina, pero sí, creo que te ayudaría. Al menos... No sé si se curaría completamente pero creo firmemente que experimentarías una mejora significativa.

—Por tu hermano —dijo él, con escepticismo.

—No solo por mi hermano... Hubo muchos otros.

—¿Otros?

—Sí. Vi cómo se utilizaba este tratamiento en muchos de nuestros soldados y, en casi todos los casos, produjo mejoría.

—Y naturalmente había cientos de soldados heridos en tu pueblo de... ¿dónde dijo mi abuela que te encontró? ¿En Bedfordshire?

—No, claro que no, pero vi cientos de soldados heridos en España y en Portugal.

—¿Tú estuviste en España y Portugal? —preguntó Jack, incrédulo. Ella asintió—. ¿Durante la guerra?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Durante los últimos tres años.

—¿Sola?

—Con mi padre y mis hermanos.

—¿Y qué estaba tu padre haciendo allí? Sería demasiado viejo para estar en el ejército.

—Mi padre sintió que era más necesario en la península que en su parroquia de Bedfordshire.

—¿Así que tomó su Biblia y se marchó?

—Sí, aunque hubieras tenido que conocer a mi padre para comprenderlo. Una vez que había tomado una decisión sobre algo, no había modo de hacerle cambiar de opinión.

—¿Y tú?

—Yo fui con él, claro. Era un erudito brillante, pero poco práctico en el campo doméstico. No sabía cómo adecuar una casa o hacer la comida ni nada de lo que es absolutamente necesario para vivir en un país desgarrado por la guerra.

—¿Y tú sí?

—Sí, claro. Bueno, al principio no, pero aprendí muy pronto. Y cuando aprendí a hablar la lengua fue más fácil todavía.

—Increíble. ¿Cuántos años tenías? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho?

—Cuando llegué, sí.

—¿Y no te importó marcharte con él?

—No, no me importó. ¿Te acuerdas de lo estropeadas que tengo las manos? Me temo que son causa de no comportarme como una señorita. La verdad es que fue lo mejor de mi vida viajar con el ejército... Bueno, ya veo que te he escandalizado.

—No, no, en absoluto, pero... ¿no experimentaste muchísimas adversidades?

—Claro que hubo épocas en las que deseé no tener que dormir en un pueblo infestado de alimañas o tener que ir a caballo durante una hora bajo un sol de justicia o lloviendo a cántaros... No soy nada diferente al resto de la gente, ¿sabes?, pero al menos nunca me aburría. Siempre había algo que hacer o alguien con quien hablar.

—Pero el peligro... ¿No se paró tu padre a pensar en eso?

—¡Sí, claro! Por eso, en Badajoz, me tuvo confinada en nuestra tienda casi una semana.

—¿Estuviste en Badajoz? —exclamó Jack. Aquel había sido unos de los sitios más sangrientos y su padre la había protegido solo con una lona.

—Sí. Y en Ciudad Rodrigo y en muchas otras batallas que ahora son famosas, pero mi padre siempre me tuvo en retaguardia. Siempre insistía en eso.

—¡Menos mal!

—Sí, pero no era muy práctico. ¿Cómo iba yo a poder curar a los heridos cuando estaba tan lejos del frente todo el rato?

—¿Cuidando a los heridos?

Kate reconoció aquella sorpresa. Harry había mostrado la misma reacción, considerando que aquello no había sido algo muy delicado para una dama.

—Bueno, tenía que hacer algo... Además, había tanta necesidad... Así fue cómo conocí al médico árabe.

Y por eso tengo tanta fe en sus tratamientos.

Jack extendió la mano y tomó una de las de Kate entre las suyas, frotándole suavemente la palma. Entonces, la miró al rostro, notando la delicadeza de sus rasgos y aquellos ojos tan hermosos e inocentes que habían visto tanto sufrimiento.

—De verdad eres una mujer sorprendente.

—Tonterías —musitó ella, demasiado consciente del contacto de la mano de Jack sobre la suya. Entonces, se sonrojó—. ¿Quieres que prepare esos aceites calientes para tu tratamiento? No es difícil. Solo se necesita perseverancia.

—¿Puedes explicarle a Carlos lo que se necesita? —preguntó él, algo avergonzado.

—Sería mejor si te lo aplicara yo misma. Una vez que me haya asegurado del tratamiento necesario, puedo mostrarle a Carlos... No es nada difícil, pero hay algunos trucos que es mejor demostrar que explicar.

Al ver la mirada que él tenía en los ojos, Kate se sonrojó. Se había sorprendido de su falta de delicadeza. No sabía que no tenía por qué preocuparse. Ella no era ninguna flor delicada, pero le resultaba muy difícil desilusionarlo.

—Yo... Jack... No soy la muchacha inocente que crees que soy. He visto a los hombres antes, he cuidado a muchos hombres heridos, no solo a mis hermanos y a mi padre, así que no tienes por qué preocuparte... —susurró, muy avergonzada—. ¿Quieres que prepare los aceites ahora mismo?

—No, no. Solo estaba preguntando —dijo él, algo preocupado por su deseo de empezar enseguida.

—¿Lo pensarás?

—Sí, pero hoy tengo mucho que hacer.

Entonces, se levantó y salió de la cocina. Kate lo observó, con el ceño fruncido. Sabía que no tenía nada que hacer. Probablemente se pasaría el resto del día pensando, bebiendo... Aquel hombre había sufrido mucho más que un simple daño físico. Era casi como si tuviera miedo de tener esperanzas. Aquello no importaba. Ella podría tener esperanzas por los dos.

Sin embargo, aquella tarde Jack no se retiró a su acostumbrada soledad, sino que invitó a Kate y a Martha a que se unieran con él en el salón, donde Carlos había encendido un fuego. Tenía una botella de oporto, pero no estaba bebido. Sirvió a las dos mujeres un jerez y los tres se sentaron enfrente del cálido fuego de la chimenea. Kate, algo nerviosa de sus motivos, se relajó muy pronto y notó que él se estaba esforzando de verdad por ser amable con ellas.

—Cuéntame —dijo Jack, después de un rato—, ¿por qué te llevó tu padre con él, siguiendo al ejército?

—No te creas que me colocó con la intendencia. Yo no tengo tan poco espíritu. Me alegra poder decir que Jemmy me consiguió una preciosa yegua y yo podía ir donde quería.

—¡Dios Santo!

—No, era muy divertido. Así yo podía ir de atrás adelante, vigilando a nuestro padre, que era terriblemente distraído, y también nuestro equipaje, que viajaba con Luis, nuestro criado portugués. Además, así podía adelantarme y buscar un lugar adecuado para que, cuando paráramos por la noche, pudiéramos estar todo lo cómodos que fuera posible y tener una comida caliente. Tuvimos suerte... A Jemmy le encantaba la caza. Incluso cuando volvíamos a Portugal, después de lo de Talavera, y la comida era tan escasa que todo el mundo estaba medio muerto de hambre, él siempre conseguía matar una liebre o algo para la cazuela... Jemmy era

capaz de convertir una retirada en una excursión de caza, justo cuando me parecía que tenía el estómago pegado a la espina dorsal.

Jack se movía incontrolablemente en su asiento, lleno de ira. Él también había luchado en Talavera y recordaba demasiado bien los horrores de aquella retirada. ¿Cómo podían haberla expuesto a tales peligros? ¿Cuántas veces habría pasado hambre aquella muchacha? Deseaba profundamente haberla conocido antes para asegurarse de que nunca hubiera estado en peligro ni hubiera pasado hambre.

—Lo siento, sé que no es propio de una dama hablar de esos asuntos.

Jack no salía de su asombro. Aquella mujer era capaz de hablar de los horrores de una batalla y haber pasado hambre y luego disculparse por haber mencionado una parte del cuerpo. La pequeña Kate era única.

—Yo estuve en Talavera.

—En ese caso, también te acordarás del horrible regreso a Portugal. ¿Estuvo tu regimiento en Busaco? Allí fue donde hirieron a Jemmy. ¿Fue allí donde te hicieron la cicatriz de la cara?

—No. Esto es un recuerdo de Badajoz.

Los dos se quedaron en silencio durante un rato, sumidos en sus recuerdos. El fuego crepitaba acogedoramente. Martha se había quedado dormida en la silla. A pesar de ser una anciana, no dejaba a Kate sola ni por un minuto, incluso a aquellas horas. Cumplía a rajatabla su deber de guardar la reputación de Kate, aunque sabía que no había nada que guardar.

—Pareces estar muy tranquila cuando relatas tus experiencias —dijo Jack, rompiendo el silencio—. ¿Nunca tuviste miedo antes de una batalla, por ejemplo?

—Claro que sí, mucho miedo. Antes de las batallas me ponía muy nerviosa. No podía comer, me sobresaltaba con cualquier cosa... incluso me ponía algo gruñona.

—¿Cómo es que no me cuesta creer esa parte?

—Sí, pocas cosas me ponen de mal humor. Solía gritarle mucho a mi hermano Ben, porque me parecía muy lento, a pesar de que hacía las cosas tan rápido como Jemmy o yo, aunque con menos drama que nosotros. Jemmy también solía discutir con él, pero era un hermano maravilloso. Los dos eran muy diferentes... como el día y la noche —explicó, con lágrimas en los ojos—. Ben nunca vio Badajoz. Lo mataron en Ciudad Rodrigo... ¿Estuviste tú también allí? —añadió. Jack negó con la cabeza—. Recuerdo muy claramente el primer día que pasamos allí. Hacía mucho frío y la nieve estaba helada y crujía bajo los pies por la helada que había caído aquella noche. Sin embargo, la mañana fue preciosa, como esas en las que una desea salir a dar un paseo a caballo y luego regresar a casa para tomar un buen desayuno caliente... Entonces, los cañones rompieron aquella paz en pedazos. No dejaban de resonar, tanto que me parecía que los tímpanos me iban a estallar, a pesar de que yo estaba muy lejos del frente... Me metí unos trapos en los oídos para amortiguar el ruido. Ben murió al día siguiente. Supongo que podríamos decir que tuvo suerte, porque le metieron una bala por la sien. Probablemente ni se enteró de lo que le había pasado.

Seguramente estás pensando que soy muy fría por decir que tuvo suerte, pero hay tantas maneras terribles en las que un hombre puede...

—Claro que tuvo suerte, Kate —dijo él, sin poder resistirse a tomarle la mano—. No pudo haber modo mejor de morir, instantáneamente, en el fragor de la lucha...

Los dos se quedaron en silencio. Los únicos sonidos eran la rítmica respiración de Martha y el crepitar del fuego. Suavemente, los dedos de Jack le acariciaban la mano.

—¿Cómo murieron Jemmy y tu padre?

—Los dos resultaron heridos por francotiradores cuando íbamos de camino a Salamanca. ¿Te acuerdas del modo en que los franceses seguían a nuestras tropas, pisándonos los talones e intercambiando disparos de vez en cuando? —preguntó ella. Jack asintió. Parecía increíble que hubieran estado en muchos lugares a la vez y que sus caminos nunca se hubieran cruzado—. Jemmy resultó herido en el pecho y, poco después, a mi padre le dispararon en el vientre. Las dos heridas eran mortales. Como no podían soportar el traqueteo del carro, encontré una casa abandonada y me quedé con ellos hasta que murieron.

Jack sintió que aquella sencilla frase ocultaba un mundo lleno de dolor.

—Creo que es hora de que te vayas a la cama —dijo, levantándose.

Entonces, extendió una mano para ayudarla a ella y, sin pensarlo, la tomó entre sus brazos, acurrucándola contra su cuerpo.

Hubo poca pasión en aquel abrazo. Solo estuvo lleno de afecto y de la necesidad que él sentía de reconfortarla. Kate escuchaba el latido de su corazón. Nunca había esperado que nadie volviera a abrazarla de aquel modo, por lo que se aferró a él, desesperadamente, gozando con la calidez, la fortaleza y la ternura que Jack emanaba.

En aquel momento, Jack le hizo levantar la barbilla y se miraron a los ojos. A continuación él bajó la cabeza y sus labios se unieron en un largo y tierno beso.

Martha bufó y se rebulló, despertándose. Inmediatamente, los dos se encontraron en dos partes diferentes del salón, ella ayudando a Martha a levantarse y Jack, apoyado contra la pared, con el rostro de nuevo cubierto por las sombras.

Por enésima vez, mientras preparaba queso en la cocina, Kate se dijo que había sido el oportuno. De hecho, casi no habían vuelto a hablar desde aquella noche y parecía que él había hecho todo lo posible por evitarla. Kate se daba cuenta de que se lamentaba del impulso que lo había obligado a besarla, aunque ella nunca podría arrepentirse de algo tan mágico, a pesar de que debería hacerlo.

Decidió olvidarse de aquella conversación. No fue una decisión fácil, pero estaba intentándolo. Solo el beso se le resistía.

—Señorita Kate, el comandante Jack dice que está listo para que empiece con el tratamiento. Esta misma mañana —dijo Carlos—. Hoy no ha intentado montar a caballo.

Kate se quedó perpleja. ¡Jack había decidido escucharla! Tras sonreír a Carlos, se apresuró a prepararlo todo antes de que Jack cambiara de opinión.

Con un tarro de aceite aromático calentándole las manos, subió las escaleras detrás de Carlos en dirección a la habitación de Jack. A pesar de haber hecho aquello más de una docena de veces, se sentía un poco nerviosa. Sin embargo, aquella vez era con Jack...

Cuando abrieron la puerta, Kate vio que él estaba tumbado en la cama, vestido con un camisón y con la parte inferior del cuerpo cubierta con una sábana. Al verla, agarró más firmemente la sábana, ruborizándose.

—Esto es una estupidez. He cambiado de opinión —anunció—. Dale eso a Carlos. Estoy seguro de que podremos deducir lo que hay que hacer.

—No seas tonto —dijo ella, sintiendo que sus nervios se evaporaban como por arte de magia—. Ya te he dicho antes que no solo es cuestión de frotar un poco de aceite. Se trata de una técnica especial que debe aprenderse. No debes preocuparte por mí. He hecho esto muchas veces. Intenta imaginarte que simplemente soy uno de los que te curaban en España.

Jack bufó. Su imaginación no le serviría de nada. Kate era pequeña y esbelta, con una hermosa y traslúcida piel. La última persona que lo había curado en España había sido un tosco soldado, calvo y sin dientes, con el vocabulario de obscenidades más extenso que recordaba haber escuchado.

—No seas tonto —repitió ella, al ver que Jack agarraba con más fuerza la sábana cuando ella trataba de apartarla—. Tengo que ver la pierna si te voy a aplicar estos aceites del modo adecuado. Ya te he dicho que lo he hecho otras veces. No me avergonzará verte la pierna.

Jack no podía apartar la sábana. No era solo que lo preocupara que una dama le viera la pierna sino que no quería ver la mirada de horror que se reflejaría en el rostro de Kate cuando contemplara sus cicatrices.

Ella apartó la sábana, mientras Jack esperaba que tuviera una reacción horrorizada. Kate se inclinó en silencio. La pierna estaba muy pálida y terriblemente desfigurada por innumerables cicatrices. Los músculos estaban entumidos y ligeramente retorcidos en algunos lugares, como si las cicatrices los hubieran descolocado.

Kate la examinó cuidadosamente. Aparte de las cicatrices, no tenía mal aspecto. Suavemente, la tocó. Sintió que él se sobresaltaba.

—¿Te ha dolido? —preguntó Kate. Él la miraba asombrado. La muchacha no mostraba estar horrorizada o asqueada, ni tampoco revelaba piedad o compasión—. ¿Te ha dolido?

—Tienes... tienes las manos un poco frías. Es que no lo esperaba. Nada más.

—Oh —susurró ella, prosiguiendo con su examen—. Bien, Carlos. En primer lugar voy a trabajar en estos músculos. ¿Ves cómo están tensos por estas cicatrices? Por eso le cuesta doblarla. Ahora, con un poco de este aceite... —añadió ella, aplicándolo a la pierna. Jack gruñó ligeramente—. ¿Está el aceite demasiado caliente?

—No... no... no es eso.

Kate continuó el tratamiento, explicándole a Carlos constantemente lo que hacía. Frotaba y frotaba los músculos mientras Jack permanecía tumbado en la cama, con el rostro impenetrable. Durante uno de los suaves movimientos, Jack gimió ligeramente, lo que hizo que ella levantara la cabeza.

—¿Te hago daño?

—No... no... ¿no te parece que ahora ya puede seguir Carlos?

—No, todavía no. Creo que será mejor si yo hago una sesión completa. No tardaré más de otros quince o veinte minutos.

—¡Dios Santo!

—¿Estás seguro de que no te estoy haciendo daño? Lo siento mucho. Esta parte del tratamiento no debería dolerte nada. Tal vez hay algo que se me haya pasado por alto. ¿Me puedes decir exactamente dónde tienes el dolor?

—¡Maldita sea! ¡No! —exclamó él. Se había dado cuenta, por la expresión que ella tenía en el rostro, que no sabía lo que aquel masaje estaba despertando en él—. No me estás haciendo daño ¡Acaba todo lo rápido que puedas!

Kate se mordió el labio. No entendía nada. Debía de estar haciéndole daño. ¿Por qué si no estaba gimiendo de aquel modo? Continuó el masaje en silencio, pero notó que él cada vez se iba poniendo más tenso, por lo que decidió redoblar sus esfuerzos. De repente, sin previo aviso, él se dio la vuelta y se puso boca abajo.

—¿Qué es lo que estás haciendo? Date la vuelta, por favor. Todavía no he terminado por delante.

—Claro que has terminado, Kate —replicó él, con la voz ahogada por las almohadas—. Ya es suficiente.

—Bueno, supongo que puedo trabajar ahora en la parte posterior de la pierna —afirmó ella, aplicándole un poco de aceite.

—¡Maldita sea! ¡Basta ya, mujer! —Rugió Jack—. ¡Basta ya!

—Pero...

—¡Carlos!

—Por favor, señorita Kate. Ahora debe marcharse —dijo el criado, colocándole una mano en el hombro.

—Pero no he terminado lo que tienes que hacer.

—Oh, señorita, ya me ha enseñado más de la cuenta, creo.

—¡Carlos! —gruñó Jack, desde debajo de las almohadas.

— ¡Enseguida, comandante! —respondió Carlos, con una expresión divertida en los ojos. Entonces, se volvió de nuevo hacia Kate—. Me parece que el comandante Jack no puede soportar más tratamiento hoy. Tal vez en otra ocasión...

— ¡Carlos!

— Sí, sí, comandante. Ahora, señorita... Por favor —dijo Carlos, acompañándola a la puerta y cerrándola tras ellos cuando hubieron salido.

— No lo entiendo —musitó Kate, cuando estuvieron en el pasillo—. Lo que estaba haciendo no debería haberle hecho tanto daño. Además, no me parece que sea la clase de hombre que se queja por cualquier cosa. Debe de tener la pierna peor de lo que había pensado.

— No era la pierna lo que le estaba molestando, señorita.

— ¿Qué es lo que quieres decir?

Carlos se encogió de hombros.

— Señorita Kate, hace mucho tiempo desde la última vez que el comandante estuvo con una mujer y cuando usted lo tocó... Bueno... Después de todo es un hombre.

Kate lo miró durante un momento, asimilando lo que él le estaba diciendo. Entonces, se sonrojó violentamente y se sintió muy avergonzada.

— Oh... —musitó. Entonces, salió huyendo.

Capítulo 9

Tal vez por vigésima vez aquella tarde, Carlos miró a Kate. La ratita se estaba comportando más bien como una gata aquella noche, andado de arriba abajo. Evidentemente, la preocupaba algo y, por las miradas que echaba al techo, sabía que se refería al comandante Jack.

Carlos suspiró suavemente. Si ella estaba susceptible y nerviosa, no era nada comparado con lo que había estado sintiendo su patrón, cuando había sido incapaz de ocultar la reacción de su cuerpo.

Carlos sacudió la cabeza. Para él, aquello era lo más sencillo del mundo. Que el comandante se sintiera atraído por la ratita, no era algo de extrañar, ya que ella había florecido últimamente y estaba muy bonita. Y, sin embargo, lo único que hacía era tratar de evitarla, haciendo incluso que Carlos calentara el aceite a escondidas para que ella no supiera que se estaba dando los masajes sin ella. ¡Qué tontería!

Kate le pegó una patada a un tronco de la chimenea, haciendo que saltaran algunas chispas en el fuego. ¿Cómo se había podido dar por vencido después de un único masaje? Estaba convencida de que el tratamiento le hubiera beneficiado mucho. Evidentemente, él no era de la misma opinión.

Aquello era especialmente doloroso porque ella sentía que, en parte, era culpa suya. Le habían dicho siempre que los hombres son incapaces de controlar sus instintos más básicos, lo mismo que les ocurría a las mujeres. Y ella se había portado con tan poca delicadeza...

Le había asegurado que no la avergonzaba verle la pierna, que no era ninguna inocente, que estaba bien familiarizada con el cuerpo del hombre... No era de extrañar que él hubiera reaccionado de aquel modo.

De repente, tomó una decisión. Se detuvo en seco y miró a Carlos, llena de resolución.

—Carlos, ven conmigo, por favor. Y trae ese cubo grande —le dijo.

Acompañada del criado de Jack, se encaminó hacia el salón privado de Jack. Carlos se fue poniendo cada vez más nervioso. ¿Sería capaz aquella mujer de molestar al comandante a aquellas horas de la noche, cuando estaría de peor humor que nunca? Seguramente, ya se habría tomado dos botellas...

«Ay de mí», pensó el fiel sirviente. Aquello era una locura.

Jack estaba sentado en una butaca, delante del fuego, con una copa de coñac entre las manos. Tenía los ojos medio cerrados, pensando en lo fácil que había sido su vida antes de que Kate entrara en ella. Más fácil... y más aburrida. Hubiera debido obligarla a marcharse con su abuela. Así, no habría estado allí, provocándolo, insinuándose...

Ella no debía estar allí, cocinando sus comidas y ocupándose de su casa. Debería estar en un baile, vestida de seda y raso, dando vueltas al ritmo de la música, con una horda de hombres pendientes de todas sus palabras.

¡Seis meses! ¿Cómo iba a poder soportarlo? Ya le estaba resultando bastante difícil no tocarla. No se parecía a ninguna mujer que hubiera conocido antes. Había pasado tanto y, a la vez, su rostro era tan dulce que nadie podría creer que había pasado tres años en un campo de batalla, perdiendo a toda su familia.

Lady Cahill no debería haberla dejado allí. Debería habérsela llevado a Londres, para encontrarle un marido rico, un tipo con título que pudiera mimarla y protegerla durante el resto de su vida y que le diera todas las riquezas que se le habían negado. Cualquier hombre estaría encantado de tenerla...

Era tan inocente. No se había dado cuenta de lo que aquel masaje estaba despertando en él. Estaba llena de una sensualidad inconsciente, de una pasión dormida. Probablemente se enamoraría del primer rostro hermoso que viera. La alta sociedad estaba llena de ellos. Tendría que hablar a su abuela al respecto para que la protegiera de los que no le convenían, para que se asegurara de que Kate elegía bien.

Se tomó la copa de un trago y la llenó de nuevo. Fuera como fuera, iba a tener que sacarla de aquella casa y enviarla a Londres pronto, por que, si no, y Dios era su testigo, le iba a costar mucho mantenerse alejado de ella. Kate se merecía mucho más que un pobre y amargado lisiado sin fortuna. No podía consentir que ella se pasara toda su vida fregando suelos. Pensó en las pequeñas y callosas manos de Kate. No. Efectivamente, tendría que hacer todo lo posible porque se viera pronto en un fino salón de Londres.

Tomó un trago de su copa. Al recordar cada vez que ella lo había tocado, se fue poniendo de peor humor. Solo los recuerdos bastaban para excitarlo. Ya había terminado con las mujeres, al menos con las damas. Eran una trampa. Las mujeres pensaban de un modo muy diferente a los hombres.

Pensó en Julia y se sintió de nuevo inundado por una profunda amargura. ¿Era Kate diferente? ¿Qué querría una hermosa huérfana, aunque pobre, con un hombre tullido y desfigurado? ¿Un hogar, aunque fuera uno de tan bajo nivel como aquel? A pesar de que Jack era pobre, nunca se vería abocado al hambre, algo que ella ya había experimentado en varias ocasiones. No. Él nunca se vería en peligro de no tener dónde ir.

Tenía una casa, una familia y, además, era el heredero de su abuela. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que aquello sería mucho para una muchacha que no tenía nada. Si el precio de todo aquello era tener que vivir con un lisiado, Kate era una joven llena de virtudes cristianas: caridad, piedad, generosidad... Sí. No resultaba difícil ver lo que Kate podría ver en él. Una mujer era capaz de hacer muchas cosas por tener un hogar, una familia y seguridad para el futuro...

—Señorita —susurró Carlos—. No creo que esto sea una buena idea...

—Claro. Qué ibas a pensar tú... Tú eres el que le compra esas botellas de veneno que se vierte por el gaznate todas las noches...

—Después de todo, es mi patrón.

—Si tuvieras alguna consideración por él, te negarías a obedecerle en eso. ¿No te das cuenta que se está destruyendo? ¡Pues yo no pienso tolerarlo! Su abuela me ha contratado para que me ocupe de su bienestar y pienso acabar con esto ahora mismo —afirmó Kate, acercándose a la puerta.

—Señorita, se lo suplico, no es un buen momento —dijo Carlos, agarrándola de la manga—. Por favor, espere hasta mañana.

—Mañana ya se habrá tomado más cantidad de ese líquido repugnante —replicó ella—. Ahora, suéltame, Carlos.

—Señorita, es peligroso enojarlo cuando está así...

—¡Cobarde! —le espetó ella, zafándose de él y abriendo la puerta.

Cuando entró en el salón, encendió las velas de un candelabro en el fuego de la chimenea y las colocó encima de una mesita. Al mirar a Jack, vio que él permanecía silencioso e inmóvil, contemplándola a través de unos parpados a medio cerrar. Tenía una copa entre los dedos y varias botellas medio vacías en una de las mesas. Además, varias colillas de cigarro descansaban sobre un bol de porcelana especialmente bonito.

—Carlos, dame ese cubo inmediatamente —le ordenó. El hombre se acercó, haciendo un gesto de disculpa a Jack—. Levántalo.

Antes de que Jack o Carlos supieran lo que estaba pasando, echó las botellas en el cubo. El ruido de cristal roto quebró el silencio del salón. A continuación, vertió las colillas de cigarro y por último, le arrebató a Jack la copa que tenía entre las manos y la arrojó también con el resto.

—Eso es. Mucho mejor —dijo ella, limpiándose las manos—. Creo que eso es todo, Carlos.

—¡Madre de Dios! —musitó el criado, huyendo todo lo rápido que pudo.

Al ver que Jack se estaba recuperando de su estupor, Kate dio dos pasos atrás, dado que parecía mostrar los primeros síntomas de furia. Kate ocultó su satisfacción.

—¿Qué diablos te crees que estás haciendo, mujer? —rugió él, levantándose de la butaca.

—Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo —replicó ella, protegiéndose detrás de una *chaise longue*. A pesar de lo furioso que estaba, no creía que tratara de hacerle daño.

—Debes saber que es muy malo para ti, estar aquí solo, noche tras noche, pensando en lo desgraciado que eres y ahogando tus penas en alcohol. Acabo de decidir que es hora de que dejes de beber.

—¿Sí? No me digas —replicó él, tratando de agarrarla. Ella buscó refugio en la mesa—. ¿Y qué tiene que ver contigo lo que yo haga?

— Tu abuela me pidió que cuidara de ti...

— ¡Esa vieja arpía te instigó para que me volvieras loco! — Bufó él, tratando de nuevo de atraparla — ¡Y por Dios que ha tenido más éxito del que esperaba!

— ¡Tonterías! Entiendo que te sientas un poco molesto ahora, pero es peor aún por todo el oporto o coñac que te has tomado.

— ¿Un poco molesto? ¿Un poco molesto? — le espetó él, deteniéndose—. ¡Te mostraré lo que es estar un poco molesto! Voy a enseñarte una lección que debería haberte enseñado tu maldito padre hace mucho, mucho tiempo. ¡No se debe interferir con los placeres de un caballero! —añadió, tratando torpemente de agarrarla.

— No seas grosero con mi padre.

— ¡Haré lo que me venga en gana en mi propia casa! ¡Y eso incluye darte una buena azotaina, algo que a tu padre se le olvidó darte la primera vez que lo trataste con descaro!

— ¡Nunca fui descarada con mi padre! — Mintió Kate, sabiendo que aquello era más que cierto—. ¿Cómo te atreves a amenazarme? Si te atreves a ponerme un dedo encima... gritaré.

— ¿Y quién vendrá a rescatarte? ¡Venga, dímelo! Si conozco bien a Carlos, se quedará todo lo lejos que pueda. Millie y Florence estarán ya en su casa y en cuanto a Martha... Bueno, ya sabes que, a los ojos de Martha, yo no hago nada mal. Probablemente me dará la razón.

Kate apretó los dientes, sabiendo que aquello era verdad. Había sido así desde que había llegado a aquella casa.

— No tengo que gritar —replicó ella—. Puedo protegerme a mí misma —añadió, agarrando un florero y tirándoselo a la cabeza. Desgraciadamente, fue a estrellarse contra la pared, aunque el agua y las flores dieron en el blanco.

— ¡Ja! —Exclamó Jack, secándose la cara—. ¡Has fallado, pequeña bruja! Menuda historia la del criquet.

— Ha sido deliberadamente, pero te prometo que la próxima vez no fallaré.

— Te gusta tirar cosas, ¿verdad? Supongo que tendría que estar agradecido de que no haya un tarro de aceite caliente a mano, porque, sin duda, me lo tirarías, ¿no es cierto?

— Probablemente.

— Bien, pues solo por eso, te voy a dar la mayor tunda que hayas recibido en tu vida.

— ¡Al menos en este momento tienes una ambición en la vida! Ya iba siendo hora.

— ¿Qué quieres decir con eso?

—He dicho que, al menos ahora, tienes una ambición en la vida. Eso, por supuesto, aparte de emborracharte hasta perder el sentido. Aunque no es que darle una paliza a una mujer sea algo de lo que enorgullecerse...

—¿Cómo te atreves? ¡Nunca he dado una paliza a una mujer en toda mi vida! ¡Fuera de mi casa, antes de que te rompa el cuello y te tire por las escaleras! —añadió, sin darse cuenta de que se estaba contradiciendo.

Kate estaba temblando a pesar de su arrojo. Parecía como si Jack quisiera hacerle daño de verdad. Sin embargo, algo dentro de ella le decía que él nunca podría hacerle daño.

—¿Y eso te parece bonito? —preguntó ella, saltando de un mueble a otro—. Líbrate de mí para que no haya nadie que pueda contradecirte. Pues si quieres que me vaya, tendrás que echarme tú mismo, ya que yo no me marcharé de aquí a menos que lo decida yo. Y todavía no me apetece.

De repente, Jack se abalanzó sobre ella y la agarró con fuerza. Aunque ella trató de zafarse, no pudo conseguirlo.

—Ya te tengo, pequeña arpía —gruñó él, estrechándola entre sus brazos.

Kate luchó por soltarse pero Jack, sin esfuerzo, la acorraló contra una mesa cercana, aprisionándole las piernas con una de las suyas y agarrándole las muñecas con una sola mano. No se oía nada en el salón a excepción de su respiración y del crepitar de fuego.

—De verdad debería darte una buena paliza —susurró él.

Kate sabía con seguridad que no iba a hacerlo. Tal vez no podría soltarse de él, pero no le hacía daño. La sujetaba más bien con cierto instinto de posesión. Era otra clase de peligro en la que Kate estaba inmersa. Al levantar la mirada, vio que él le estaba mirando los labios. No debería darle alas, no debería permitirlo. Tal vez lo deseara de todo corazón, pero no era lo más adecuado.

—Por favor... —suplicó ella, tratando de que él la soltara.

—Si me miras con esos ojos... —musitó Jack. Entonces, la besó.

No lo hizo con delicadeza. Kate nunca había experimentado nada como aquello. Trató de resistirse, pero los labios de Jack, al principio duros y posesivos, se suavizaron y requirieron los de ella, que, sin que ella lo ordenara, respondieron ávidamente a sus demandas.

El deseo se desató dentro de ella con tal fuerza que dejó escapar un pequeño gemido. Él la agarró más suavemente y levantó un momento la cara para mirarla. Kate se sentía indefensa. Los fuertes brazos de Jack eran lo único que impedía que se cayera al suelo.

—¿Qué has querido decir con eso sobre mis ojos? —susurró ella.

—Solo que cada vez que los miro, deseo hacer esto...

La besó una vez más, en aquella ocasión más larga y apasionadamente. Kate sintió que sus sentidos empezaban a darle vueltas. No podía creer lo que él le había dicho. ¿Que sus ojos le hacían querer besarla? ¿Sus ojos?

Cuando Jack levantó la cabeza, sabía que debía hacer algo. Lo miró y entonces él murmuró:

—¿Ves? Lo estás haciendo otra vez...

Una vez más, bajó la cabeza y la besó con una agonizante ternura.

Sin avisar, le rozó los pechos suavemente con los dedos. Kate gimió y se arqueó contra él. Sus pezones se hicieron cada vez más sensibles a medida que él los iba estimulando a través del vestido. Su cuerpo estaba atravesado por oleadas sucesivas de un placer exquisito. Al mismo tiempo, la boca y la lengua de Jack estaba creándole las sensaciones más sorprendentes, intensificando la necesidad que sentía de pegarse a él, de sentirlo fuera y dentro de ella.

Podía saborear el coñac que él había estado bebiendo, el tabaco que había fumado, pero también algo imposible de definir, que era la masculinidad de Jack. Quería tocarlo, saborearlo, sentirlo. Mientras una de sus manos se le hundió en el cabello, la otra le acarició suavemente la mejilla, gozando con la textura de su barba incipiente. Durante un momento, él apartó los labios de los de ella, por lo que Kate gimió suavemente, protestando por tal privación.

Inmediatamente, sus cuerpos se unieron, apretándose el uno contra el otro, moviéndose de un modo rítmico y sensual. Cuando él empezó a acariciarle la espalda, Kate se ofreció a él, frotando sus senos contra su pecho. Se sentía atraída a él de un modo imposible de definir.

De repente, se dio cuenta de que Jack le estaba desabrochando el vestido. Luego, intentó bajárselo de los hombros. Entonces, ella se echó hacia atrás, profiriendo una suave exclamación de sorpresa.

—Jack...

El la miró durante un momento. A continuación, la empujó y emitió una maldición. Mesándose los cabellos, se dio la vuelta y se acercó a la mesa donde habitualmente dejaba su coñac. Al recordar lo que le había acontecido al licor, volvió a maldecir de nuevo. Entonces, se metió las manos en los bolsillos y miró atentamente el fuego.

Kate se abrochó rápidamente el vestido lo mejor que pudo y esperó a que Jack se diera la vuelta. Se quedaron así unos largos y silenciosos minutos.

Jack sabía que si él murmuraba alguna palabra de cariño, ella se lanzaría a sus brazos sin vacilar. Nunca había deseado a nadie tanto como la deseaba a ella. Sin embargo, Kate era una dama. Si la tocaba, la obligaría a atarse a él para siempre, cuando, con la ayuda de su abuela, ella podría tener a cualquiera. No era un caballero pero tenía suficiente orgullo como para no decirle una palabra de cariño.

—Vete de aquí antes de que te dé lo que realmente te mereces —mintió—. Señor... ¿Es que no te enseñó tu padre a no abalanzarte sobre un hombre de ese

modo? Si no supiera que eres inocente... Es una provocación del peor tipo. ¿Es que no lo comprendes? ¡Es pedir que te utilicen como una mujer de la más baja calaña!

Kate palideció. «Como pedir que te utilicen como una mujer de la más baja calaña». «Si no supiera que eres inocente...» ¿Qué pensaría Jack cuando supiera la verdad? ¿Que había provocado también a Henri? ¿Qué le había pedido que la convirtiera en la fulana del francés? Kate se moriría si Jack la miraba como lo habían hecho todos los hombres en Lisboa.

Es cierto. Ella lo había provocado, aunque solo había sido su ira. Había sido Jack quien la había agarrado, quien la había besado cuando a ella ni siquiera se le había ocurrido. ¡Y había sido él quien la había tocado y desabrochado el vestido! Sin embargo, como la gente de Lisboa, la hacía a ella responsable...

Aquella vez, no aceptaría la culpa por lo que un hombre le había hecho. ¡Y le daría la respuesta que se merecía! Se encaró con él, pálida como la muerte y, sin pensárselo dos veces, lo abofeteó. Jack se quedó atónito, inmóvil y en completo silencio mientras ella salía de la sala, cerrando la puerta a sus espaldas.

Él miró la puerta durante mucho tiempo. Después de un rato, levantó la mano y se frotó la mejilla. Había que reconocer que Kate sabía cómo abofetear a un hombre. Entonces, sin quitarse la mano de la mejilla, se sentó.

¿Cómo se le había escapado todo tanto de las manos? Después de que ella se deshiciera de su coñac, se había sentido furioso contra ella, pero luego, aquella ira había empezado a cambiar. Se había convertido en una caza y, cuando consiguió atraparla y sintió su delicado cuerpo contra el suyo... Nunca había tenido intención de reaccionar de aquella manera. Sin embargo, no podía sacarse el recuerdo de aquellos ojos de la cabeza y cómo el brillo con el que se habían iluminado había muerto para sustituirse por angustia y dolor.

Kate no se había merecido que reaccionara de aquella manera. Jack apretó el puño y golpeó el brazo de la butaca. No obstante, no debería haberlo provocado cuando estaba bebido. Había parecido tan dulce, tan frágil entre sus brazos... No había podido soportar su deseo, aun sabiendo que era imposible. Por eso, se había comportado de aquel modo tan desagradable con ella, para que lo despreciara y se alejara de él antes de que fuera demasiado tarde.

Volvió a golpear con el puño el brazo del sillón. Y luego hizo lo mismo con su pierna, tomándose una amarga satisfacción por el dolor que le causó.

En el santuario de su dormitorio, Kate estaba tumbada en la cama, con un ligero pañuelo como testimonio de sus lágrimas. Durante la mayor parte de aquel año, había luchado por mantener las distancias con los demás, evitando sentir poco más que emociones superficiales. En aquel momento, se dio cuenta de que aquella decisión estaba basada solo en el miedo de volver a sufrir, en el miedo a que le hicieran daño. Y había estado en lo cierto.

«Solo que cada vez que te miro a los ojos, deseo hacer esto...».

Los besos de Jack eran todo lo que había soñado y mucho más. Para bien o para mal, estaba irrevocablemente enamorada de Jack Carstairs.

Todas sus decisiones anteriores, sus planes en contra, no habían sido más que intentos desesperados por negarse la verdad. Entonces, lo vio muy claramente. El daño había sido hecho antes de que ella se diera cuenta.

Al principio, no había visto el peligro que en cerraba Jack, a pesar de su atractivo. Solo se había alegrado de que se la necesitara en Sevenoaks. Sin embargo, sabía también que era mucho más que una atracción física. Los enfrentamientos que había habido entre ellos habían sido debidos al exceso de protección al que él quería someterla. Cuando había visto su dolor, no había podido evitar rendirse, a pesar de sus deseos de mantenerse distante. Para cuando se había querido dar cuenta, sus sentimientos se habían complicado más de lo debido y era demasiado tarde.

Lo había intentado, pero, cuando él la besó... Con la misma inevitabilidad que una flor responde al calor del sol, ella le había abierto su corazón y se había permitido tener sentimientos que nunca había experimentado por otro hombre. Kate estaba enamorada de él...

«Cada vez que los miro, deseo hacer esto». Jack nunca sabría lo mucho que habían significado para ella aquellas palabras. Cuando otras personas la miraban a los ojos, veían a su madre muerta, como su padre, sus hermanos, lady Cahill, Martha...

Sin embargo, solo Jack había visto a la verdadera Kate. Y solo con Jack sus ojos provocaban besos. Entre sus brazos, ella le había ofrecido todo lo que era y todo lo que podría ser... Y él se lo había tirado a la cara.

Sentía un dolor insoportable devorándola por dentro. Se sentía aplastada.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Kate se levantó temprano y bajó a la cocina para preparar el desayuno, como siempre. Durante la noche, había tomado varias decisiones. Se había permitido demasiadas libertades con Jack, dado que solo era su ama de llaves. No hubiera debido interferir tanto en su vida, por mucho que lo hiciera con buenas intenciones. Tampoco hubiera debido permitir tener sentimientos hacia él, porque era inevitable que sufriera. Había estado viviendo en un mundo onírico del que tenía que despertar.

Nunca iba a permitir a nadie, ni siquiera a Jack Carstairs, que volviera a adueñarse de sus sentimientos. Ejercería un control mucho más férreo en el futuro. Volvería a construir la barrera de hielo con la que había protegido su corazón en Lisboa. De hecho, ya había empezado a hacerlo durante aquella noche de insomnio. Sentía ya cómo el frío la rodeaba. Sería una sensación gélida, pero también indolora.

Kate puso el café y se puso muy rígida al sentir los inconfundibles pasos arrítmicos dirigiéndose hacia la cocina. La puerta se abrió y se produjo un largo silencio. Kate sentía que Jack la estaba atravesando con la mirada. Tras respirar profundamente, se volvió a mirarlo.

—Le debo una disculpa, señorita Farleigh —dijo él, muy formalmente—. No tenía ningún derecho a decirle todas esas cosas. No quería decir las y lamento muy profundamente haberlo hecho. También la forcé de una manera imperdonable.

Kate sintió que el hielo iba deritiéndose a su alrededor.

—No le pido que me perdone —prosiguió él—, pero espero que, al menos, acepte mis humildes disculpas. Le aseguro que no volveré a pasar nada similar.

—Señor Carstairs, no fue completamente culpa suya. Yo... yo no tenía ningún derecho a meterme en sus asuntos de si se pasa o no las veladas bebiendo —respondió ella, con la misma formalidad, a pesar de que no había pensado en disculparse—. Mi injerencia fue imperdonable, así que, fuera lo que fuera lo que usted dijo, soy yo la única culpable. Yo también le dije cosas terribles que no quería decirle, o al menos, que no debería...

Kate se detuvo. Entonces, se dio cuenta de que él miraba con afecto. Se produjo un tenso momento entre ellos que desapareció cuando el café hirvió, derramándose del puchero.

—¡El café! ¡Dios Santo! —exclamó ella, corriendo para rescatarlo. Sin pensárselo, agarró el mango de metal con la mano—. ¡Ay!

—Déjame ver —dijo él, tratándola de nuevo más informalmente, cuando ella retiró la mano del puchero.

—No es nada —insistió ella, agarrándose la mano.

—Venga, enséñame la mano —insistió él, agarrándole la mano para examinársela.

—No es nada serio —respondió ella, intentando mantener las distancias—. He tenido que madurar mucho peores que esta.

—No debería haber sido así. No deberías estar en situación de quemarte constantemente.

De nuevo se mostraba muy protector con respecto a ella. Kate intentó apartar la mano, pero él levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—¡Maldita sea! —musitó, tomándola entre sus brazos para besarla de nuevo.

Kate sintió la pasión que él ponía en aquel gesto. El hielo con el que había tratado de rodearse se fundió con sus labios. El beso duró poco. Jack la soltó y salió inmediatamente de la cocina. Momentos después, volvió con un bol de agua que contenía grandes trozos de hielo y nieve flotando. Kate se había quedado tan sorprendida que se había olvidado de la quemadura.

—Toma. Mete la mano aquí. El frío es lo mejor para las quemaduras. Cuanto más frío, mejor.

Kate parpadeó. Se dio cuenta de que el hielo del que ella se había rodeado no podría detener nunca a Jack Carstairs. Estaba enamorada de él. El único hielo que sentía ya era el que flotaba en aquel bol...

—¡Por el amor de Dios! No me mires de esa manera. Mete la mano y olvídate de lo que acaba de ocurrir... Seguramente sigo borracho todavía —susurró él, pasándose las manos por el cabello—. He dicho que dejes de mirarme, Kate. Fue una aberración, un error que no volverá a ocurrir. Te doy mi palabra. Solo te pido que dejes de mirarme de ese modo, ¿de acuerdo?

—¿Que no volverá a ocurrir?

—No, te lo prometo.

—En ese caso, yo también lo siento.

—¡Maldita sea! —Musitó él, apretando los puños—. No puedo soportarlo más.

Entonces, Jack salió de la cocina. Kate sabía que no debería haber dicho aquello. No era lo que una mujer respetable debería haber dicho, pero, dado que ya no se la consideraba decente...

Le gustaban sus besos. Demasiado. Nunca había experimentado nada como los sentimientos que tenía cuando Jack Carstairs la tomaba entre sus brazos. Sus besos la dejaban asolada, viva, vulnerable, exultante... gloriosamente invadida. Y quería más.

—Voy a escribir a mi abuela inmediatamente para pedirle que te lleve a su casa —anunció Jack, cuando entró en la biblioteca, en la que Kate estaba quitándole el polvo a los libros.

—¿Por qué?

—No podemos seguir así.

—¿Así cómo?

—Como esta mañana y ayer por la noche.

—Bien, pues yo no deseo ir a Londres con tu abuela.

—No se trata de eso. Si te quedas aquí, esto se nos escapará de las manos.

—¿Tú crees? —preguntó ella, mirándolo de un modo que le hizo perder todas sus resoluciones.

—¡Dios me libre de las vírgenes inocentes! —Gruñó él, lleno de frustración—. No te das cuenta del peligro en el que te encuentras. Los hombres tenemos necesidades, Kate, necesidades carnales. No somos como las mujeres. Si un hombre siente una necesidad, busca una mujer para saciarla. ¿Me comprendes? Y he dicho una mujer, cualquiera que esté disponible.

Kate se mordió el labio. Jack decidió hacer todo lo posible por apagar para siempre el brillo que se le encendía en los ojos cada vez que lo miraba. Él no tenía ningún futuro que ofrecerle. Ni siquiera podría bailar con ella. No podría permitir que se sumiera en una oscura pobreza, especialmente porque ni siquiera sabía lo que se estaba perdiendo. Kate nunca había estado en Londres, nunca había bailado hasta altas horas de la noche en un maravilloso baile, nunca había experimentado la vida que su abuela podría ofrecerle. Solo había visto muerte y destrucción. Si hacía falta utilizar palabras brutales para que ella se marchara a Londres, las diría.

—Y yo no soy excepción. Tal vez sea un lisiado desfigurado, pero sigo siendo un hombre, con necesidades de hombre. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve a una mujer, Kate. Mucho tiempo. Y... eso es todo. ¿Me comprendes? Nunca te habría tocado, nunca te habría besado, pero estaba borracho. Hace mucho tiempo desde que tuve a una mujer y me dejé llevar.

Kate miró el trapo que tenía entre las manos y empezó a limpiar la siguiente estantería. ¿Tenía que estar borracho para tocarla? ¿Era eso lo que le estaba diciendo? ¿Que ella era una mujer cualquiera para él? ¿Una más? Aquellas palabras le dolieron pero, por fin, se dio cuenta de que no la habían herido todo lo que hubieran debido, por que, muy dentro de ella, no las creía. Si era así, ¿por qué no se había entretenido con Millie o Florence? ¿O con una tabernera? No, fuera lo que fuera lo que Jack pensaba de ella, no la consideraba una mujer cualquiera.

—Harás todos los preparativos para irte a Londres a finales de semana.

—No.

—¿Has dicho que no?

—Efectivamente. No tengo intención de marcharme.

—¿Es que no tienes sentido común? ¿Después de lo que acabo de decirte, quieres quedarte? ¿Arriesgarte a que te deshonne? —le preguntó él. Ella torció los labios irónicamente y dobló el trapo. ¿Acaso podía una mujer ser deshonorada dos veces?—. ¿Es que no me has oído? ¿Te arriesgas a perder tu virtud por quedarte aquí? ¿Qué es lo que te pasa? Tal vez ese era tu plan —añadió, en tornando los ojos.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Quieres seducirme y hacer que me case contigo.

—¿Seducirte? —repitió ella, indignada.

—¿No es eso lo que ha estado ocurriendo aquí? Sin duda veo la huella inconfundible de mi abuela en el plan. Sí, eso es —dijo Jack, riendo—. Sin duda las dos lo habéis planeado muy cuidadosamente.

—¿Cómo te atreves?

—¡Dios! ¡Qué tonto he sido! Está tan claro como el agua. Mi abuela, preocupada de que no me case nunca, dado que mi compromiso con Julia ha terminado, aparece de improviso. Me deja a la pobre Kate, esperando que yo la acoja y que la haga mía. Así soluciona dos problemas de una vez. ¡Ja! No solo no funcionará, dado que ya conozco el plan, sino que tú no me cazarás tan fácilmente, Kate. No tengo intención de casarme contigo.

—¡Y yo tampoco tengo intención de casarme contigo, Jack! —exclamó ella, indignada—. Nunca, nunca, me rebajaría a un plan tan despreciable. Además, me parece que tienes una tremenda impertinencia al sugerirlo. Te pido una disculpa inmediatamente, no solo para mí sino también para tu abuela, dado que estoy segura de que ella jamás se comportaría de un modo tan sórdido. Además, ¿cómo te atreves a acusarme de intentar seducirte? ¡Eres tú el que no ha dejado de besarme y de tocarme, molestándome continuamente desde que llegué aquí!

—¿Sí, eh? ¿Y quién me acosó en mi cuarto en medio de la noche?

—¡Yo no hice eso! ¿Cómo te atreves a sugerirlo?

—Entonces, en mi salón privado. Y entraste a hurtadillas, sabiendo que estaba presa del alcohol e intentaste seducirme.

—¡Eso no es cierto! ¡Y tú no estabas presa del alcohol, como tan poéticamente lo has puesto! ¡Estabas borracho! Y si te imaginas que estaba intentando seducirte cuando te quité el veneno que estabas tomando, tienes una idea muy equivocada de la seducción. ¡No me extraña que esa Julia te haya dejado!

—No la metas en esto.

—Encantada.

—Además, los besos y toqueteos que, aparentemente, te han molestado tanto... Bueno, pues no me parece que te hayas resistido valientemente. Si recuerdo bien, fui yo el que lo detuvo todo cada vez...

—¡Eres tan enojoso! —exclamó ella, sin saber qué otra cosa responder—. Para tu información, no tengo intención de casarme. ¡Ni contigo ni con nadie! ¡Nunca!

—¡Tonterías!

—No son tonterías. Es cierto.

—¿Y por qué no? —preguntó él, sin poder imaginarse a Kate soltera—. He oído que lo afirmabas, pero todavía no me has dado una razón convincente. Sé lo que quieren las mujeres... —añadió, con desprecio—... Riqueza, una hermosa casa,

posición social, admiración y un pobre infeliz que se lo entregue todo en bandeja de plata. No hay ni una sola mujer que no desee eso.

Kate parpadeó antes aquella cínica visión del matrimonio. Evidentemente, Julia le había hecho mucho daño. Kate no podía hablar de todas las mujeres, pero, para ella, lo más importante era el amor y el respeto. Sin el segundo, el primero no podría existir. Henri le había quitado el derecho a sentirse respetada. Por eso, no podría haber amor para ella.

—Te equivocas en eso, Jack, pero veo que no vas a escucharme. Lo único que puedo hacer es repetirte que yo no tengo intención de casarme. En cuanto a mis razones, son muy personales. Tu abuela las conoce y por eso no me presionó a ir a Londres. Por eso me ha dejado ser tu ama de llaves hasta que me encuentre un puesto más estable.

—Mi abuela solo te ofreció este puesto porque eres demasiado testaruda como para saber lo que es bueno para ti. Este puesto no es nada más que un modo de aplacar tu orgullo, ya que mi abuela tiene intención de presentarte en sociedad. No hay ninguna razón para que no puedas casarte con un hombre rico y respetable. Solo tienes que presentarte en Londres, pestañear un poco al caballero que cumpla con tus requisitos, susurrarle al oído, sonreírle y pavonearte delante de él. Antes de que el pobre necio pueda decir esta boca es mía, estarás yendo camino del altar agarrada de su brazo. Y antes de que pase un año, tendrás sobre tus rodillas a su pequeño heredero.

Mientras hablaba, Jack la zarandeó. Entonces sintió cómo aspiraba y respiraba y pudo oler el aroma a romero que emanaba de su pelo y de su ropa.

—Y si se resiste a proponerte matrimonio, solo tienes que mirarlo a los ojos y el pobre idiota no podrá contenerse más.

Entonces, antes de que ella pudiera reaccionar, la besó, haciéndola perderse en un abismo de sensaciones. Cuando por fin la soltó, Kate trató de recobrar el control de sí misma y lo empujó para que se apartara de ella. Luego, se alejó de él y fue a la esquina opuesta de la biblioteca para tratar de recobrar la compostura.

—Estás muy equivocado en muchas cosas, Jack, pero tienes mucha razón en una. Esta clase de comportamiento debe cesar. Me disculpo por mi parte si he cometido alguna impropiedad. Puedes estar seguro de que no volverá a producirse. Tendrás mi más completa cooperación, pero no pienso marcharme a Londres.

Jack la miró durante un instante con ojos sombríos. Luego, asintió brevemente y se marchó, cerrando la puerta a sus espaldas. Entonces, Kate se echó a llorar desconsoladamente.

Pasaron los días, pero no se volvió a hablar de que Kate se marchara con lady Cahill. En realidad, no se mencionó mucho más, ya que Jack y Kate casi no intercambiaban palabra a menos que fuera absolutamente necesario.

Llegó el día de Navidad. No se distinguió de ningún otro día, aunque, después de ir a la iglesia, Kate se tomó la molestia de preparar una comida especial. Como Jack no comió con ella, solo la disfrutaron Martha y Carlos, dado que Millie y Florence tenían el día libre. Para Kate fue un día muy triste, lleno de recuerdos de Navidades más felices en compañía de su padre y hermanos. Sin embargo, sería la primera de muchas Navidades en solitario. Darse cuenta de aquello la dejó triste y desanimada, a pesar del buen fuego.

Por fin, cuando llegó la noche de un largo y tristísimo día, se metió en la cama y se permitió el lujo de quedarse dormida llorando.

Jack, cuando regresaba de pasar un día, solo por imposición propia, en la taberna, oyó los sollozos ahogados al pasar por la puerta de Kate. Se quedó inmóvil, escuchando. Cada fibra de su cuerpo le pedía que entrara en aquel cuarto, la tomara entre sus brazos y cortara aquellos sollozos con sus labios. Sin embargo, sabía que no podía. Por muy borracho que estuviera, sabía que si lo hacía arruinaría la vida de Kate para siempre. Entonces, angustiado, se apoyó contra la puerta, esperando, hasta que el último sollozo desapareció en el silencio de la noche.

Una mañana al alba, ya bien entrado el año nuevo, mientras contemplaba el paisaje desde su ventana, oyó los cascos de un caballo. El corazón le dio un vuelco en el pecho. ¿Volvería a tirarlo el caballo? Abrió la ventana y se asomó, a pesar del aire helado. Vio que el gran purasangre pasaba galopando bajo su ventana, con Jack Carstairs como jinete. Montaba adecuadamente, aunque no con tanto estilo como seguramente lo había hecho una vez. Kate sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al darse cuenta de lo que Jack había conseguido.

Era el final de su humillación. Podía montar a caballo, podría volver a salir de caza... Observó cómo se perdía galopando por el horizonte y luego, fue a vestirse y a lavarse. Era un día estupendo. Probablemente, él nunca se lo contaría, pero ella celebraría la ocasión preparándole un desayuno especial.

Estaba en el gallinero, recogiendo huevos, cuando oyó unos cascos a sus espaldas. Estuvo a punto de dejar caer la cesta cuando el caballo se detuvo delante de ella, sujeto por una mano experta. Jack sonreía abiertamente. Entonces, se bajó del caballo y la agarró ansiosamente.

—¿Me has visto, Kate? Puedo volver a montar y todo te lo debo a ti —dijo él. Entonces, la tomó entre sus brazos y empezó a dar vueltas, riendo alegremente—. Bueno, Kate, ¿qué te parece si hacemos las paces? Estoy demasiado contento hoy como para que sigamos con esta guerra sin armas —añadió él. Kate trató de contener las lágrimas —¿Qué es eso? ¿Estás llorando?

La sonrisa se le borró de los labios. Lentamente, la dejó en el suelo, aunque sin soltarla del todo.

—Oh, no... Yo... a menudo lloro cuando estoy feliz. Es... algo ridículo.

—Tú nunca haces nada como el resto del mundo —murmuró él—. Permíteme.

Entonces, le arrebató el pañuelo que ella tenía entre las manos y se puso a secarle los ojos y las mejillas. Kate no podía moverse. Estaba abrumada por la sensación de sentir su duro y fuerte cuerpo tan cerca del suyo y su cálido aliento en las mejillas. Sabía que debía apartarse de él, pero no podía hacerlo. Ni siquiera podía levantar los ojos para mirarlo.

—Gracias, Kate —dijo él, por fin, colocándole un dedo debajo de la barbilla para levantársela.

Entonces, la besó. Al principio lo hizo con afecto y suavidad pero cuando ella entreabrió los labios bajo la presión de los de él, profundizó el beso. Kate se entregó completamente a la deliciosa sensación, buscando y acariciando con la lengua. Apretó su cuerpo contra el de él, aferrándose a su pelo oscuro con abandonada delicia.

—Dios... —musitó él, volviéndola a besar larga y apasionadamente.

De repente, Kate, sintió que la soltaba. Aturdida, notó poco a poco las voces y los pasos sobre las piedras del patio. Cuando Millie y Florence dieron la vuelta a la esquina, Jack estaba recogiendo las riendas de su caballo mientras que Kate estaba inmóvil donde él la había dejado, intentando reaccionar de algún modo.

—Buenos días, señorita Kate. Señor Carstairs... —dijeron a coro las jóvenes—. Nuestro padre dice que va a volver a nevar.

Jack charló con facilidad con las muchachas, lo que hizo que Kate se maravillara de su compostura. Tal vez no había experimentado lo mismo que ella. Si lo hubiera hecho, nunca podría haber disimulado tan bien. El deseo parecía hacer que dos personas reaccionaran de modos distintos, sobre todo si eran un hombre y una mujer. Además, por parte de Kate había amor.

Se obligó a saludar a las mozas y luego entró con piernas temblorosas en la cocina, tratando de organizar sus pensamientos.

Se había esforzado mucho en expulsar a Jack de su corazón, pero nada parecía funcionar. Se había pasado semanas intentando olvidarlo y, en cuanto él la miraba de nuevo, toda su decisión se deshacía como el hielo. Lo único que se le ocurría para salirse con su propósito era marcharse, algo que no podía hacer. No podría hacerlo en los próximos meses...

Cuando las muchachas entraron en la cocina con la leche fresca, Kate había recuperado completamente el control. Se las arregló para pasar la mañana sin ver a Jack y, durante el resto del día, se inventó excusas para evitar su presencia.

Sin embargo, por la noche él estaba demasiado contento e insistió en que convirtiera la cena en una celebración, sirviendo vino para todos, incluso para Millie y Florence. Les contó las historias más divertidas, haciendo que todos rieran de buena gana. Kate estaba fascinada, ya que nunca lo había visto de aquel modo antes. Carlos también estaba muy animado y lo acompañó en sus bromas y chascarrillos.

Mientras se secaba las lágrimas que le había producido la risa, Kate pensó que, con aquel estado de ánimo, resultaba completamente encantador. Se dio cuenta de que así habría sido antes de la guerra. Aquel era el Jack que se había comprometido

con Julia, un hombre que tendría a todas las mujeres comiéndole de la mano, desde las de la clase más baja, como Millie, Florence y Martha, a las de mejor cuna, como Julia.

A Kate le parecía que ya estaba tan bien de cuerpo como de espíritu para volver al mundo al que había renunciado, un mundo entre los de su clase. Se preguntó si volvería con Julia...

Kate se dijo que debía alegrarse por él. Y así era.

Capítulo 11

Una tarde, a finales de febrero, una elegante calesa se acercó a la puerta principal de Sevenoaks. Momentos después, apareció otra, todavía más elegante que la primera, seguida de un faetón y de varios mozos guiando unos hermosos caballos. Por el estilo de los carruajes, se notaba que los dueños eran jóvenes y de posibles. Tres caballeros descendieron de ellos y se acercaron a la puerta principal, llamando a gritos al «loco de Jack».

Kate abrió la puerta. No había esperado visitas, particularmente no de tanta clase como aquellas. Se quedó quieta como una estatua. Uno de los caballeros, bajo y de cara redonda pasó rápidamente a su lado y le tiró una capa de viaje y sombrero de ala ancha, gritando:

—¡Eh, Jack! ¡Jack Carstairs el loco! ¡Sal de donde te estés escondiendo y danos algo de beber!

Otro hombre, alto y lacónico, entregó a Kate otra capa y otro sombrero y, riendo, siguió a su amigo. El último, le entregó un pesado abrigo de corte militar y dijo tranquilamente:

—Somos Sir Toby Fenwick, el señor Lennox y el coronel Masterton. Hemos venido a ver al señor Carstairs.

¿Un militar? ¿Habría estado en la guerra de España? Kate trató desesperadamente de controlar el pánico.

—Por favor, esperen en el salón que tienen a su izquierda. Trataré de ir a buscar al señor Carstairs.

El caballero la miró atentamente, con mucha curiosidad. Cuando hubo terminado su inspección, sonrió levemente y entró en la sala que Kate les había indicado. Ella dejó los abrigos a la entrada, muy nerviosa.

Sabía que no había motivo alguno para estarlo. No había razón para pensar que aquel hombre la reconocería. Había cientos de coroneles que no habían estado nunca en la península y cientos más que no habían oído hablar de Kate Farleigh. Era ridículo esperar que aquel precisamente fuera a reconocerla. Él no le resultaba familiar a ella, como tampoco ninguno de los otros.

Tratando de controlar su ansiedad, Kate envió a Millie a buscar a Jack mientras ella preparaba un sencillo refrigerio de vino, coñac y pan con mantequilla. Luego, envió a Florence a encender el fuego. Cuando la muchacha llegó riendo, se dio cuenta de que era ridículo evitarlos. Tarde o temprano tendría que verlos.

De repente, se le ocurrió algo. Subió rápidamente a su habitación y, después de revolver todas sus cosas, sacó triunfante un casquete blanco que había descubierto semanas atrás. Se lo puso, recogiendo el pelo cuidadosamente. Al mirarse en el espejo, se encontró perfecta. Estaba horrible, ya que el casquete era demasiado grande para su cabeza. Como iba adornado con encaje y cintas y un volante que le

llegaba casi hasta los ojos, estaba segura de que podría presentarse ante cualquier soldado sin temor a que la reconociera, ya que casi ni ella misma podía hacerlo.

Rápidamente bajó las escaleras y, sin prestar atención a las miradas de asombro de Millie y Florence ni a las protestas de Martha, tomó la bandeja y entró en el salón, con la cabeza bien alta.

—Coñac... Esto está mucho mejor —dijo el caballero más alto, abalanzándose sobre la bandeja.

—¡Eh truhán! —gritó el regordete—. ¿Dónde crees que vas con esa botella? Sírreme a mí también!

El tercer caballero se acercó a ella y le quitó cortésmente la bandeja de las manos y la colocó en una mesa cercana. La miró brevemente el casquete, mientras los otros se servían el coñac, vertiéndolo sobre la mesa que Kate había pulido cuidadosamente aquella mañana.

—Tiene razón, señora —dijo el caballero, al ver la mirada de desaprobación de Kate—. Me temo que hemos estado demasiado tiempo en una excelente hostería que hay a poca distancia de aquí. Mis amigos están algo... alegres.

—Entiendo —respondió ella, secamente.

—No tenemos el placer de conocernos, señora. Soy el coronel Francis Masterton, del regimiento 95 de Fusileros. A su servicio.

—Soy... Kate Farleigh —musitó ella.

¿El regimiento 95 de Fusileros? Aquel hombre había estado en España. Kate rezó para que no la reconociera y se arrepintió de haberle dicho su nombre.

—Yo soy el ama de llaves —añadió.

—¿De verdad? —preguntó él, sorprendido, mirándola astutamente—. Me sorprende, señora —añadió, tomándole la mano para besársela.

—Yo... Yo... Iré a ver si el señor Carstairs está disponible —susurró ella, sonrojándose. ¿Qué habría significado que le besara la mano? Con toda seguridad no la tenía por parte del servicio. ¿Pensaría tal vez que era la amante de Jack?

—Claro que está disponible el señor Carstairs —dijo una voz, desde la puerta. Era Jack. Por el brillo que tenía en los ojos, se notaba que había visto cómo su amigo le besaba la mano—. No se marche, señorita Farleigh —añadió, al ver que ella se disponía a salir—. Me gustaría que conociera a mis invitados, todos los cuales acaban de volver de la Guerra de España.

¿Todos? ¿No solo el coronel?

—Estos son sir Toby Fenwick y el señor Andrew Lennox, ambos del regimiento 14 de Dragones de la duquesa de York —prosiguió Jack—, y supongo que ya conoce al coronel Francis Masterton.

Los dos hombres más jóvenes miraron a Jack sorprendido.

—¡Vaya, Jack! —Dijo el regordete sir Toby—, ¿por qué tanta formalidad con los criados? Preséntame también a esa rubia...

Kate, mortificada, trató de marcharse. Sin embargo, él la agarró del brazo y la detuvo.

—La señorita Katherine Farleigh es la pupila de mi abuela, lady Cahill. La señorita Farleigh y su acompañante la señora Betts pasaron por aquí para reunirse con mi abuela en Londres, pero se apiadaron de un pobre hombre soltero y se ofrecieron amablemente a ayudarme a poner esta casa en orden. No os podéis imaginar la enorme deuda de gratitud que tengo con ellas.

—Lo siento, señora —dijo Andrew Lennox—. La tomé por una de las criadas.

—Sí, lo siento... yo también —musitó sir Toby—... tendrá que perdonarnos... Encantado de conocerla, señora.

El miedo que Kate sentía la puso de mal humor. Jack no tenía ningún derecho a avergonzarla delante de sus invitados, presentándola de aquel modo. Seguramente lo había hecho para meterla en el papel que ella le había reiterado mil veces que rechazaba. Lo que no sabía era que estaba jugando con fuego. Si la reconocían, todos culparían a su amigo por haberles hecho disculparse con una mujer deshonrada.

—No hay necesidad de disculparse, señor —dijo firmemente—, ya que el señor Carstairs exagera. Yo, de hecho, soy el ama de llaves de esta casa, empleada aquí por lady Cahill, de la que no soy pupila. Ella era la madrina de mi madre. Esa es toda la relación que nos une.

—¡Maldita sea, mujer! ¡No me contradigas! ¡Tú eres mi invitada! —rugió Jack, furioso.

—Tranquilo, compañero, tranquilo —dijo Lennox, colocándole una mano en el brazo.

—¡Tú no eres una sirvienta aquí! ¡Eres mi invitada! —insistió él, sin prestar atención a lo que le decía su amigo.

—Acaba de gritarme y de insultarme, señor Carstairs —respondió ella, dulcemente—. Ningún caballero gritaría o insultaría a una invitada, particularmente delante de otros invitados. Tal comportamiento se reserva invariablemente para los criados, que no se encuentran en posición de replicar.

Con aquellas palabras, Kate se dio la vuelta y salió victoriosamente del salón, dejando a los cuatro hombres atónitos y sin palabras.

—¡Que no se encuentran en posición de replicar! —Exclamó Jack—. ¡Esa mujer siempre tiene que tener la última palabra!

—¿Has visto lo que yo he visto, Lennox? —preguntó sir Toby, que se había quedado estupefacto.

—Sí. Acabo de ver a una mujer, poco mayor que tu dedo pulgar, dándole a Jack Carstairs la mejor contestación que ha recibido en muchos años.

—Eso es lo que yo he visto —respondió sir Toby—. Nunca pensé que vería algo por el estilo. ¡Menuda mujer! ¿Y dices que esa joven es tu ama de llaves?

—No, idiota —le espetó Jack—, te he dicho... bueno, ¿no importa? ¿Qué diablos estás haciendo aquí, Tubby?

—Bueno... había oído un rumor... —musitó sir Toby— ... que decía que no te encontrabas muy bien...

—Así que decidiste venir a ver si me había muerto —replicó Jack. Los tres hombres parecieron algo incómodos—. Y me alegro de que lo hayáis hecho —añadió, alegre de recibir a sus amigos, algo que hubiera pensado imposible meses atrás—. Sin embargo, debo advertiros que el nivel de hospitalidad aquí no es el que habéis disfrutado previamente en mi compañía. Las condiciones en Sevenoaks son bastante espartanas. De hecho, no estoy seguro de que mis tres elegantes y modernos amigos puedan soportar la falta de comodidades que hay en esta casa.

—¡Venga ya, hombre! —Exclamó sir Toby—. Los tres hemos vivido en inmundos agujeros por toda la península ibérica. Si estás sugiriendo que tu casa no es lo suficientemente buena para mí, es mejor que te tragues tus palabras. Además —añadió, mirando a su alrededor para contemplar los brillantes muebles y el enorme fuego—, este lugar no está tan mal como nos hicieron creer. De hecho, resulta de lo más acogedor, mucho más que ese frío caserón que mis antepasados construyeron en el más remoto pasado.

Entonces, se sentó en un sillón y tomó un gran sorbo de su copa.

Kate se retiró a la cocina, temblando. No había querido atraer la atención sobre sí de ese modo. ¡Verse envuelta en una discusión pública con Jack, delante de sus invitados! Sus únicas defensas habían sido su casquete y el hecho de que los criados son invisibles para los caballeros como los amigos de Jack. Sin embargo, su carácter lo había estropeado todo. Ninguna doncella hubiera respondido a su señor de ese modo. ¡Qué necia había sido!

Había dejado de sentirse amenazada. Se había acomodado, ya que hacía meses que no conocía a nadie, gracias al aislamiento de Jack y al invierno. En aquel refugio aislado, se había sentido protegida y segura.

Sin embargo, dado que Jack había mejorado, la primavera se llevaría el aislamiento del que habían gozado hasta entonces. El hombre que reía a carcajadas con sus amigos tenía poco que ver con el recluso que había encontrado cuando llegó a Sevenoaks. El mundo le abriría sus brazos e irían muchas personas a visitarlo. Ella, se vería expuesta de nuevo a sus miedos, a los ojos de los extraños, dependiendo completamente de su buena memoria.

Decidió que no había motivo para preocuparse de eso sino de hacer la cena con lo poco que tenía disponible. Le pidió a Carlos que matara dos pollos y preparó una empanada con los restos del asado del día anterior. Sería una comida sencilla pero sustanciosa. Y sería Carlos quien la serviría.

Después de la cena, los cuatro caballeros se sentaron a tomar una copa de oporto. Kate estaba en la salsa de al lado, con la silla tan pegada a la puerta como le permitía el decoro. Estaba escuchando su conversación, ya que era incapaz de soportar la tensión durante más tiempo. Tenía que saber si alguno de los hombres la había reconocido y, desde allí, podía oír todo sin ser vista.

—Esta casa es muy acogedora, Jack —reiteró de nuevo sir Toby—. Buena cena, buen vino, un buen fuego, buena compañía... Todo lo que un hombre podría desear. ¡Y en medio del mejor condado para la caza de todo el país! Eres un hombre de suerte añadió. Al oír aquellas palabras, un incómodo silencio recorrió toda la habitación—. ¡Dios, Jack! ¡Soy un bocazas! Lo siento, no quería...

—¡Cállate, Tubby! —Exclamó Lennox—. Ya has dicho más que suficiente.

—No quería...

—Ya no hay necesidad de que me tratéis con guantes de seda —dijo Jack—. De hecho, no tenéis que apiadaros de mí en absoluto.

—Entonces... —dijo el coronel Masterton, mirando intensamente a su amigo.

—Siempre has sido más listo que el hambre, Francis —respondió Jack, agarrando con fuerza la mano de su amigo mientras los otros dos los miraban atónitos.

—¿De qué diablos estáis hablando lo dos? —preguntó Andrew Lennox—. Lo único que se me ocurre es... añadió, mirando a su amigo esperanzado. Entonces, levantó y estrechó también la mano de su amigo fervientemente.

—¿Va a hacer alguien el favor de contarme lo que está pasando? —Se quejó sir Toby—. ¿Por qué estáis todos dándole la mano a Jack y por qué estáis manteniendo tanto misterio? ¿Es que has encontrado una heredera, Jack?

—Bueno, había planeado dejarlo como sorpresa hasta mañana —dijo Jack, ante las risas de los demás—. La verdad es que puedo volver a montar. Por supuesto, no puedo cazar todavía, pero lo haré muy pronto.

—Es maravilloso —afirmó sir Toby, dándole también la mano—. ¿No es maravilloso, amigos? ¡Jack puede volver a montar a caballo! ¿Es que no vais a felicitarlo?

Los otros se echaron a reír. Cuando todos se hubieron tranquilizado un poco y habían servido otra copa, Francis le dijo a Jack:

—No lo entiendo. Los cirujanos juraron que no volverías a montar, ¿no es así?

—Sí, pero la señorita Farleigh no era de la misma opinión.

—¿La señorita Farleigh? —preguntó Lennox.

En la sala contigua, Kate se quedó helada y rezó en silencio por que no les dijera nada.

—Sí. Su hermano se curó de una herida similar con un doctor árabe —explicó Jack—. Me dijo que su hermano recuperó casi toda su fuerza. Desgraciadamente...

—¿Qué?

—La señorita Farleigh perdió a su padre y a sus dos hermanos en la guerra. Sus hermanos estaban en el regimiento 83, según creo. Ahora, está completamente sola en el mundo, a excepción de mi abuela, que se ha convertido en su tutora.

Kate se sintió morir. El 83. Jack no podía haberla identificado más claramente. Si alguno de ellos había oído su historia, aquel dato le haría recordar inmediatamente.

—Sí. Eso es algo que no entiendo... Debo confesar que la verdad me elude. Te ruego que nos los expliques todo, amigo mío, conozco un poco la historia de la señorita Farleigh...

Kate pegó un saltó y pegó la oreja a la puerta, muy temerosa. El coronel la conocía...

—Yo conocí a sus hermanos y me presentaron a su padre en una ocasión. Estamos hablando de España. Y vi también una vez a la señorita Farleigh, aunque tenía un aspecto algo diferente... ¿Cómo puede ser la pupila de tu abuela? No sabía que estabas relacionado con los Farleigh.

—Y no estamos. Por lo que yo sé, no hay vínculos de sangre. Mi abuela era la madrina de la madre de la señorita Farleigh.

—Ah. Ya veo que es un vínculo familiar muy fuerte —murmuró Francis, con ironía. Kate sintió que se le paraba el corazón.

—Bueno, todos conocéis a mi abuela. Si ella decide que una relación es lo importante no hay mortal que pueda convencerla de lo contrario.

—Tu abuela me trata como si yo fuera un colegial cada vez que me ve —dijo sir Toby—. En lo que a mí respecta, cuanto más lejos esté de mí, mejor. No estará aquí también, ¿verdad?

—¡Cállate, Tubby! —exclamó Andrew, riendo—. Deja que Jack acabe su historia...

—Bien, como ya os he dicho, el hermano de la señorita Farleigh recuperó la fuerza en la pierna. Ella me lo explicó y yo, como un necio, no quise escucharla al principio...

—Ya me imagino en qué términos lo hiciste —dijo sir Toby—. Te aseguro que, en esa situación, puedes resultar de lo más desagradable, créeme. Yo mismo no me hubiera atrevido a venir sin que nos invitaras si Francis no hubiera insistido. Esperaba verte como si fueras un lobo furioso. Tuvimos que parar un rato para que poder tomarnos unas copas. ¡No íbamos a enfrentarnos a ti sobrios! Entonces, ¿qué hizo? ¿Te susurró cosas dulces al oído?

—Al contrario, me dijo que si quería pasarme el resto de mi vida siendo un lisiado que se caía de los caballos, debía seguir con lo que estaba haciendo.

—¿Cómo?

—Eso fue lo que me dijo. Me dijo a la cara que me estaba dejando llevar por la compasión por mí mismo.

—¡Dios Santo!

—Como os podéis imaginar, esas palabras se me fijaron en la mente y finalmente se abrieron paso hasta llegar a lo que me queda de cordura. Acabé por tragarme mi orgullo, busqué su ayuda y, para abreviar una historia muy larga, el resultado es que puedo montar a caballo. Todavía no lo hago con la maestría de antes, pero al menos no me caigo. Todavía no he montado con perros, pero no creo que tarde mucho en hacerlo. Así que, tenías razón, Tubby, viejo amigo. Soy un hombre de suerte... Gracias a la señorita Farleigh.

Kate se relajó brevemente. Al menos le había dado a Jack algo bueno que recordar. Cuando supiera la verdad, tal vez sería menos duro con ella al recordar que lo había ayudado.

Los hombres se quedaron en silencio durante un buen rato. Fue Andrew el que rompió el silencio.

—¿Y dices que ya conocías a la señorita Farleigh, Francis?

—Sí — afirmó él —. Aunque me costó recordar dónde la había visto.

—¿Y dónde fue? —preguntó Andrew.

—En el sitio de Badajoz —anunció el coronel, fríamente. Kate abrió los ojos de par en par.

—¿Badajoz? No puedes hablar en serio. Expílicate, Francis.

—¿Quieres decir que esa muchacha estuvo en Badajoz? —Reiteró sir Toby—. Eso no es posible... Es decir, no había mujeres en Badajoz... bueno, mujeres sí había... pero no damas...

—Al menos había una dama, Toby, por lo cual mi tía Charlotte estará eternamente agradecida —dijo Francis.

—¿Tu tía Charlotte? —Bufó Toby—. No me irás ahora a decir que tu tía Charlotte estuvo en Badajoz. ¡Pero si nunca ha salido del país y casi nunca de Londres!

—Eso es cierto, amigo —admitió Francis, riendo—, pero, ¿recuerdas también a quién valora mi tía por encima de todo?

—¿A tu primo Arnold? —aventuró Andrew, después de un momento.

—Exactamente, a mi primo Arnold.

—¿De qué diablos estás hablando? —Preguntó Toby—. No comprendo por qué estamos hablando de los parientes de todo el mundo. Ya fue suficiente con la abuela de Jack, pero si ahora te pones a hablar sobre tu tía y tu primo Arnold... Me alegré de perderlo de vista después de lo de Badajoz, y no quiero volver a verlo ni a hablar de él...

—¿Qué le ocurrió a Arnold en Badajoz, Francis? —inquirió Andrew.

—Recibió un disparo o le hirieron de algún modo. Perdió el juicio y no dejaba de hablar incoherentemente sobre un ángel que lo había salvado o alguna tontería parecida.

Jack exclamó en voz alta.

—Es cierto, amigo —explicó sir Toby—. Nos volvió a todos locos con sus cuentos de un ángel. Para cuando lo enviaron por fin a casa, yo mismo estaba dispuesto a acabar el trabajo que un maldito francés había empezado y no había terminado.

—Sin embargo, Tubby, no fue ningún ángel —concluyó Francis—. Fue la señorita Farleigh.

Kate sintió que las rodillas estaban a punto de cederle.

—¿Cómo? —preguntaron los tres hombres, al unísono.

—Es cierto. La señorita Farleigh estaba allí con su padre y tenía por costumbre acudir al frente, a menudo muy cerca de la primera línea, y cuidar a los heridos. Entonces, se encontró con mi primo Arnold, que tenía una herida muy fea en el brazo que no dejaba de sangrar. Ella se la apretó con tanta fuerza que dejó de sangrar. El cirujano que lo curó al fin, dijo que ella le había salvado la vida. Sin ella, se hubiera desangrado.

Kate se apoyó contra la puerta, con los ojos cerrados. ¿Aquel pobre muchacho era el primo de Francis?

—Me dijo que su padre la tuvo confinada en una tienda durante una semana cuando estuvieron en Badajoz —dijo Jack, después de un rato—. ¡Dios Santo! Cuando pienso en las atrocidades...

—Y así lo hizo, según creo —afirmó Francis—. Después de que descubrió que había salvado a Arnold.

—Esa mujer es una heroína —dijo Toby, por fin.

—Es cierto —asintió Francis—. Y, por lo que yo sé, Arnold no fue el único hombre que salvó.

En la sala contigua, Kate se desplomó silenciosamente en la silla. Se sentía mareada del alivio que sentía. Afortunadamente, Francis no sabía el resto de su historia y la tenía por una heroína. Una heroína... Como se sentía muy cansada, salió silenciosamente y se marchó a su habitación.

—El ángel de Arnold... —susurró Toby—. No es lo que uno espera de una dama...

—Efectivamente —observó Andrew, admirado—. La mayoría de las damas se desmayarían solo con que les contáramos una décima parte de lo que ocurrió en esa guerra, y mucho menos...

Los cuatro hombres recordaron en silencio el horror vivido en Badajoz. Cómo las tropas sedientas de sangre habían perdido la razón después del largo sitio. Violaciones, pillaje... Era horripilante imaginarse a Kate en medio de todo aquello.

—¿Por qué estamos aquí, dejándonos llevar por la melancolía? —dijo Andrew, al cabo de unos minutos. Todos estamos aquí, sanos y salvos, bebiendo este excelente oporto y reunidos por fin. Y Jack, que ha vuelto de entre los muertos con las mejores noticias posibles.

—¡Efectivamente! —Exclamó Toby, levantando su copa—. ¡Brindo por el loco de Jack y la caza! ¡Todos juntos, por fin!

—Eso es —afirmó Francis—. ¡Por Jack y la caza! ¡Levantemos nuestras copas!

—Y por la señorita Farleigh —musitó Jack, levantando su copa. Los demás hicieron lo mismo y bebieron por Kate.

—Por la señorita Farleigh.

—Por el ángel de Arnold.

Capítulo 12

Mientras ponía la mesa para el desayuno, Kate bostezó. Había dormido muy mal, preocupándose por lo que tenía que hacer. No le agradaba la idea de marcharse de Sevenoaks, pero sería necesario. La llegada de los amigos de Jack le había demostrado lo fino que era el hielo sobre el que caminaba. Todos los amigos de Jack eran militares y llegarían más amigos a verlo, más soldados, atraídos por su compañía y por la caza. A medida que aumentaran las visitas, Kate tendría más posibilidades de que la reconocieran. Era solo cuestión de tiempo.

Sin embargo, si ella no estaba allí, no habría razón para que él hablara con sus visitas sobre ella y aquellas le contaran la historia de una muchacha de buena cuna que había estado viviendo en pecado con un oficial francés. Kate quería quedarse a su lado durante el resto de sus días, pero el precio que tendría que pagar si él descubría la verdad sería demasiado alto. Era mejor marcharse dejándole un buen recuerdo.

Al inclinar la cabeza para mirar la mesa, el casquete se le vino encima de los ojos. Probablemente ya no había razón alguna para llevar su disfraz, pero era mejor prevenir. Aquel casquete, que llevaban habitualmente las solteras, dejaría más clara su postura.

Finalmente, oyó voces masculinas que se acercaban al comedor y fue a la cocina a ultimar los preparativos para servirles un excelente desayuno. Tenía jamón curado casero y huevos frescos chisporroteando en una sartén, tostadas, una jarra de cerveza y un buen puchero de café, cuyo delicioso aroma llenaba el ambiente cuando Jack entró en la cocina.

—¿Qué diablos estás haciendo con esa cosa puesta?

—No sé de qué estás hablando y, si deseas conversar conmigo, te advierto que el desayuno está casi a punto. Ya estoy haciendo cuatro cosas a la vez y, si esperas que, además, hable contigo, te llevarás una gran desilusión. Por favor, espera en el comedor y yo iré enseguida con la comida. ¿Están ya todos abajo?

—¿Qué diablos estás haciendo con ese horror?

—No sé de qué me hablas —insistió ella—. No tengo tiempo para hablar contigo. Lo que quiero saber es a cuántas personas tengo que servir el desayuno. ¿Se han despertado ya todos tus amigos?

—Sí. ¿Por qué estás haciendo todo esto tú sola? ¿Dónde están esas chicas y ese inútil de Carlos? —aulló él.

—Te ruego que no me dejes sorda con tus gritos —susurró ella—. Carlos y las muchachas se han ido al pueblo para comprar suministros necesarios para la visita de tus amigos.

—¿Y tenían que ir todos? Estoy seguro de que con uno hubiera sido más que suficiente.

— ¡Jack! Si vas a venir aquí a discutir conmigo, puedes hacerlo si quieres, ¡pero no esperes tener un desayuno comestible al mismo tiempo!

Todo tenía un aspecto y un olor tan delicioso que Jack decidió que era hora de retirarse. Aquella decisión no tuvo nada que ver con su estómago, por supuesto. Además, tenía una responsabilidad con sus huéspedes. Eso era todo...

El desayuno llegó puntualmente. Los amigos de Jack saludaron inmediatamente a Kate como el ángel de Arnold. Ella se sintió aliviada. Todos la veían como una heroína, no como una ramera y una traidora, e insistieron en que Kate se sentara con ellos a desayunar.

Después de un rato, notó el odio con el que Jack le miraba el casquete. También se dio cuenta de que sus amigos se guiñaban un ojo cada vez que se apartaba el volante de los ojos, pero eran demasiado corteses como para comentar nada. Sin embargo, ella levantó la barbilla y no les prestó atención.

Francis empezó a hacer comentarios jocosos. Había notado el mal humor con el que Jack había vuelto de la cocina y percibía que había una batalla produciéndose en aquella mesa. Entonces, se dio cuenta de que Kate era perfecta para Jack.

Al terminar el desayuno, Kate se levantó y recogió los platos, mientras los hombres hacían planes para el día. Entonces, Jack murmuró una disculpa y la siguió a la cocina, algo que no pasó desapercibido para Francis. Dándose cuenta de que oír su conversación resultaría muy interesante, decidió seguirlos a la cocina.

— Y ahora, Kate, no tendrás más remedio que responderme. ¿Qué diablos es esa atrocidad que llevas en la cabeza?

— ¿Qué atrocidad?

— Esa cosa blanca.

— Es un casquete.

— ¡Sé perfectamente lo que es! A lo que me refiero es a por qué lo llevas.

— ¿Acaso no resulta evidente?

— Para mí, no. Eso es lo que suelen llevar las doncellas solteronas que empiezan a tener años que esconder. Tú no eres más que una muchacha y tienes el pelo demasiado bonito para eso.

— Eres muy amable, pero ya no soy una muchacha. Soy una solterona y, como tal, voy a llevar este casquete.

— Tú no eres una solterona, así que quítatelo enseguida y no te lo vuelvas a poner.

— Claro que soy una solterona y tengo intención de llevar este gorro, tanto si te gusta como si no — replicó ella, con las manos en las caderas.

— ¿De verdad?

Francis sonrió, sabiendo que el temperamento de su amigo estaba a punto de explotar. Al ver que Jack se acercaba a Kate con la intención de quitarle el casquete, el coronel decidió que era el momento de hacer su aparición.

—Por favor, perdonad que haya interrumpido. Os ruego que sigáis con vuestra conversación —dijo él, sentándose con toda intención de disfrutar del entretenimiento—. Creo que estabas a punto de intentar quitarle el casquete a la señorita Farleigh.

Kate miró a los dos amigos y empezó a sonreír. Francis tomó ejemplo de ella mientras Jack se mesaba los cabellos.

—Maldito seas, Francis —susurró, sin poder contener una sonrisa.

Al final, cuando la situación pareció haber mejorado, Kate se dispuso a marcharse.

—Por favor, perdonadme pero tengo cosas que hacer.

—Yo también —replicó él. Antes de que ella pudiera reaccionar, le arrancó el casquete de la cabeza y lo tiró a la chimenea—. Así está mejor.

—¡Maldito seas!

—Era una abominación y lo único que se puede hacer con las abominaciones es quemarlas. ¿No te parece, Francis?

—Perdone mi perfidia, señorita Farleigh —respondió el coronel—, pero, por mucho que yo deploro la agresividad de mi amigo, tengo que reconocer que ese casquete era efectivamente una abominación. Además, su cabello es precioso y no debería ocultarse nunca.

Kate se sonrojó. Entonces, Jack miró a su amigo con ojos entornados.

—Sí, bueno, creo que ya has dicho más que suficiente, Francis. Es hora de que te marches de aquí... ¿No es ese Toby llamándote?

—Debes de tener un oído maravilloso, amigo mío, porque yo no he oído nada.

Jack se limitó a sacarlo a empujones de la cocina. Allí, los dos amigos se encontraron con Lennox.

—¿No te parece, Jack, que hace una bonita mañana para salir a dar un paseo a caballo?

—Excelente idea —respondió Jack, de mejor humor.

Después de ir a buscar a Toby, los cuatro amigos se dirigieron a los establos. Era una fresca y soleada mañana, ideal para montar. Había retazos de niebla y restos de nieve por todas partes, esperando que los rayos del sol los fundieran. Los caballos también estaban ansiosos por salir y galopar a toda velocidad. Sin embargo, los tres amigos sujetaron bien las riendas de sus monturas, ya que no querían que Jack se excediera y se hiciera daño.

—¡Vamos, cobardes! —Exclamó Jack, dándose cuenta de la estrategia de sus amigos—. Os echo una carrera hasta lo alto de esa colina.

Cuando terminó de pronunciar aquellas palabras, hizo que su caballo saliera galopando a toda velocidad. Los otros lo siguieron inmediatamente y, después de una carrera alocada, llegaron a la colina muy acalorados y con la respiración entre cortada.

— ¡Dios, Jack! Nunca lo hubiera creído posible. Que me aspen si no montas tan bien como antes. ¡Es una maravilla!

— Me temo que no lo hago del todo igual —respondió Jack, con una enorme sonrisa. Entonces, estiró su pierna enferma y los otros vieron que hacía una mueca de dolor.

— Jack, no te habrás excedido, ¿verdad? —dijo Lennox.

— No, no... Bueno, tal vez un poco, pero no podía consentir que los tres me tuvierais envuelto entre algodones. Con el ritmo que me habíais puesto, me habría muerto de aburrimiento. Ahora, seguid, cabalgando, no os preocupéis por mí. Ahora iré un poco más despacio...

— Sí, id todos —afirmó Francis—. Yo me quedaré para acompañar a Jack. Tengo la cabeza algo delicada por lo de anoche y si vuelvo a cabalgar de ese modo, creo que se me caerá al suelo.

— Mi pobre Francis —dijo Jack, en tono burlón—. Siempre pensé que tenías la cabeza más dura de todas las personas que conozco.

— Bueno, tú tienes la ventaja de tener varios años menos que yo. Ya tengo treinta y cinco.

Tras la broma, los dos amigos siguieron cabalgando amigablemente. Después, lo hicieron en silencio, disfrutando de la mañana, absortos en sus propios pensamientos. Entonces, Francis se echó a reír.

— ¿Qué te pasa?

— Nunca pensé que te vería labrándote un futuro como sombrerero.

— ¿De qué diablos estás...? Oh, eso... Déjalo estar, ¿quieres?

— Estoy de acuerdo en que era un casquete bastante feo y que hacía que esa mujer tan hermosa pareciera un adefesio, pero tú te comportaste como si ella lo llevara deliberadamente para fastidiarte.

— Y así era.

— Entonces, ¿es eso?

— ¿El qué? Es solo la pupila de mi abuela, ¿recuerdas?

— Y, naturalmente, tú debes supervisar lo que se pone en la cabeza.

— Me la trajo esa vieja metomentodo de mi abuela. No me quedó más remedio que aguantarme.

— Ahh...

— ¡De ahh nada! —Le espetó Jack—. Has sumado dos y dos y te han salido cinco. Esa chica no significa nada para mí. ¡No es más que una maldita molestia, si quieres que te diga la verdad!

— Mmm.

— Maldito seas, Francis.

—Bueno, mi querido amigo —dijo su amigo, sonriendo—, ya que tú no tienes interés alguno en la señorita Farleigh, supongo que no tendrás ninguna objeción en que la corteje.

—¿Qué diablos quieres decir con esto? —Preguntó Jack, deteniendo el caballo—. No harás nada de eso. Ella es... la pupila de mi abuela.

—La cortejaría de un modo honorable, por su puesto... No creo que te puedas oponer a eso.

Jack tenía montones de objeciones, pero no se le ocurría nada que decir. Siempre que se había imaginado que Kate iría a Londres para casarse, se había imaginado que lo haría con un hombre entrado en años, que la mimaría y la ahogaría entre sus lujos, no con un hombre atractivo y mundano.

—¿Por qué diablos ibas tú a querer cortejar a alguien como Kate? Maldita sea, tú eres un conocido seductor.

—¿Cómo dices? ¿Y tú, Jack? Tú eres el hombre que puso a todas las madres en jaque para proteger a sus hijas. Ah... no... Tú sentaste la cabeza, ¿verdad? La divina Julia. ¿Qué le ocurrió? Sigues añorándola... Entiendo que la pequeña Kate, con lo encantadora que es, no se puede comparar con la hermosa Julia.

—Yo no la añoro en absoluto y te agradeceré e no menciones a Kate en la misma frase que a Julia.

—Entonces, ¿sigue la diosa ocupando tu corazón?

—¡Cómo te equivocas al llamarla diosa! No es que una arpía egoísta y superficial. Si crees por un momento que ella... ella... Si no sabes que Julia Davenport ni siquiera vale el dedo meñique de Kate Farleigh, en ese caso... en ese caso... No sé lo que eres...

—No necesitas convencerme —dijo Francis, sonriendo. Jack estaba respondiendo tal y como él esperaba—. Yo nunca fui uno de los admiradores de Julia, pero, no te olvides, que sí me gustaría cortejar a la señorita Farleigh con vistas al matrimonio.

—Nunca pensé que pudiera interesarte la hija e un vicario. ¿Cómo es eso?

—Bueno, llega un momento en la vida de un hombre en que siente que tiene que sentar la cabeza. Llevo buscando un tiempo, pero no me ha interesado ninguna de las posibles candidatas. Un hombre requiere asentar la cabeza con una mujer con la que se sienta cómodo. Una mujer sensata.

—Me parece que estás más interesado en tener una cómoda butaca como esposa —dijo Jack, amargamente.

—No, eso no es cierto. No considero que la señorita Farleigh sea una cómoda butaca para mí. Tal vez no te hayas dado cuenta de que es bastante guapa, con una boca más que deseable —afirmó Francis, para enojo de Jack—. ¿Y te has dado cuenta del hoyuelo que tiene? Casi nunca aparece, pero, cuando lo hace, resulta de lo más encantador. Si le añades a eso su dulce voz y deliciosa sonrisa, tienes en una mujer una serie de maravillosas características.

—Ya sabes que no tiene dinero —susurró Jack, que se estaba poniendo enfermo al imaginarse a Kate con Francis.

—No estoy buscando una esposa con fortuna.

—Entonces, ¿estás enamorado de ella?

—Claro que no, Jack. Un hombre no tiene por qué estar enamorado de su esposa para tener un feliz matrimonio. Mientras ella lo ame a él, todo saldrá perfectamente.

—¿Y tú crees que ella está enamorada de ti?

—No, querido amigo, todavía no —contestó Francis, muy complaciente—. Sin embargo, el lecho matrimonial se ocupará de eso. Para cuando hayamos terminado la luna de miel, ella estará enamorada de mí. Me han dicho que soy bastante buen amante y, además, tengo la intención de ser un marido amable e indulgente, algo que les gusta mucho a las mujeres. Me parece que la pobre Kate ha tenido muy poca indulgencia en toda su vida...

Al observar el rostro de su amigo, Francis creyó prudente ir a unirse con Toby y Lennox. Entonces, extendió la mano y le dio un suave golpe en la pierna a su amigo.

—Parece que te está molestando la pierna, amigo mío. ¿Por qué no te vas a casa? Ya nos reuniremos todos allí.

Incapaz de ocultar la sonrisa, Francis se fue galopando a reunirse con los demás, poniendo la mayor distancia posible entre ellos.

Jack se quedó mirándolo, con una mezcla de furia, pena y desesperación en el rostro. Era cierto. Francis sería un buen marido para Kate. Entonces, ¿por qué se sentía tan mal por dentro? Se sentía confuso. La razón le obligaba a admitir que Francis sería un buen amigo para cualquier mujer... pero no para Kate.

Al entrar en la casa, Jack se detuvo al oír voces desde el salón. Era Kate y un hombre que no pudo reconocer. Se dirigió rápidamente hacia el salón y vio a Kate sentada en el sofá, sonriendo encantada frente a un completo desconocido. Jack frunció el ceño al ver que el hombre le estaba agarrando las dos manos a Kate y que ella no trataba de soltarlas. Entonces, se volvió hacia él.

—¡Jack! ¿No es maravilloso? Te presento al señor Jeremiah Cole.

—Perdóname, Kate, pero no alcanzo a ver qué es tan maravilloso —replicó Jack, mirando al hombre con tal intensidad que le hizo soltarse de Kate—. ¿Quién es este hombre?

—Oh, lo siento —dijo Kate—. Tengo que reconocer que la llegada del señor Cole me ha trastornado un poco, haciéndome olvidar mis buenos modales.

Kate se levantó y el desconocido siguió su ejemplo. Era tan alto como el propio Jack e igual de corpulento, algo que no gustó al dueño de la casa.

—Jack, tengo mucho gusto en presentarte a un primo lejano mío, y hasta ahora completamente desconocido, Jeremiah Cole. Señor Cole, este es Jack Carstairs, mi...

—Kate es la pupila de mi abuela, lady Cahill. Kate y la señora Betts, su acompañante, se están ocupando de poner en orden mi casa. Muy pronto irá a vivir con lady Cahill para que mi abuela la presente en sociedad —explicara, para borrar la sospecha de la cara del recién llegado.

—Encantado de conocerlo, señor. He de reconocer que, cuando descubrí que mi prima había sobrevivido a los horrores de la guerra, me alegré mucho. Cuando llegué aquí y descubrí lo encantadora que es, me alegré aún más.

—Dígame, Cole. ¿Cómo descubrió el paradero de Kate? —Preguntó Jack, observando que el tipo había vuelto a agarrar las manos de Kate—. No hay muchas personas que sepan dónde está.

—El hombre de confianza de lady Cahill, Phillips, se puso en contacto conmigo. Mi padre, ya fallecido, era el administrador de las propiedades de los Delacombe. Todas las propiedades le fueron a él como único hombre vivo en la familia. Yo lo heredé todo hace dos meses —añadió, sonriendo muy pegajosamente a Kate—. Ya se imaginará lo contento que me puse cuando descubrí que no estaba solo en el mundo y que mi prima estaba sana y salva. Naturalmente, vine en cuanto me fue posible para verla y para darle mi pésame por la muerte de su familia.

—Ha sido muy amable de su parte, señor Cole.

—Por favor, señor Cole suena tan formal... Soy tu único pariente vivo, aunque sea algo lejano. ¿No podrías llamarme Jeremiah y permitirme que te llame Katherine?

—Kate es mucho mejor, Jeremiah —dijo ella. Entonces, su primo le besó la mano.

Jack contempló aquella escena, con el estómago revuelto. ¿No se daba Kate cuenta de que era un tipo grasiento y repulsivo? Tal vez fuera bien vestido y aceptablemente atractivo, pero era demasiado halagador para el gusto de Jack. Lo que no soportaba era que estuviera halagando constantemente a Kate y que no parara de besarle la mano, algo que a ella parecía gustarle.

—Entonces, usted es el heredero —dijo Jack, interrumpiéndolo antes de que el tipo pudiera besar otra vez la mano de Kate.

—Sí, claro, aunque no puedo evitar sentir cierto sentimiento de melancolía por encontrarme enriquecido por las pérdidas de otros, pero eso me recuerda que hay un pequeño legado para ti, Kate. Un legado especialmente femenino.

Cole sonrió y le entregó a Kate una caja. Ella la miró durante un momento, asombrada. Cuando la abrió, ahogó una exclamación de sorpresa y placer.

—Joyas... ¿Son de mi abuela?

—Sí. Te dejó un par de piezas como legado familiar.

Jack frunció el ceño. Recordaba que su abuela siempre había creído que Kate no carecía completamente de herencia familiar. Parecía que se había equivocado, dado

que en aquella caja no había mucho. Solo un collar de perlas y uno de granates, unos pendientes, un anillo y un par de broches.

De repente, se dio cuenta de que Kate se había quedado muy callada. Se dio cuenta de que, mientras miraba las joyas, se había puesto a llorar. Seguramente se sentía desilusionada por no haber recibido lo que seguramente esperaba, como diamantes, esmeraldas, rubíes... Silenciosamente, maldijo a todos sus parientes, por no haber pensado en ella.

Entonces, ella levantó el rostro y entre lágrimas, sonrió de un modo radiante.

—Gracias, primo Jeremiah, gracias. No sabes lo mucho que significa para mí que mi abuela me dejara estas joyas —susurró ella, muy emocionada. Entonces, se levantó y miró a los dos hombres—. Si no os importa, me gustaría mirar el legado que me ha dejado mi abuela a solas en mi habitación. Si me perdonáis... ¿Volveré a verte, Jeremiah? —añadió, extendiendo la mano.

—Claro. No creas que me volveré a esfumar, sabiendo que tengo una prima tan encantadora. Buscaré alojamiento en la ciudad más cercana y con tu permiso, volveré a visitarte mañana.

Kate asintió, encantada y se marchó del salón, abrazando la caja con todo su cariño. Jack se quedó mirándola, asombrado. Al verle la cara, uno hubiera pensado que le habían dado las joyas de la Corona y no una colección de baratijas. Kate nunca dejaba de sorprenderlo. No se parecía en nada a ninguna otra mujer que hubiera conocido.

—La puerta principal está por aquí —dijo Jack, viendo que Cole estaba muy satisfecho de sí mismo.

—Ha sido un placer conocerlo, señor Carstairs. Espero que nos podamos conocer mejor. Supongo que usted es uno de nuestros héroes de la península. Me encantaría poder hablar con usted sobre ello en un futuro.

Después de que el pegajoso primo de Kate se hubiera marchado, Jack decidió que necesitaba una copa y fue a la biblioteca para servirse una. Al ver a Kate allí, se detuvo en seco.

—Millie está fregando el suelo de mi habitación —dijo ella, a modo de explicación.

—Ese tipo ya se ha marchado —contestó él.

—Ha sido muy amable al venir desde tan lejos —comentó Kate—. Podría haberme enviado esto por correo.

—Pareces muy contenta de haberlo conocido.

—Sí. Es maravilloso descubrir que no estoy completamente sola en el mundo.

—Y no lo estás.

—Sabes que eso no es cierto, Jack. Al menos, no lo era hasta hace unos minutos.

—Tienes a mi abuela... —empezó él, deseando decir que a él también.

—Oh, lady Cahill es maravillosa, pero no es una verdadera pariente mía. Yo solo soy una obra de caridad que ella ha aceptado en memoria de mi madre. Eso es todo. Ha sido muy amable y generosa y yo se lo agradezco mucho, pero debes comprender que yo no soy nada para ella. Es diferente saber que hay alguien que es parte de tu familia, al que le perteneces...

—¡Tú no perteneces a ese idiota!

—Jack, te agradeceré mucho que hables con cortesía de mi primo en mi presencia. Ha demostrado tener un buen corazón al venir aquí desde Leeds para conocerme y darme las joyas de mi abuela.

—Solo son baratijas.

—Tal vez solo sean baratijas para ti, pero son las únicas joyas que yo poseo y pertenecieron a mi abuela, a quien nunca conocí —replicó ella, aferrándose a la caja—. Mi madre murió cuando yo nací y nunca la conocí. Lo único que me dejó fueron sus ojos y unas perlas, que tuve que vender para pagar nuestras deudas. No puedes comprender lo que significa para mí saber que mi abuela me recordaba, porque mi padre se enemistó con mis abuelos antes de que yo naciera y ellos nunca se pusieron en contacto con nosotros —añadió, con lágrimas en los ojos—. Tú dices que son baratijas, pero tal vez mi madre las llevó puestas de niña, ¿es que no te das cuenta?

Jack se pasó las manos por el cabello. Estaba furioso consigo mismo. ¿Es que siempre tenía que hablar antes de pensarlo? No había tratado de burlarse de aquellas joyas. Simplemente, había estado de mal humor, en primer lugar por lo de Francis y sus impertinentes planes para el futuro de Kate y, encima, se había encontrado a la muchacha sonriendo encantada a un tipo poco recomendable... ¡Era demasiado para él! Además, la pierna le dolía mucho, lo que era culpa suya, por tratar de presumir delante de sus amigos. Era mejor que recibiera un masaje antes de que empeorara aún más.

—¡Carlos! —Gritó, mientras subía las escaleras—. ¡Carlos!

Capítulo 13

— ¡Maldita sea, Francis! — Explotó Jack—. Al menos Tubby y Drew tuvieron la decencia de no quedarse más de la cuenta. ¿Es que no tienes nada más que hacer que quedarte en esta casa durante semanas, comiendo y viviendo a mi costa?

— En absoluto, mi querido amigo — respondió él, riendo—. Me gusta estar aquí. Aire fresco, hermoso paisaje... encantadora compañía — añadió, mirando hacia el jardín, donde Kate estaba paseando con Jeremiah—. ¡Ah! Y, por supuesto, por tener un anfitrión tan hospitalario. Haces que tus invitados se sientan tan bienvenidos...

— Uno no puede dar un paso sin tener que encontrarse contigo o con ese maldito Cole — gruñó, mirando un jarrón lleno de flores—. ¡Y esta casa está llena de esas hierbas apestosas! ¿Es que no tenéis ninguno de los dos nada mejor en lo que gastar vuestro dinero? No sé cuál es peor, si ese idiota, que se pasa todo el día alabando a Kate y besándole la mano hasta dejársela llena de babas o tú, echándole piropos constantemente como si fueras un maldito poeta.

— Me enorgullezco de mi talento poético. Y a la pequeña Kate parece gustarle.

— ¿La pequeña Kate? ¡Para ti la señorita Farleigh! Te agradeceré mucho que no trates a la protegida de mi abuela con tanta familiaridad, Francis.

— Ella me pidió que la llamara Kate, muchacho, y no me gusta contrariar los deseos de una dama.

Jack musitó algo ininteligible y se marchó de la biblioteca. Llevaba comportándose de un modo bastante antisocial con sus invitados desde hacía varias semanas sin tener razón para ello, o, por lo menos, sin tener razón que quisiera admitir.

Francis miró a la pareja que veía en el jardín. Su interés por Kate no oponía ningún peligro para Jack, aunque no se podía decir lo mismo del de Cole. Llevaba tres semanas yendo a visitar a Kate mañana y tarde, regalándole flores, libros, dulces, aunque no se sabía dónde encontraba flores en aquella época del año y en el campo. Evidentemente, aquel tipo debía de ser muy rico.

Francis frunció el ceño. A él tampoco le gustaba Cole, aunque por razones diferentes a las de Jack. Había una cierta insistencia que él despreciaba. Cole llevaba persiguiendo a Kate desde el momento que se conocieron, pero lo hacía con la insistencia y determinación de una mente calculadora en vez de enamorada. Su actitud posesiva con su «querida prima» resultaba más que irritante y Francis incluso sospechaba que Kate la encontraba incómoda.

Sin embargo, la hostilidad abierta de Jack para con él provocaba que a Kate le resultara difícil repeler la excesiva familiaridad de su primo, ya que todos sabían que Jack estaba esperando tener un motivo para impedirle que volviera a pisar en aquella casa. Cole era el único pariente de Kate y ella quería mantener una relación con él, aunque no le gustara la actitud posesiva que tenía para con ella. Francis suspiró y se sirvió otra copa de oporto.

—Mí querida prima...

Kate sintió que el alma se le caía a los pies. Llevaba tiempo sabiendo que aquello acabaría por producirse, pero no había podido disuadirlo de ningún modo. Tal vez sería mejor dejarle hablar y terminar con el asunto.

—...tal vez te has dado cuenta en estas pocas semanas de mi deseo, de mi ardiente deseo, de hacer que nuestra relación sea más íntima —dijo, tomando las manos de Kate entre las suyas, sudorosas como siempre.

—Jeremiah, estoy encantada de tenerte como primo...

—Pero yo no. Debes saber, Kate, lo que siento por ti —susurró, llevándose las manos de ella a su pecho. Kate intentó apartarlas, pero él las apretó con más fuerza—. Estoy enamorado de ti, Kate, loca, desesperadamente, y quiero que seas mi esposa.

—Jeremiah, es muy amable de tu...

—¿Amabilidad? ¡No se trata de amabilidad lo que siento por ti, querida mía! ¡Es amor! Quiero que seas mía. Tú estás sola en el mundo. Permíteme que te cuide, que te proteja, que te ame durante el resto de tu vida... Dame tu mano, dulce Kate...

—¡Pero Jeremiah! ¡Si me la has tomado tanto si yo quería como si no! —bromeó ella, tirando para soltarse de él. Él no la soltó. Se limitó a sonreír, casi con ira—. Por favor, suéltame, Jeremiah. Me estás haciendo daño.

—Y tú también me lo haces a mí al no responderme, Kate. Te he hecho una pregunta, una de las preguntas más importantes que se te harán en toda tu vida... ¿Quieres ser mi esposa?

—No, Jeremiah, lo siento.

—¡No me lo creo! —Exclamó él, soltándole las manos para agarrarla de los hombros—. ¡No me lo creo! Yo te amo y estoy seguro de que tú me amas a mí. Es así, ¿verdad, Kate? Estás bromeando... Eres muy traviesa, haciendo creer eso a tu Jeremiah —añadió, tomándola entre sus brazos.

Entonces, antes de que Kate se diera cuenta, le había plantado los labios firmemente sobre los de ella y la estaba besando con una determinación que la llenaba de repulsión, tocándola mientras trataba de meterle la lengua entre los labios.

De repente, se vio separada de él. Cuando logró recuperar el equilibrio por la violencia del movimiento, se dio cuenta de que Jack se había interpuesto entre ellos.

—¡Cerdo asqueroso! ¡Quítale las manos de encima! —Rugió, descargando un puñetazo que mandó al pobre Jeremiah contra unos arbustos—. ¿Cómo te atreves a abusar de una chica inocente, babosa cobarde? —añadió, mientras Jeremiah daba unos pasos hacia atrás—. Venga, basura. Una cosa es abusar de una mujer indefensa y otra enfrentarte con un hombre, ¿verdad? ¿Quieres someter a una inocente muchacha a tu lujuria desenfrenada? ¡Pues eso no ocurrirá en mi casa! Yo te enseñaré una lección de cómo tratar a una dama... Y no la olvidarás.

— ¡Jack, quieto! — Exclamó Kate, tirándole de la manga cuando ya se disponía a descargar su ira —. ¡No debes hacer eso! ¡No me ha hecho daño, Jack! ¡Solo me ha pedido que me case con él!

Al oír aquellas palabras, Jack se quedó atónito y se detuvo en seco. Entonces, se dio la vuelta para mirar a Kate, palideciendo al instante.

— ¿Cómo has dicho?

— Me ha pedido que me case con él.

— Entonces, por eso... — susurró él, dándose la vuelta —. Entiendo...

Se marchó sin mirar a ninguno de los dos primos. Kate lo observó con pena. Había visto tanto dolor en sus ojos... ¿Acaso creía que se iba a casar con Jeremiah? Quería correr tras él y decirle que había rechazado, pero tenía miedo de que, si lo hacía, su furia volvería a emerger dentro de él y causaría graves daños a Jeremiah. Dado que Jack le había parado los pies a su primo, se sentía con fuerzas para controlar ella misma la situación. Por muy enojada que estuviera con Jeremiah, no dejaba de ser familiar suyo.

— Creo que es mejor que te marches, Jeremiah. Siento que nuestra conversación haya terminado de este modo.

— Kate, debo decirte que estoy muy ofendido por el modo en que ese hombre me ha tratado. Me dan ganas de denunciarlo ante el magistrado más cercano, porque, evidentemente, se trata de un lunático.

— ¿Cómo te atreves a decir tal cosa? — Le espetó Kate —. Si quieres que te diga la verdad, creo que has salido bastante bien parado. Si yo hubiera sido un hombre, te hubiera tumbado a puñetazos. ¿Cómo te atreves? ¡Me impones tus besos y crees que puedes vencer mi rechazo con la fuerza bruta! Denúncialo ante un magistrado si te atreves, Jeremiah, y descubrirás que tú también tienes una denuncia... ¡Por intentar forzarme!

— ¡Venga, venga, Kate! — Replicó Jeremiah enseguida, al ver su reacción —. No quería... Estaba furioso. Creo que debes concederme el derecho a sentirme enojado por ser atacado tan violentamente, pero, por supuesto, si te molesta, no tomaré medidas judiciales contra ese hombre.

— Como ya te he dicho, siento mucho que todo esto haya terminado así — dijo ella, más tranquila —. Si te parece nunca más volveremos a hablar de este asunto.

— No, no, claro que no, pero, querida mía, me gustaría dejar acordado el asunto de nuestro matrimonio tan pronto como sea posible.

— Jeremiah — replicó ella con firmeza, sin poder creer que no recordara que la pelea se había iniciado precisamente por ese motivo —, todo esto ha ocurrido porque te negaste a escuchar lo que yo te decía. Lo siento, pero no me casaré contigo.

— Pero yo te amo.

— Entonces, siento decirte que no correspondo a tu amor.

— El amor puede crecer después del matrimonio.

— En este caso no — le espetó ella, harta de aquel asunto.

— No me importa si no me amas. Me casaré contigo de todos modos.

— Te he dicho que no deseo casarme contigo — insistió ella, dando un paso atrás al ver que él trataba de abrazarla de nuevo—. ¡Jeremiah! No me casaré contigo y lo digo muy en serio. Nada me hará cambiar de opinión.

— Eres tan tímida y tan dulce...

— ¡No es por timidez!

— Creo que es mejor que escuches a Kate — dijo una voz muy sosegada, a sus espaldas—. Mi amigo Jack ya te ha presentado el modo de luchar de los soldados de su regimiento, pero a mí me gustaría mostrarte también las técnicas que nos gustan a los fusileros — añadió Francis, empezando a remangarse—. Eso es, a menos que te disculpes con la señorita y te marches antes de que termine de remangarme.

Jeremiah contempló los fibrosos brazos del coronel. Ya tenía un terrible dolor de cabeza y un dolor en la mandíbula por el puñetazo de Jack. Jeremiah empezó a musitar palabras sobre la violencia que se le ofrecía a un hombre cuyo único delito era amar a una dama pero, al ver el brillo que Francis tenía en los ojos, susurró una disculpa y se marchó, casi echando a correr.

A pesar de lo cómico de la situación, Kate no tenía ganas de reír. Se sentía completamente deshecha. Ni siquiera le apetecía hablar de ello con Francis.

— Gracias — dijo, dándose la vuelta para marcharse.

— ¿Te encuentras bien?

— Sí, claro — respondió ella, tratando de sonreír—. Creo que solo necesito descansar un poco.

Entonces, se dio la vuelta y desapareció corriendo en dirección a su dormitorio.

Horas después, esa misma tarde, Kate bajó para supervisar la preparación de la cena. Jack había desaparecido, sin duda en dirección a la taberna y a Kate no le apetecía cenar a solas con Francis, por lo que comió en la cocina, con el resto de los criados. Era una ironía que, sabiendo que no podía casarse, se viera cortejada por dos caballeros...

Kate suspiró. Durante un tiempo la vida había sido muy agradable, pero todo había cambiado. Seguía sintiendo encima los ojos de Jack unas cien veces al día, pero en vez de protección y una cierta ternura, aquella actitud emanaba sospecha y desaprobación. Hiciera Kate lo que hiciera, él se ponía furioso, lo que la confundía y enojaba.

No tenía ni idea de las intenciones de Jack hacia ella. Sabía que sus besos la habían emocionado como nada de lo que había experimentado en toda su vida, pero sabía que no debía dejarse llevar por ese sentimiento. Aunque sintiera algo más que

deseo por ella, cualquiera con sentido común se daba cuenta de que él tendría que casarse con alguien de dinero.

Kate se preguntó la clase de hombre que había sido su padre para desheredar a su hijo de aquel modo. Si no hubiera estado jugando a las cartas el día que murió, Jack no tendría ningún lugar donde vivir. Por ello, debía enamorarse de una rica heredera, no de la pobre hija de un clérigo que no tenía más que el escándalo por dote.

—Señorita Kate, ¿va a leernos esta noche otro trozo de esa novela?

Mientras limpiaba la biblioteca, Kate había descubierto algunas de las novelas de Radcliffe, que su padre le había prohibido tajantemente de niña y a las que, previsiblemente ella se había aficionado. Cada tarde, mientras Martha y las muchachas cosían y remendaban, ella les leía un capítulo de las novelas. Últimamente, su audiencia había aumentado. Muy pronto, las hermanas y el hermano de Millie y Florence, cuando estas les contaban lo que acontecía en *Los misterios de Udolpho*, habían decidido que debían escoltar a sus hermanas a casa. Por eso cada tarde los hermanos Cotter, Martha, Carlos y los dos criados de Francis llegaban puntualmente a la cocina para cada episodio.

Como todos los días, Kate leyó durante una hora. Al terminar, su audiencia protestó y suspiró audiblemente.

—Señorita Kate —dijo Tom, el hermano de Millie y Florence—. Ese señor Montoni es un verdadero villano, ¿verdad? Nuestro padre siempre nos dice que no podemos confiar en los extranjeros —añadió, mirando a Carlos.

—Sí —replicó este, inmediatamente—. ¡Yo nunca confío en los italianos! ¡Nunca! Ese Signor Montoni es malo. Pobre señorita Emily.

Todos asintieron en voz alta. Las chicas se echaron a temblar y, mientras se marchaban, iban charlando de la historia.

—¿Vamos a la cama ya, querida? —le preguntó Martha.

—No, todavía no. Creo que me quedaré un momento aquí sentada, delante del fuego, pero tú vete a acostar —respondió Kate.

Poco a poco, todos se fueron deseando las buenas noches y, por fin, Kate se quedó sola.

—¿Cuántos más talentos escondidos tienes? —preguntó una voz, desde la puerta. Era Jack, medio oculto entre las sombras.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Unos veinte minutos. Estaban todos tan absortos en tu lectura que nadie se dio cuenta cuando vine a buscarte, así que decidí no molestar. Lees muy bien, pequeña Kate —dijo Jack. Kate se dio cuenta de que estaba borracho—. Eres una buena actriz.

—Estás bebido.

—¿Y qué si lo estoy? No es asunto tuyo lo que yo haga.

— ¿Dónde está Francis?

— Ahora es Francis, ¿eh? Veo que tienes un trato muy familiar con mis amigos. ¿Le has contado ya tus planes con ese grasiento patán?

— Por favor, no llames con nombres groseros a mi primo. Sé que no es de tu agrado, pero es el único pariente vivo que tengo, aunque sea algo lejano.

— Pero muy pronto tendréis una relación más íntima, ¿verdad? ¿Qué ha pasado con tus piadosas intenciones de no casarte? Basta con que un idiota te llene la casa de flores y de grasientos cumplidos para que todas tus decisiones cambien de la noche a la mañana. ¡Mujeres! —Exclamó con desprecio—. Tú eres igual que las demás. Con que un tipo les muestre la bolsa del dinero, se deshacen en dulzuras y arrumacos. ¡No puedo entender cómo puedes tener estómago para casarte con un ser tan repulsivo!

— ¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? —rugió ella—. No es asunto tuyo lo que yo haga o deje de hacer. Si deseo ver a mi primo, lo haré, si deseo abrazarlo, lo haré y, por último, si deseo casarme con él, lo haré también. ¡Eso no tiene nada que ver contigo! Además, ¿cómo te atreves a mancillar mi honor de esa manera? El dinero de una persona no tiene nada que ver con mi actitud hacia ellos. ¡Nada! A mí no me importa que Jeremiah sea rico o no. No tengo el más ligero interés en la economía de una persona. ¡Solo una persona vulgar pensaría que eso es importante!

— No puedes amar en serio a esa criatura tan despreciable...

— ¡Eso, Jack, tampoco es asunto tuyo!

— ¡Claro que lo es!

— ¿Por qué?

Los dos se miraron fijamente. Entonces, él la tomó entre sus brazos y, tras mirarla un momento más, la besó apasionadamente.

Fue un beso tormentoso, lleno de deseo y desesperación. Jack la agarraba con fuerza, pero Kate estaba demasiado perdida en sus sensaciones de placer como para darse cuenta.

Finalmente, cuando se separaron, se contemplaron durante unos segundos, respirando trabajosamente.

— ¿Qué has querido decir con eso?

Jack analizó aquellas palabras. Le había dado la oportunidad de repudiar a Cole, pero no lo había hecho. Nada había cambiado. Seguía prometida con aquel repugnante personaje. Jack decidió que haría cualquier cosa antes de exponerse para gratificar la vanidad de una mujer. Ya se había puesto bastante en evidencia. Veía que ella estaba esperando, que quería que dijera las palabras para poder echárselas a la cara. Kate no era diferente de las otras mujeres.

— ¿Que qué ha querido decir? Nada, mi querida Kate. Solo ha sido un agradable intercambio. Nada más. Ya te dije que tenías mucho talento —replicó, lamiéndose los labios sugerentemente.

— ¡Eres una bestia! —susurró ella.

— ¿Es que no lo sabías de antes? —preguntó él, riendo de un modo cruel—. Mi querida niña, yo hubiera creído que, siendo la hija de un clérigo, tu padre te habría avisado muchas veces de que los hombres son bestias. Por eso te gustamos tanto.

— Al contrario. Mi padre me enseñó a amar a toda la humanidad como él mismo hacía.

Al ver su expresión de dolor, Jack se arrepintió de sus palabras. Cuando extendió una mano para pedirle perdón, Kate no se dio ni cuenta.

Ella salió de la cocina sin mirarlo y se marchó a su habitación. Estaba a punto de apagar las velas, antes de meterse en la cama, cuando se dio cuenta de que no le había dicho que no se iba a casar con Jeremiah. Si por lo menos comprendiera que no iba a casarse... Además, ¿por qué había vuelto a beber? Con toda seguridad, no era porque pensara que ella había aceptado a su primo. ¿Por qué iba a hacerlo cuando no hacía más que animarla a que se fuera a Londres para encontrar marido?

Estaba tan cansada que no tenía intención de buscar las razones que explicaran el comportamiento de Jack. Probablemente volvería a besarla. Ella se sentía tan sola y tan triste que no haría nada para impedirlo, lo que sería fatal.

Ya había tenido demasiadas acusaciones de indecencia en su vida. No necesitaba más.

— ¿Has visto hoy a Kate? —le preguntó Francis a Jack.

— No —musitó él.

Estaba leyendo el periódico que le había enviado un amigo. Ni siquiera quería mencionar el nombre de Kate. Resultaba demasiado doloroso imaginársela casada con Cole. Sin embargo, no debía importarle por qué lo hacía, y así era. Por eso estaba leyendo las noticias.

Sin embargo, la pregunta de Francis no dejaba de bullirle en la cabeza y, asqueado, tiró el periódico. Entonces, cayó en la cuenta de que, efectivamente, no había visto a Kate en todo el día. Sin duda, estaba evitándolo de nuevo, después del enfrentamiento que habían tenido en la cocina la noche anterior.

— Probablemente está en la cocina —dijo Jack, levantándose para servirse una copa de madeira, pero la botella estaba vacía—. ¡Carlos!

Carlos llegó enseguida y se dispuso a ir corriendo a buscar una botella llena, pero antes, Francis lo detuvo.

— Carlos, ¿has visto a la señorita Kate?

— No, señor, se fue a dar un paseo en coche con el señor Cole esta mañana.

— Pero ya es bien entrada la tarde. ¿Estás seguro de que no ha vuelto?

—Sí, señor, porque Martha y las muchachas la esperan desde hace mucho tiempo —afirmó Carlos, antes de marcharse.

—Si quiere pasar todo el día con su prometido, es asunto suyo —afirmó Jack—. Está claro que no tiene preocupación alguna por su reputación.

—¿Su prometido? ¡Kate no está prometida!

—¿Es que se le ha olvidado decírtelo, Francis? Este grasiento patán tuvo la osadía de pedirla en matrimonio y la muy tonta lo aceptó.

—¿Cuándo fue eso exactamente?

—Ayer, en el jardín. Le sorprendí toqueteándola por todas partes, besándola. Y le di un puñetazo —recordó Jack, apretando los puños—. Ojalá le hubiera saltado los dientes, pero esa desgraciada me sujetó el brazo, gritándome que se iban a casar. Por eso, no me quedó más remedio que darme la vuelta y marcharme para dejar a la feliz pareja planear su boda.

—¿Es que no sabes que ella lo rechazó?

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es —afirmó Francis—. Yo estaba aquí mismo, en la biblioteca, cuando tú lo tiraste al suelo. Estaba a punto de salir al jardín, pero tú te adelantaste. Y te aseguro que ella no estaba disfrutando de ese contacto.

—Bueno, en ese caso, debió cambiar de opinión después.

—Ni hablar. Cuando tú te marchaste, ese tipo tuvo el descaro de seguir con sus pretensiones. Yo oí que Kate lo rechazaba, varias veces. La hubiera vuelto a forzar si yo no hubiera intervenido. Deberías haberle visto echar a correr por el jardín. Supongo que su cochero logró alcanzarlo cuando llegó a la verja de entrada.

Los dos hombres se echaron a reír.

—Entonces, ¿por qué diablos iba a ir ella a dar un paseo con él esta misma mañana? ¿Y por qué no ha regresado todavía? —Preguntó Jack—. Debo decirte, Francis, que anoche la interrogué y ella nunca negó que estuviera comprometida con Cole.

—Supongo que lo hiciste con tu habitual tacto, ¿verdad, Jack? —afirmó Francis. Jack hizo un gesto compungido—. ¿Discutiste con ella? El mejor modo de conseguir que una mujer no haga una cosa es presionarla para que haga lo contrario, especialmente una mujer con tanto carácter como Kate. Probablemente te dijo que estaba comprometida con Cole solo para echártelo en cara. Estoy seguro de que Kate no siente nada que no sea cariño familiar por ese hombre.

—Entonces, ¿dónde está?

Los dos se dirigieron a la cocina. Allí, Jack preguntó a Martha, Carlos y las muchachas por qué razón se había ido Kate con Cole a dar un paseo cuando no se habían separado amistosamente el día anterior.

—Vino esta mañana —dijo Martha, retorciéndose las manos—, con el rostro muy entristecido y un enorme ramo de flores. Le dijo que lo sentía y le pidió que lo

perdonara. Luego, la invitó a dar un paseo en coche, pero de eso hace mucho tiempo, señor. No es propio de la señorita Kate estar fuera tanto tiempo, especialmente a solas con un caballero.

— ¿Se llevó algo, Martha?

— ¿A qué se refiere, señor?

— A una bolsa de viaje, un neceser...

— No, señor, nada de eso. ¿No estará pensando que la señorita Kate se ha fugado con ese hombre? Esa no es mi Kate. Ella nunca haría eso. Conozco a esa muchacha desde que era un bebé, señor Jack, y no es su modo de ser huir a escondidas de las personas. Admito que tiene carácter cuando se enfada, señor, pero hacer algo como eso... ¡Nunca! Estoy muy preocupada porque no me agrada ese hombre. Además, ella debería haber regresado hace mucho tiempo. Encuéntrala, señor Jack — añadió la mujer, tirándole de la manga —. Encuéntrala.

— Carlos, ensilla mi caballo — ordenó Jack.

— Tal vez sería mejor llevar mi calesa, Jack — dijo Francis—. Tal vez tu pierna no lo soportará.

— ¡Maldita sea mi pierna! Un caballo es más rápido que una calesa. ¡Ensilla mi caballo, Carlos!

— ¡Y el mío! — añadió Francis.

— ¿Sabe alguien qué dirección tomaron?

— Señor, yo vi que el carruaje giraba hacia el norte al salir de la verja.

— ¿Al norte? — repitió Jack. Luego se volvió a mirar a su amigo—. ¿Estás tú pensando lo que yo estoy pensando, Francis?

— Sí. Ayer insistió mucho, parecía casi desesperado cuando ella lo rechazó. ¿Crees que sería capaz de forzarla?

— Si ese mal nacido le pone un solo dedo en cima, ¡juro que lo mataré!

Capítulo 14

La oscuridad estaba cayendo rápidamente cuando los dos hombres se acercaron a las inmediaciones de un pueblo. Francis frenó un poco su caballo, para obligar a Jack a que hiciera lo mismo. Jack había impuesto un ritmo brutal y, si no tenían cuidado, los caballos caerían exhaustos.

Jack tenía el rostro ajado por el dolor y la ansiedad. Había esperado atrapar a Cole mucho antes. Sabía que, cuanto más tardaran, menos probabilidad tendrían de alcanzarlos a tiempo y las consecuencias eran tan funestas que ni siquiera quería pensar en ellas.

Sus pesquisas habían revelado que Cole había cambiado su calesa por un carruaje cerrado y que iba en dirección norte. Los que los habían informado les dijeron también que llevaba a su hermana enferma con él. A partir de entonces, los dos amigos habían cabalgado furiosamente, preguntando en cada pueblo.

La luna había salido, iluminando con sus débiles rayos todo el campo. Francis miró a su amigo y vio que estaba desesperado y sufriendo lo indecible.

—Deberíamos descansar un poco, amigo, dejar que los caballos descansen un poco.

—¿Y dejarla un momento más de lo necesario en manos de ese canalla? La ha raptado para obligarla a que se case con él. Tardará al menos dos noches en alcanzar la frontera. Eso significa que quiere deshonorarla esta misma noche. ¿Crees que puedo descansar mientras ella esté en manos de ese loco?

—Estoy de acuerdo, Jack, no te tortures. La dirección parece indicar que va a Gretna, pero no tiene por qué forzarla esta misma noche.

Jack abrió la boca para protestar cuando algo le llamó la atención. Detuvo rápidamente el caballo y se puso a mirar hacia un sendero algo más apartado. Allí se veía la silueta de un carruaje. Estaba al lado de una pequeña casita. Tras intercambiar una mirada, los dos hombres se acercaron silenciosamente.

La casa era vieja y decrepita. Se veía que no había vivido nadie allí durante años. Los dos amigos desmontaron y fueron muy lentamente a mirar por una ventana. En el interior, iluminado por una vela, se veía a Cole, inclinándose sobre un camastro.

Sin esperar más, Jack y Francis abrieron la puerta de una patada. Cole se dio la vuelta, atónito y, al verlos, se quedó pálido como la muerte.

—Apártate de ella —dijo Jack, con un tono de voz que heló la sangre de Jeremiah—. Si la has tocado, aunque solo sea un pelo de la cabeza, eres un hombre muerto —añadió, mientras se acercaba al camastro. Kate parecía estar profundamente dormida, pero cuando Jack le puso la mano en la frente, parpadeó y gimió levemente—. ¿Qué le has hecho, canalla?

—Nada, nada. Lo juro por mi vida. ¡Lo juro! No está herida. Solo drogada.

— ¡Drogada! — exclamó Francis.

— Solo es un poco de láudano, lo juro. Es que se estaba resistie...

— ¿Resistiéndose eh, cerdo? — Preguntó Jack, agarrándolo del cuello antes de que pudiera terminar la frase —. ¿Tengo que preguntarte por qué se resistía?

Entonces, Jack le pegó un puñetazo en el estómago y, cuando se dobló para protegerse, le propinó otro en la mandíbula. Cuando lo tenía agarrado del pelo, sacudiéndolo como una rata, Jack exclamó:

— ¡Yo te enseñaré a secuestrar mujeres inocentes!

Con dos puñetazos más, Cole se derrumbó en el suelo, sangrando por la nariz.

— ¡Levántate, canalla! — rugió Jack, furioso —. Todavía no he acabado contigo. ¡Voy a matarte!

En aquel momento, Jack se abalanzó sobre él y lo agarró del cuello, dispuesto a estrangularlo. Cole se resistía, pero Jack era más fuerte. El rostro estaba empezando a ponerse morado cuando una ligera voz hizo que Jack se detuviera.

— ¿Jack...?

Él tiró a Cole al suelo como si fuera un montón de harapos y se acercó solícitamente al camastro. Mientras tanto, Jeremiah tosía y jadeaba como si fuera un pez sacado fuera del agua.

— ¿Estás bien, querida? — le preguntó, apartándole el pelo de la cara con infinita ternura.

— Jack... Me siento tan rara...

— No trates de moverte. Ahora estás a salvo — susurró él, tomándola entre sus brazos.

Kate se acurrucó contra su pecho y él empezó a besarla suavemente en el pelo y en la frente para tranquilizarla. Francis los observaba, con una tierna mirada en los ojos. Entonces, centró su atención en Cole. Sangraba profusamente de los cortes que tenía en la cara y por la nariz y la boca. Al verlo, lo miró con desprecio y abrió silenciosamente la puerta. Al ver una salida, Cole se puso rápidamente de pie y salió corriendo.

— Creo que no vas a tomar el carruaje — dijo Francis, al ver que Cole se disponía a montarse —. Lo necesitaremos para llevar a la señorita Farleigh a su casa.

— ¿Y cómo voy a volver yo a la mía? — gimoteó Cole. Era una noche muy fría.

— No tengo ni idea — replicó Francis —, pero cuando mi amigo se dé cuenta de que estás aquí, te buscará un cómodo alojamiento en forma de... ataúd.

Cole gimió horrorizado y se fue tambaleándose como pudo hacia la carretera, mirando constantemente detrás de él. Francis esperó hasta que hubo desaparecido y entró de nuevo en la casa.

Kate estaba acurrucada sobre el regazo de Jack. Parecía estar dormida. Los ojos de los dos hombres se cruzaron. Francis levantó una ceja, haciendo una pregunta

silenciosa y Jack asintió levemente. Entonces, Francis respiró aliviado. Estaba bien. Cole la había drogado, pero no había ejercido ninguna violencia sobre ella.

Al mirar a sus dos amigos, llegó a la conclusión de que ninguno de ellos podría viajar aquella noche. Kate estaba agotada y Jack casi no podría ni andar después de haber estado tantas horas a caballo.

— Me encargaré de los caballos —susurró Francis.

Jack no pareció oírlo. Toda su atención estaba puesta sobre Kate. Había sido tan necio... Había pensado que podría pasar sin ella, ver cómo se casaba con otro hombre... Imposible. Quería tenerla entre sus brazos durante el resto de sus días.

Kate se movió y se acurrucó contra él. Jack se imaginó lo que sería tenerla en su cama, en vez de en aquel camastro, y acariciarla y amarla para introducirla en las delicias de la pasión. Solo con pensarlo, sintió que su cuerpo reaccionaba, igual que lo había hecho tan frecuentemente en los últimos meses...

Ella tembló y se acurrucó contra él. Entonces, Jack se dio cuenta de que ella tenía frío. Llegó a la conclusión de que era el calor de su cuerpo, y no a él, lo que ella buscaba. ¡Qué necio! Rápidamente, Jack se quitó su abrigo y la cubrió con él.

A continuación, se movió cuidadosamente, colocándola hasta que él se pudo poner medio de lado, medio de espaldas, con el pequeño cuerpo de Kate acurrucado contra él. Entonces, se abrió la chaqueta y la camisa para poder taparla un poco más. Inmediatamente, ella le rodeó el torso desnudo con los brazos y se acercó más a él, rozándole la garganta con la boca.

Tratando de controlar la respuesta de su cuerpo, Jack se cerró rápidamente la camisa y la envolvió completamente con el abrigo para que estuviera bien protegida. Sin embargo, él se sentía a punto de explotar. Estaba dividido entre saborear aquella intimidad o batallar contra las sensaciones que estaba experimentando su cuerpo. Cuando ella se movió ligeramente contra su cuerpo, sintió una sensación como de descarga eléctrica. En silencio, apretó los dientes e hizo que su cuerpo obedeciera lo que le decía el cerebro. Se dijo que no era mucho mejor que Cole. Ella estaba drogada y no sabía lo que estaba haciendo. Debería estar protegiéndola, no teniendo ensoñaciones eróticas con ella como un animal. Entonces, se puso a mirar al techo y trató desesperadamente de pensar en otras cosas.

Estaba fracasando miserablemente cuando Francis volvió a entrar en la casita, con una carga de leña en los brazos. Rápidamente, limpió la chimenea y encendió un buen fuego. Jack sonrió, mirándolo con aprobación. A continuación, Francis volvió a salir para volver con varias mantas.

— Las encontré en el carruaje —dijo, tirándole una a Jack—. Y también te he traído otra cosa —añadió, sacándose del bolsillo una petaca de coñac.

— ¡Buen amigo! —Susurró Jack, tomando un gran trago—. Ya me siento mejor.

— ¿Te duele mucho esa pierna?

— No demasiado.

—Siempre fuiste un mal mentiroso, Jack. Toma otro trago. Va a ser una larga e incómoda noche. ¿Está bien?

—Sí. Solo tiene frío y sufre de los efectos de la droga... Cerdo... Supongo que dejaste que ese malnacido se marchara.

—No podía permitir que te acusaran de asesinato, amigo. Ya le diste una buena paliza y le dejé que se marchara. Hace mucho frío y tal vez no sobreviva. Si es así, no se pierde nada. Si sobrevive, ya ha sido castigado.

—No lo suficiente.

—Intenta dormir. Preocúpate de Kate, no de Cole. Yo dormiré en el carro para vigilar a los caballos.

La casita quedó en silencio, que se rompía ocasionalmente con el crepitar del fuego y el ruido del viento entre las ramas.

Kate fue la primera en despertarse a la mañana siguiente. Recobró lentamente la consciencia, con la mente todavía algo confusa. A pesar de un ligero dolor de cabeza y una fuerte sensación de hambre, tenía una extraña sensación de confort. Aspiró profundamente, moviendo la mejilla sensualmente contra la almohada. Entonces, se detuvo en seco. La almohada era... muy extraña.

Al abrir los ojos, vio que su almohada era el torso desnudo de un hombre. ¡Dios Santo! ¿Jack? ¿Se había acostado con Jack? Cuando miró a su alrededor, se dio cuenta de que no había visto aquel lugar en toda su vida.

La última vez que se había despertado sin recordar nada había sido cuando cayó en manos de los franceses. Poco a poco, empezó a vislumbrar retazos de lo que había pasado. Recordó haber discutido con Jeremiah y... beber un café muy amargo. ¿La había drogado su primo o acaso había perdido el sentido por otra razón? Era inútil. No recordaba. Tendría que esperar a que Jack despertara para tener respuestas.

Al mirarlo, sonrió ligeramente. Parecía tan joven y tan guapo. El sueño le había borrado la amargura del rostro. Suavemente, le acarició los rasgos de la cara y le alisó el cabello. Entonces, incapaz de resistirse, le rozó los labios con los suyos con la más leve de las caricias. Cuando él se movió, se quedó inmóvil y luego se relajó cuando Jack volvió a respirar con su anterior regularidad.

Contempló el amplio torso y se maravilló de que hubiera dormido allí toda la noche sin darse cuenta. Entonces, se inclinó y le besó la cálida piel, suavemente salada. Luego, fue dejándole besos por el pecho, como si fuera una ligera mariposa, por la garganta, por la mandíbula y de nuevo sobre los labios. Pasó largos momentos saboreándolo y acariciándolo, haciéndolo con dulzura para no despertarlo. Además, en el colmo de la osadía, le tocó los labios con la lengua. Jack gimió y se movió un poco, pero siguió dormido, dejando que Kate volviera a sus ilícitas exploraciones.

Kate sentía el corazón palpitándole. Sabía que no debía estar haciendo aquello, tumbada con un hombre, explorando su cuerpo como un ladrón en la noche. Sin embargo, no podía evitarlo. Nunca volvería a tener aquella oportunidad.

Contempló su rostro dormido, con el cuerpo palpitándole de deseo. Era tan guapo... Suavemente, le acarició el torso desnudo, maravillándose de la suavidad de su piel y del poder de los músculos de su pecho. Delicadamente, le tocó el vello, los pezones y terminó besándolos, sintiendo que él temblaba bajo sus caricias.

Entonces, levantó la cabeza, esperando ver señales de que se estaba despertando. Al volver a mirarle la boca, no pudo resistirse y volvió a besarlo, buscando esa increíble sensación que había experimentado cuando le había tocado los labios con la lengua.

Jack gimió suavemente al sentir de nuevo los labios de Kate sobre los suyos. No podía soportar más sin responder. Su cuerpo estaba inflamado de deseo. Anhelaba devolverle sus dulces caricias, tomarla entre sus brazos, llevarlos juntos hasta la cima del placer... Sin embargo, no podía ser. Era demasiado consciente de su situación. La sucia casita, el techo, el duro suelo... Además, Francis podría entrar en cualquier momento. Sería demasiado sórdido.

Cuando poseyera a Kate, deseaba que fuera perfecto. Sin embargo, por el momento, tomaría lo que pudiera. Y aquello le había venido en la forma de la más exquisita tortura que había experimentado nunca.

Se había despertado casi inmediatamente, en cuanto ella se había movido sobre su pecho, pero se había mantenido inmóvil. Había esperado que ella se apartara de él, por lo que las primeras caricias de Kate le habían tomado por sorpresa. Habían sido tan ligeras que no había creído que pudieran ser reales y había necesitado recurrir a todo su autocontrol para permanecer tumbado en vez de tomarla entre sus brazos. Nunca antes había permanecido inmóvil ante las caricias de una mujer.

Permaneció allí, en aquel sensual tormento, atesorando cada caricia, cada beso y comportándose como si tuviera la misma necesidad de un bloque de manera. Era eso o perder el momento en medio de una sórdida realidad.

Era tan dulce... Volvía a besarlo en los labios... Cuando la delicada lengua se introdujo entre sus labios y tocó dulcemente la suya, Jack no pudo reprimirse más y empezó a mover la suya, acompañándola en una danza ritual. Entonces, ella se apartó de él, presa de pánico y, suavemente, Jack le colocó la mano tras la cabeza obligándola a besarlo de nuevo. El beso fue largo, dulce e intensamente apasionado.

En el exterior, Jack oyó que Francis estaba preparando los caballos. Rápidamente soltó a Kate y se incorporó, mientras ella lo miraba con una expresión aturrida en el rostro.

—Buenos días, querida —susurró—. Es el mejor despertar que he tenido nunca.

Kate parpadeó y se sonrojó vivamente. Estaba casi tumbada encima de Jack, en la postura más indecente que hubiera soñado, con las piernas entrelazadas con las de él, los senos descansando sobre su torso desnudo... Rápidamente, se levantó y trató de estirarse frenéticamente la ropa, luchando con todas sus fuerzas por recuperar la

compostura. ¿Cuánto tiempo llevaba Jack despierto? ¿Se había dado cuenta de todo lo que le había hecho?

Muy avergonzada, se apresuró a adecentarse el cabello y la ropa, incapaz de mirarlo a los ojos y mucho menos de decir algo. A sus espaldas, oyó que Jack se estaba vistiendo también.

—Buenos días a todos. ¿Habéis dormido bien? —Exclamó Francis, entrando en la casa—. ¡Brrr! Hace un frío terrible ahí fuera. Creo que deberíamos marcharnos cuanto antes. Kate, querida, ¿cómo estás?

Ella murmuró algo ininteligible y salió de la casa, con las mejillas ardiéndole. ¿Francis también? ¿Quién más sabría su vergüenza?

Rápidamente, fue en busca de agua para lavarse. No pudo encontrar ningún río ni fuente y, como la noche había sido muy fría, el pequeño estanque que había al lado de la casa estaba helado. Kate trató de romper el hielo con una piedra, pero le resultó imposible. Entonces, se frotó un poco de hielo contra la piel hasta que se fundió. Luego, se secó la cara con la enagua y se recogió el pelo lo mejor que pudo. Cuando hubo terminado, regresó a la casa, temblando de frío.

Tanto Francis como Jack parecían estar listos, aunque no iban tan impolutos como era habitual en ellos. Evitó mirar a Jack a los ojos, esperando no volver a ruborizarse.

—Buenos días, caballeros —dijo, con una ligera sonrisa—. ¿Tenéis algo de comer? Estoy hambrienta.

—La dama tiene hambre, amigo —replicó Francis, sonriendo—. Eso no podemos consentirlo. ¿Qué os parece si paramos en la hostería más cercana para desayunar? Creo que hay una en el próximo pueblo, que podrá cubrir nuestras necesidades adecuadamente.

—Sí, perfecto —contestó Kate, con una sonrisa, aunque no miró a Jack.

—En ese caso, señorita, ¡te traeré tu carruaje enseguida! —exclamó Francis, haciendo una exagerada reverencia.

—¿Tienes que flirtear con él a estas horas de la mañana? —preguntó Jack, cuando Francis se hubo marchado.

—Yo no estaba flirteando.

Jack gruñó, para mostrar su incredulidad. Kate se dio la vuelta y volvió a salir al exterior. No había nada que ella pudiera hacer para cambiar su modo de pensar. Con el frío de la mañana, se echó a temblar. Para protegerse, se tapó el pecho con los brazos, pero se sobresaltó al sentir un pesado abrigo sobre los hombros.

—Toma. Ponte esto —dijo él, secamente.

—No, no, no lo necesito...

—No seas estúpida —rugió, poniéndose delante de ella para abrocharle los botones.

Cuando terminó, fue a ayudar a Francis con los caballos. Kate notó que cojeaba ostensiblemente y que las líneas blancas que marcaban su dolor parecían más profundas de lo que lo habían estado en meses. Por rescatarla de su primo, se había hecho más daño. Hubiera querido consolarlo, pero no pudo hacerlo.

Por fin, llegó Francis con el carruaje. Había atado los dos caballos detrás de la comitiva. Kate se subió al carro y esperó mientras los dos amigos discutían sobre quién iba a conducir. Al final, Jack cedió, pero insistió en sentarse con Francis en el exterior.

—No seas ridículo, hombre —replicó Francis—. No tienes la pierna en condiciones para subirte aquí, además, no tienes abrigo. Ahora, cállate y métete dentro antes de que Kate piense que no te gusta su compañía.

Kate tragó saliva. Francis había hablado en broma, pero había dado en el clavo. Jack no quería estar en el carruaje con ella. Sin decir ni una palabra, Jack se montó y se sentó, poniéndose a mirar por la ventana.

Viajaron la breve distancia en absoluto silencio. Cuando llegaron a una posada, el posadero los miró con sospecha, contemplando las ropas arrugadas de todos y los rostros sin afeitar de los dos hombres. Además, Kate llevaba el pelo algo suelto, por lo que se sabía lo que el hombre estaba pensando.

—Dos habitaciones, posadero —dijo Francis—. Una para mí y para mi amigo y otra para mi... hermana.

Kate se sonrojó al ver el gesto del posadero. Evidentemente, no se creía nada de aquel cuento y la estaba tomando por otra clase de mujer. Por ello, Kate levantó la barbilla, llena de orgullo.

—Mi esposa quiere agua caliente y una doncella que la ayude —rugió Jack—. Su doncella y nuestro cochero resultaron heridos en el accidente que tuvimos anoche. No tenemos tiempo que perder, posadero. ¿Tendrá el desayuno preparado en cuarenta minutos? ¡Ah! Y también agua caliente para mi amigo y para mí, junto con útiles para el afeitado.

El posadero respondió rápidamente a las órdenes de Jack. Llamó a su esposa para que fuera a ayudar a Kate y se mostró tremendamente obsequioso.

Kate parpadeó. ¿Su esposa? Era lo mismo. Aquello solo era un cuento para proteger su reputación. Se limitó a seguir a la esposa del posadero hasta su habitación.

Después de un delicioso, aunque no muy alegre desayuno, durante el que Francis y Kate charlaron mientras Jack permanecía en completo silencio, partieron de nuevo. Pasaron milla tras milla en el más incómodo mutismo. Aquella situación continuó hasta que el paisaje se hizo más familiar.

—No tenías por qué haberle dicho a ese hombre que yo era tu esposa. Creo que con lo de la hermana de Francis fue más que suficiente.

—Ya me parecía a mí —dijo él, pensando que ella prefería haber pasado por la hermana de otro. ¿Es que lo de aquella mañana no había significado nada para él?

— ¿Qué es lo que quieres decir con eso?

— Bueno, después de lo de anoche, te tendrás que casar con uno de nosotros, y, como dormiste entre mis brazos, podría ser yo el elegido.

Kate se quedó pálida. Así que estaba pensando que ella lo había atrapado para casarse con él.

— No veo que haya necesidad alguna de casarse. Después de todo, no ocurrió nada.

Jack se quedó asombrado. ¿Cómo podía decir que no había pasado nada entre ellos? Él todavía podría sentir los suaves besos sobre su pecho...

— El hecho es que se sabe que te secuestró un hombre y que luego pasaste la noche en compañía de otros dos, con los que no tenías ninguna relación. No te queda elección. Si no puedes casarte conmigo, tendrás que hacerlo con Francis y estoy seguro de que eres bien consciente de ello. Él estará encantado de hacerlo y es mejor partido. Los dos lo sabemos.

— No hay necesidad de ser tan horrible, como tampoco la hay de que yo me tenga que casar con ninguno de vosotros. De hecho, no pienso casarme con nadie, como ya te he dicho anteriormente...

— Tus intenciones ya no cuentan. El hecho es que tu reputación está hecha trizas y no te queda más elección que casarte con uno de nosotros. Yo, al menos, conozco cómo piensa el mundo, aunque tú no lo sepas.

— ¡En ese caso no sabes nada en absoluto! Mi reputación no puede verse destruida por los acontecimientos de anoche. ¡No se puede destruir algo que ya llevaba meses hecho pedazos! Y créeme, Jack, mi reputación estaba por los suelos desde hace tiempo.

— No seas ridícula. Tenías a la doncella de mi abuela y luego a Martha contigo todo el tiempo. Tal vez fuera poco ortodoxo que vivieras en mi casa, pero tuviste siempre una carabina... ¡Mi abuela se aseguró bien de eso!

— El daño estaba hecho desde mucho antes de que conociera a tu abuela — susurró ella.

Kate sintió ganas de vomitar. Había esperado de todo corazón no tener que volver a contar aquella historia. Sin embargo, no permitiría que Jack se sacrificara por una reputación que no existía. Él necesitaba casarse con una dama sin pasado, que pudiera llevar su inocencia al matrimonio. Inocencia y riqueza, cosas de las que Kate carecía.

Antes de poder empezar a hablar, Kate se echó a temblar. Se sentía tan vulnerable como un animal marino al que hubieran sacado del mar.

— Te lo explicaré, pero antes debo pedirte que no hagas ni digas nada, ni mientras te esté contando mi historia, ni especialmente después. Me resulta muy difícil tener que decirte esto, pero no me queda elección. Si me miras, o me tocas o dices algo, me... Bien. Debes prometerme que guardarás silencio.

— ¿Y si no te lo prometo?

—Si no, aunque te lo diré de todas formas, será mucho peor y más doloroso para mí.

—Entonces, lo prometo.

Kate respiró profundamente y miró el paisaje que se vislumbraba desde la ventana. Envuelta en aquel enorme abrigo, le contó los detalles de sus últimos meses en España y Portugal, sin omitir nada.

Jack permaneció inmóvil, mirando con una apasionada intensidad el perfil de Kate. Deseaba tomarla entre sus brazos, besarla para apartar el dolor y la angustia, pero no podría hacerlo. Se lo había prometido. Al ver el coraje con el que afrontaba aquella oscura parte de su vida, admitió que era una mujer maravillosa, valiente y hermosa.

Kate acabó su relato justo cuando llegaron a Sevenoaks.

—Así que, como ves, no hay necesidad de que tú, ni Francis, ni nadie, tengáis que poneros a salvaguardar mi reputación. No se puede salvar lo que ya se ha perdido.

Jack extendió una mano hacia ella, pero Kate se apartó de él. Francis, desconocedor del drama que había ocurrido entre ellos, saltó del carruaje y abrió la puerta. Kate salió rápidamente y se metió en la casa. Francis la miró asombrado y luego se volvió a mirar a Jack, contemplando el rostro descompuesto de su amigo.

—Venga, compañero —dijo Francis, suavemente—. Te echaré una mano.

Mientras Jack subía cojeando los escalones de entrada a su casa, un elegante carruaje entró por la verja de su jardín. Jack lo reconoció enseguida. Era el de su abuela. Cuando se detuvo, un hombre desconocido se bajó y se acercó rápidamente hacia ellos.

—¿Señor Carstairs?

—Sí.

—Me llamo Phillips. Tengo el honor de ser el abogado de lady Cahill y he venido con unas noticias muy importantes para la señorita Farleigh, que, según tengo entendido, está aquí.

—Efectivamente —respondió Jack—, pero me temo que no podrá recibirlo inmediatamente. Está... algo indispuesta. Por favor, entre conmigo y yo haré que le preparen algo de comer. Estoy seguro de que, después de su viaje, lo necesitará.

Capítulo 15

— Es una rica heredera, ¿verdad?

Jack ya no se pudo contener. Había esperado hasta que Francis y él se hubieron cambiado y hubieron servido un tentempié al señor Phillips.

— Sí, señor, efectivamente, aunque no puedo decir nada más hasta que no haya informado a la señorita Farleigh del asunto. Pero, efectivamente, son unas noticias estupendas.

— Según mi abuela, los abuelos de Kate Delacombe eran extremadamente ricos. Sin duda, debieron dejarle un legado — le explicó Jack a Francis.

— Estoy segura de que eso alegrará a Kate. Esa muchacha se merece algo de buena suerte — dijo Francis.

— Un momento — comentó Jack —, pensé que todo el dinero había ido a parar a ese primo suyo.

— ¿Qué primo es ese? — Preguntó el señor Phillips, frunciendo el ceño—. He investigado el asunto y, que yo sepa, no hay ningún pariente vivo.

— Es un tipo llamado Cole.

— ¡Cole! Ese no es su primo — rugió Phillips—. ¡He enviado comisarios a que lo capturen!

— ¿Cómo? — preguntaron los dos hombres, asombrados.

— Bueno, si es el mismo hombre, un tal Jeremiah Cole, es el abogado que sorprendí con las manos en la masa, por así decirlo. Se me escapó hace unas pocas semanas y desapareció.

— ¡Dios santo!

— Ese tipo ha estado surtiéndose discretamente de los fondos de los Delacombe desde que su padre, el anterior administrador, murió.

— ¿Quiere decir que ese canalla ha estado apropiándose del dinero de Kate? Y que no es pariente suyo?

— Efectivamente — respondió el señor Phillips —, pero, ¿cómo lo conocen?

Jack intercambió una mirada con Francis. Aquella explicación dejaba muy claro el motivo de Cole para secuestrar a Kate. Si hubiera conseguido casarse con ella, todo el dinero le hubiera pertenecido.

— Estuvo aquí — dijo Jack —. Se hizo pasar por el primo de la señorita Farleigh y luego intentó casarse con ella. Deberías haberme dejado que lo matara — añadió, mirando a Francis.

— Los comisarios lo arrestarán. Lo colgarán o, al menos, lo meterán en la cárcel.

— Eso si lo atrapan.

— Oh, lo atraparán — aseguró Phillips —, de eso no me queda la menor duda.

—Espero que no haya conseguido esquilmar la herencia de la señorita Farleigh —comentó Francis.

—No, no. Afortunadamente, la mayor parte de la herencia está muy controlada, así que no pudo tocarla. Lo que ha conseguido llevarse es muy poco, un hecho con el que supongo que él contaba. Si no, los herederos lo habrían descubierto.

El corazón de Jack dio un vuelco. Kate era rica. Inmensamente rica. Ya no se quedaría más tiempo en Sevenoaks. Con una fortuna tal, no necesitaría a nadie ni a nada.

—Supongo que el hecho de que usted llegar en el carruaje de mi abuela significa algo —dijo Jack, tristemente.

—Sí. Ha sido muy amable por parte de Milady. Tengo que llevarme a la señorita Farleigh a Londres en cuanto sea conveniente. Lady Cahill tiene grandes planes para ella.

—Estoy seguro de ello...

—Tal vez la señorita Farleigh tendrá su propia opinión al respecto —sugirió Francis—. Tal vez no desee marcharse.

—¡Cómo no va a desear marcharse! —Exclamó el señor Phillips, atónito—. ¿Quién no va a desear vivir en una lujosa casa en Londres, ir a los bailes y al teatro...? ¿Por qué no iba a querer?

—¡Claro! ¿Por qué no? —Murmuró Jack—. Ahora, si me disculpan, tengo que subir para que mi criado se encargue de esta pierna.

Subió las escaleras con dificultad. Entonces, se detuvo frente a la puerta de la habitación de Kate y permaneció allí unos minutos. No importaba el dolor. Sabía que media hora de masaje y una botella de coñac era todo lo que necesitaba para curarse.

Sin embargo, ninguno de esos dos remedios servirían para mitigar el dolor de su corazón, sino más bien para intensificarlo. Le recordarían cuando Kate le dio el primer masaje, cuando le tiró todo su coñac al cubo... Nunca olvidaría el gesto que tenía en el rostro aquella noche... ni lo que ocurrió después.

A pesar de todo, tenía que dejarla marchar. Ella no tenía ningún futuro con él, y mucho menos desde que se había convertido en una mujer rica. Afortunadamente, no le había hablado de amor. Aquello sería siempre su secreto. Le hubiera dado una casa, una familia...

Ya ninguna de esas cosas tenía importancia. Ya no necesitaba casarse. Podía elegir su futuro. Se iría a Londres y elegiría. Maldijo la fortuna de los Delacombe, al señor Phillips... Si aquel abogado no hubiera llegado con la noticia justo en aquel momento, tal vez Jack hubiera conseguido que se casara con él. Y no habría perdido el tiempo. La hubiera llevado al altar al día siguiente.

Sin poder evitarlo, pegó la oreja a la puerta y escuchó. Nada. De mala gana, se fue hacia su habitación. Vio que había flores en una de las mesitas del pasillo. Eran unas florecillas azules entre una masa de ramas verdes. Al inclinarse para olerlas, comprobó que olían al pelo de Kate. Aquello debía de ser romero. Tomó una ramita

y, tras aplastarla entre sus dedos, aspiró la fragancia. En aquel momento, Carlos llegó a su lado.

—Carlos —dijo él, mientras se metía una ramita de romero en la camisa.

—Sí, señor.

—Haz algo con esa maldita pierna, ¿quieres?

—Enseguida, señor.

Mientras Carlos bajaba por el aceite para el masaje. Jack empezó a quitarse el abrigo. Entonces, se detuvo y volvió a salir al pasillo y miró el jarrón. Con mucho cuidado, lo levantó y lo colocó al lado de su cama, donde pudiera recibir los rayos del sol por la mañana.

—No, es muy amable por parte de lady Cahill, pero ahora que soy capaz de mantenerme, no hay necesidad de que vaya a Londres.

—Pero la señora insistió mucho —le decía el abogado, tratando de contener la frustración que tenía en la voz.

La heredera estaba resultando ser bastante difícil. Había intentado persuadirla de todas las maneras que se le había ocurrido, haciéndole ver todas las cosas maravillosas de las que podría disfrutar, como las tiendas, teatros, conciertos.... pero no había servido de nada.

El señor Phillips miró a Jack. El nieto de lady Cahill había observado toda la discusión con los brazos cruzados y con aspecto irónico y malhumorado. Y no había dicho ni una sola palabra. El abogado se sentía bastante contrariado, ya que había deseado de todo corazón poder rescatar a aquella joven de su miseria y devolverla a su legítimo lugar. Sin embargo, le había dado la impresión de que, al conocer que disponía de una inmensa fortuna, la joven había reaccionado como si tuviera otros pensamientos en la cabeza. Cuando intentó convencerla de nuevo, sus palabras se vieron interrumpidas por la profunda voz de Jack Carstairs.

—Ya he tenido bastante de esa tontería, Kate. Te vas a marchar a Londres sin discusión. ¡Carlos! —gritó, acercándose a la puerta.

—¿Si, comandante Jack?

—Dígale a Martha que meta las cosas de la señorita Farleigh en ese carruaje en menos de una hora. El señor Phillips y ella acompañarán a la señorita Farleigh a Londres, a la casa de mi abuela.

—¡Ella no hará nada de eso! —exclamó Kate, mirándolo por primera vez.

—No, claro, tienes razón —replicó él—. Carlos, dile a Martha que prepare solo lo que la señorita Farleigh y ella necesiten para el viaje. Ya comprarán ropa nueva en Londres... Ah, y haz que las muchachas les preparen una cesta con comida y agua, por si la señorita Farleigh tiene apetito durante el camino.

—¡No harás nada de eso, Carlos!

— Lo siento, señorita, pero debo obedecer al comandante Jack.

Él se echó a reír al ver el gesto de furia que ella ponía.

— Veo que todavía sigo siendo el que manda en mi casa.

— ¡Sí, pero no mandas en mí y me niego a obedecerte!

— Yo no te estoy pidiendo que me obedezcas.

— Yo... no entiendo.

— Te lo estoy diciendo. Estás en mi casa y yo elijo quién está dentro de ella. Sabes perfectamente que accedí de mala gana a tenerte aquí. Bien, ahora ya no hay razón alguna para que te quedes. Te vas a marchar a casa de mi abuela y lo harás hoy mismo, aunque tenga que meterte yo mismo en ese carruaje, ¿me comprendes, Kate? — concluyó, como si le estuviera dando órdenes a un soldado.

Kate se quedó atónita y luego se dio la vuelta. Solo Jack vio la expresión de su rostro. Le costaba mucho haber visto aquella expresión tan herida en su hermosa cara. ¿Qué diablos creía que iba a hacer lady Cahill con ella? ¿Torturarla?

Aquella era la oportunidad con la que soñaban muchas jóvenes. Jack sabía lo que la detenía, pero su abuela se ocuparía enseguida de todo.

Un escándalo en el pasado no significaba nada comparado con su gran herencia. Kate encontraría que tenía maridos entre los que elegir. Solo los más retrógrados le pondrían peros a su virginidad perdida. Además, no era que ella hubiera hecho algo malo. Kate era honrada de pies a cabeza.

Jack decidió que era mejor acabar con el asunto cuanto antes. Odiaba las despedidas largas y no sabía cuánto tiempo más podría soportar tener que verla con ese gesto en la cara. Por añadidura, lo último que Kate necesitaba era verse unida a un lisiado. Con su fortuna la esperaba un futuro más que brillante por delante en el que él no tenía cabida.

— En ese caso, nos reuniremos todos en el vestíbulo digamos dentro de una media hora para despedirnos. Estupendo — dijo Jack. Después, salió del salón, dejando atónitos a todos los presentes.

— ¡Qué tipo tan espléndido! — Exclamó el señor Phillips, después de un momento —. ¡Qué decisión! ¡Qué capacidad para dar órdenes! Estoy seguro de que fue un excelente oficial. Se parece más a su abuela de lo que yo había pensado.

El carruaje fue saltando con los baches del camino. El señor Phillips había reservado habitaciones en una posada pensando en el viaje de vuelta y estaba deseoso de llegar a su destino antes de que oscureciera. Kate, agarrada a una de las cintas, miraba por la ventana, aunque sin ver el paisaje. Se sentía desolada y destrozada. No dejaban de caerle lágrimas de los ojos.

Cuando Harry la abandonó, pensó que nunca volvería a sentirse tan herida, pero se había equivocado. Aquello le resultó mil veces más doloroso. Había amado a

Harry con el corazón de una adolescente. A Jack lo amaba con el corazón y el alma de una mujer.

Sin embargo, todo aquel amor había sido una equivocación. Jack la despreciaba. Se había armado de valor, le había contado todo sobre Henri, esperando que a él no le importara. No había esperado que renovara su oferta de matrimonio, aunque la esperanza siempre había existido. Lo único que había esperado era que él comprendiera por qué no deseaba ir a Londres con su abuela, por qué nunca se casaría. Había esperado que la dejara quedarse con él, vivir en aquella casa... Sin embargo, tras oír su historia, le había ordenado que hiciera las maletas y se marchara. No había perdido el tiempo en deshacerse de ella. Se había despedido como si Kate fuera una completa extraña y ni siquiera la había mirado a los ojos al decirle adiós.

Le resultaba casi imposible reconciliarse con el cambio que se había producido en Jack. Solo veinticuatro horas antes, se había despertado entre sus brazos. Aún en sueños, sus poderosos brazos la habían protegido de todo mal. Había saboreado su piel, le había robado un beso... La gloria de aquel secreto se había convertido en pasión y entonces, cuando él se despertó y la miró con sus preciosos ojos azules, fue uno de los momentos más hermosos de su vida.

En aquel momento, milagro de milagros, ella había creído que él también la amaba. Su castigado corazón creyó haber encontrado un lugar en el que refugiarse. Se había permitido soñar que aquel sería el modo en el que se despertaría todas las mañanas durante el resto de su vida...

¿Qué había hecho que él la rechazara? ¿Su comportamiento en la casita? ¿El hecho de que creyera que los rumores de Lisboa eran ciertos? ¿Qué ironía! Kate nunca se había sentido presa de la lascivia en toda su vida a excepción de con Jack, pero, ¿cómo iba él a saberlo?

La crueldad de su rechazo le quemaba la carne como si fuera ácido y, sin embargo, no podía olvidar aquel momento de gozo. ¿Habría sido más fácil si nunca hubiera sabido lo que era estar entre sus brazos? Tal vez, pero por lo menos sus sueños tendrían material para sostenerse durante los tristes años que la esperaban.

El pasado era un océano de dolor. El futuro la esperaba expectante. Decidió tomárselo poco a poco, viviendo día a día. Decidió que, a pesar de todo, exprimiría al máximo sus oportunidades y aprovecharía lo que la buena sociedad le podría ofrecer. Tarde o temprano, su secreto se sabría y tendría que marcharse de la ciudad, aunque ya no podría hacerle ningún daño si ella no lo permitía.

No haría amistades que no soportaría ver truncadas. Pensaría siempre en su bienestar como algo temporal. De ese modo, cuando llegara el momento de marcharse, lo podría hacer sin sufrimiento. Decidió que, para cuando llegaran a Londres, todas sus barreras estarían firmes y bien colocadas. Cuando tuviera que marcharse, lo haría y empezaría su vida en otro lugar. Al menos aquella vez, con una fortuna más que sustancial, no pasaría privaciones, en el aspecto físico.

De repente, notó que tenía muy frías las manos. Tras abrir su bolsa de viaje, sacó un par de guantes de piel de caballero. El día anterior, Jack había notado que tenía las manos frías y se los había dado. Kate se había olvidado de devolvérselos.

Metió sus pequeñas manos en los enormes guantes, consolándose por el tamaño y el aroma que despedían. Se colocó una mano en la mejilla, la otra sobre el corazón y cerró los ojos. Finalmente, gracias a los guantes de Jack, Kate pudo dormir un rato.

—Qué tranquilo está todo, ¿verdad? —murmuró Francis.

Kate se había marchado hacía una semana. Desde aquel día, Jack se había pasado el tiempo montando a caballo salvajemente, llevándose hasta el límite, galopando como si los demonios estuvieran persiguiéndolo. Por las tardes, se emborrachaba. Francis lo había acompañado en todo, comprendiendo su necesidad de purgarse del exceso de energía y de borrar el rostro de Kate de su memoria.

—Tengo algo que decirte, amigo, y no creo que te guste. Sin embargo, lo voy a decir de todas maneras.

—Estás borracho —dijo Jack.

—Sí, probablemente, lo mismo que tú, pero te lo voy a decir.

—Bien, por amor de Dios, escúpelo en vez de andarte por las ramas.

—De acuerdo. Creo que te equivocaste. No deberías haberla obligado a marcharse.

—Tú también, no... Como si ya no tuviera suficiente con que todos los criados me miren como si le hubiera atado a esa mujer una piedra al cuello y la hubiera ahogado en el río. ¡Maldita sea! ¡Fue por su propio bien! ¡Cualquiera diría que la mandé al paredón!

—Puede que lo hayas hecho, amigo mío.

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

—Primero voy a emborracharnos —dijo, levantándose para llenar las dos copas de coñac—. Ahora, voy a decirte algo en la más estricta confidencia. Es un asunto delicado. Y tiene que ver con Kate.

—Si te refieres a lo que le ocurrió en la Península, lo sé.

—Te lo contó en el carruaje, ¿verdad? Pensé que había sido esto cuando os vi las caras aquel día.

—Un sobresaliente en dotes de observación —musitó Jack, amargamente.

—¡Qué valiente es esa mujer! Es muy doloroso hablar de ese tema. Probablemente tenía miedo de que tú también la despreciaras.

—¿Despreciarla? ¿Despreciarla, dices? ¿Cómo podría yo despreciar a Kate? ¿Qué diablos quieres decir con eso?

—No estoy diciendo que yo lo haga ni que nadie debiera hacerlo. Lo que ocurre es que pareció que no podías esperar para librarte de ella. Menos de veinticuatro horas después de que descubres que un francés... la mancilló... la echas de la casa.

Esa muchacha probablemente cree que la desprecias. ¿Qué otra cosa podría pensar si no?

— Eso es... Ella no...

— Eso no lo sabes, porque la echaste sin vacilar.

— Pero yo...

— Oh, sí. Yo sé por qué lo hiciste, pero ¿lo sabe ella? Ella espera que se la desprecie. Ya le ocurrió antes. Perdió a su prometido por esa razón, aun que eso no tiene nada de malo porque ese tipo no se la merecía. Se conocían desde la infancia, pero eso no le impidió que la despreciara cuando se desató el escándalo. Ese tipo canceló la boda y a muchas personas les pareció que hacía lo correcto.

— No sabía que...

— La historia se supo y todas las gatas le clavaron las uñas del modo más cruel. Las cosas que algunas de ellas le dijeron te pondrían los pelos de punta ¡Vaya con el sexo débil! Esas brujas se ensañaron con Kate del modo más cruel, aunque siempre con la más dulce de las sonrisas. La consideraron una traidora por haber cuidado a soldados franceses. Todas decían que se había ido con ellos porque había querido. La llamaban ramera a sus espaldas... Y unas pocas se lo dijeron a la cara, pero con tanta cortesía y dulzura... Te digo una cosa, Jack, casi me quitó las ganas de estar con mujeres de por vida. El sexo débil...

— Sé a lo que te refieres — dijo Jack, pensando en Julia Davenport.

— Lo peor es que lo mismo le podría ocurrir en Londres. Algunas de las arpías de Lisboa del año pasado estarán también en Londres. Aunque no sea así, ya sabes cómo son las mujeres para escribir cartas. Es fácil que alguien conozca su historia. Tarde o temprano, se sabrá todo. Es solo cuestión de tiempo.

Jack se quedó sin palabras. Sabiendo eso, no era de extrañar que Kate hubiera ido a Londres como al matadero. Tendría un hacha pendiendo sobre su cabeza durante todo el tiempo que pasara en la capital del reino. Solo era cuestión de tiempo que el hacha cayera.

Jack gruñó y apretó el puño. Un crujido seco indicó que había roto la copa con la mano. Francis se incorporó, exclamando al ver cómo la sangre goteaba de los dedos de su amigo.

— Me voy a Londres — dijo Jack, por fin—. No puedo dejar que piense eso de mí... Y cállate, Francis. Es solo un maldito arañazo. Me voy a Londres mañana por la mañana. ¿Vienes conmigo?

— Por supuesto, amigo mío, por supuesto.

Capítulo 16

— Tu joven protegida parece estar progresando mucho, Maudie.

— Gracias, Gussie — replicó lady Cahill —. No podría estar más orgullosa de ella aunque fuera mi propia hija.

Lady Cahill y varias de sus amigas estaban tomando el té. Las damas disponían de una enorme bandeja con una humeante tetera y deliciosos pastelillos, aunque la botella de jerez estaba casi vacía.

— Es una chica encantadora. ¡Encantadora!

Lady Cahill sonrió. Kate se había acostumbrado a su nueva vida como pez en el agua. Al principio, había tenido cierto miedo a que diera algún paso en falso, pero no había sido así y la anciana estaba maravillada con ella. Y disfrutaba con los elogios que ella recibía.

— Es una chica muy educada, bonita, sensata y de buena cuna, Maudie. La pobre Maria hubiera estado encantada de ver lo deliciosa que es su hija.

Las demás damas asintieron. Lady Cahill se dijo que el éxito de Kate era algo que se podía esperar. Kate era una muchacha sociable y buena oyente. Además, el haber tenido que ocuparse de la casa de su padre y su experiencia de haberse tenido que adaptar a las más terribles condiciones, le daba un aire de seguridad que muchos tomaban como señal de buena clase. Por añadidura, como se había pasado la vida entre hombres, no se mostraba tímida o reservada con los caballeros que conocía. Era capaz de escuchar los aburridos relatos de un general con el mismo entusiasmo que los de un joven.

Amelia, la nieta de lady Cahill, había presentado a Kate a todas sus amigas. Ellas la habían encontrado elegante, con un buen sentido del humor, ingeniosa y con un profundo desinterés en sus maridos, por lo que todas las consideraban una muchacha dulce y encantadora.

— Es muy popular con los militares — decía una dama de cierta edad, sujetando una taza de té.

— Y ya sabes por qué, Ginny Holton, así que no tienes por qué burlarte — le espetó lady Courtney —. Ya sabes muy bien lo que esa dulce joven hizo por mi Gilbert.

Las demás asintieron. Gilbert, el nieto de lady Courtney, casi no había salido de su casa hasta que la señorita Farleigh lo había convencido para que entrara en sociedad con ella. Aparentemente, la razón de su timidez era que le faltaba un brazo y tenía un ominoso parche en el ojo.

— Le dijo que tenía el aspecto de un maravilloso pirata y que eso la protegería a ella de una atención que no deseara — recordó lady Courtney, secándose los ojos —. Entonces, le dijo que no debía culparla a ella si se veían rodeados por jovencitas, dado que él tenía un aspecto terriblemente romántico. Aquello hizo que mi nieto se echara a reír y consintiera en salir con ella. Desde entonces, no es el mismo.

—Sí, Ginny —afirmó otra dama—. Si Kate es tan popular con los militares, no es de extrañarse. Tú solo hablas así de ella porque tu Chloe no tiene ni una sola invitación de nadie. Es una pena, pero no por eso tienes que criticar a las demás.

Era cierto. La atención que Kate había prestado a los heridos y su trabajo en la guerra de España la convertían en la compañía predilecta de los jóvenes militares. Su corte de admiradores se veía en cabezada por el señor Lennox, sir Toby Fenwick y otros jóvenes que estaban encantados de llevarla a la ópera o de acompañarla a pasear por Hyde Park. Además, por su abultada herencia, se veía cortejada por hombres de posición, aunque también de algunos cazafortunas.

Lady Cahill se sentía satisfecha. Sin embargo, le faltaba un factor de la ecuación. Esperaba que se presentara muy pronto en Londres antes de que Kate se enamorara de un jovenzuelo que no se la mereciera.

—¿Qué le parece esto, señorita? —le preguntó la doncella, colocándole un adorno de flores sobre el pelo.

Kate se contempló. Casi no se reconocía. Su pelo había sido peinado a la última moda, lo que había mejorado mucho su apariencia. Por primera vez en su vida se sentía casi bonita. Todo el conjunto se veía realzado por su nuevo vestido, de un tono verdoso que le resaltaba el color de sus ojos y minimizaba el delicado tono dorado de su piel, provocado por haber pasado mucho tiempo al aire libre.

Lady Cahill y Amelia la habían sometido a un rígido régimen de fresas, para refinar y aclararle la piel, baños de leche, para suavizársela. Además, para la nutrición y tonificación de la piel, le colocaban lonchas de ternera cruda sobre la piel, mientras Amelia le leía. Dos veces al día, le aplicaban agua de piña destilada, para borrarle pequeñas arrugas, mascarilla de huevo y limón, para borrarle aquel horrible bronceado, y mascarillas de avena, para refinarle y darle luminosidad a la piel.

Kate se reía y se quejaba de que se sentía como el principal ingrediente de un guisado extraño y exótico, aunque admitía que la piel de su rostro había mejorado notablemente con tantos cuidados. Sin embargo, le parecía un terrible desperdicio de comida.

Además, estaban las compras, una orgía de gastos que, según sus guías, eran solo las necesidades básicas. Kate trataba de mostrarse práctica, pero le resultaba difícil al ver los hermosos e irresistibles vestidos que le sugerían lady Cahill y Amelia. Primero eligieron las telas en los mejores almacenes de la ciudad. Luego, fueron a ver a Madame Franchôt, la modista de Amelia, que le aconsejó los mejores diseños de acuerdo con su rostro y su figura. Tan confusa la habían dejado entre todas que, al fin, Kate había decidido dejar que lady Cahill, Amelia y Madame Franchôt eligieran el diseño de sus vestidos y dónde debían ir los drapeados, los fruncidos y los adornos.

Perdida entre tanta ensoñación, se dio cuenta de que la pobre criada estaba todavía esperando que le diera respuesta sobre el tocado de flores.

—Creo que no, Dora —musitó, en tono de disculpa—. Para ser te sincera, me aterra que se me caiga del pelo —añadió. Rápidamente la doncella le aseguró que aquello era imposible—. Además, siento la cabeza muy rara desde que me arreglaron el pelo de este modo, por lo que estoy segura de que tú me entiendes, aunque me asegures que lo prenderías muy bien.

Dora acabó por ceder y admitió que la señorita, una vez más, sería la admiración de todos aquella noche, aunque fuera sin las flores.

Kate recordó que el éxito en sociedad era muy importante. ¿Cómo se podía haber olvidado? Había intentado no pensar en otras cosas ni preguntarse lo que estaría pasando en Sevenoaks. Aquel era el beneficio de participar en constantes reuniones sociales. Una no tenía tiempo para pensar. Aquella noche iba a un baile y le sorprendería mucho si tuviera tiempo de pensar en Jack ni si quiera una sola vez...

Jack se apoyó contra una elegante columna, con las manos metidas en los bolsillos y el ceño fruncido. Había sido idea de Francis acudir a aquel baile, aunque Jack lo había lamentado desde el momento en que llegaron y había puesto los ojos en Kate. Se había transformado completamente. De la desharrapada chiquilla que era la primera vez que la vio, se había convertido en una belleza.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Qué diablos está haciendo bailando con ese idiota de Fenchurch? ¡Y con ese vestido!

Jack casi no podía apartar la mirada de las hermosas curvas que revelaba el escote, muy a la moda, del vestido de Kate y notó que lo mismo le ocurría a su compañero de baile. Y a muchos otros caballeros.

—Es un buen tipo, ese Fenchurch. Kate hará bien en animarlo para que la corteje —dijo Francis—. De hecho, no podía ser más adecuado para ella.

—¡Si es un completo calavera!

—¿Sí? ¡Vaya! Eso es nuevo para mí. Siempre creí que era buen amigo tuyo. ¡Vaya, vaya! Me sorprende que me digas que es un calavera. Sin embargo, es un tipo guapo, con título... Supongo que eso aumenta su popularidad con las damas.

Jack gruñó. Él no podía ver nada de especial en los rasgos del vizconde, ni en su altura ni corpulencia. Además, le estaba diciendo algo a Kate que la había hecho sonrojar...

—Ponte derecho, muchacho. ¡Deja de apoyarte sobre esa columna! ¿Cuántas veces te he dicho que no te metas las manos en los bolsillos? Además, no sé cómo podéis llevar bolsillos en esas cosas tan apretadas...

—Buenas noches, abuela —dijo Jack, con un suspiro.

—¿Has visto a mi joven protegida? —preguntó la anciana. Jack gruñó como respuesta—. Es en cantadora, ¿no te parece? Me hace sentirme muy orgullosa. Ojalá su madre pudiera verla.... —añadió, llevándose un pañuelo a los ojos—. ¿Quién está bailando con ella?

—Fenchurch.

Lady Cahill sonrió. Ni siquiera había mirado a donde estaba Kate.

—Ah, sí. Es un chico muy alto y muy guapo, ¿verdad? Aunque eso no tiene ninguna importancia, ya que todos los que la pretenden los son. Esa chica es muy popular. Su carné de baile estaba lleno antes de que llevara aquí diez minutos. Dudo que pueda bailar contigo, Jack. Sin embargo, podrías preguntárselo.

Jack bufó. Lady Cahill ahogó una sonrisa.

—Mira, ya se ha acabado el baile y todos vuelan a darle un refresco o a encontrarle una silla. Esa muchacha no está sola ni un momento. Siempre rodeada de admiradores... Pero, tú, Jack, no estás interesado en los desvaríos de una anciana. Dime. ¿Qué ha traído a mi nieto favorito a Londres?

Su nieto favorito murmuró algo ininteligible y se marchó, con el ceño más pronunciado que antes. Kate era un éxito social y él estaba completamente furioso. Había ido a toda prisa a la capital para rescatar a una pobre doncella en peligro y la había encontrado en la cresta de la popularidad y rodeada de admiradores. ¡Y su carné de baile estaba completamente lleno como para bailar con él!

Jack no tenía ninguna intención de unirse a su ejército de admiradores y a suplicarle un momento de atención. Prefirió esconderse tras otra columna y fruncir aún más el ceño.

Kate lo vio llegar. Durante un momento, el corazón pareció dejar de latirle. Parecía cansado y tenía los hombros y el pelo mojados por la lluvia que caía en el exterior. Deseó correr hacia él y lanzarse a sus brazos. Deseó tanto besarlo...

Sin embargo, continuó bailando mecánicamente. ¿Por qué habría ido a aquel baile? ¿Cuánto tardaría en verla? ¿Le gustaría su nuevo aspecto? ¿Le pediría un baile? Lo había echado tanto de menos...

Se obligó a no mirarlo y centró su atención en el vizconde Fenchurch, sonriendo automáticamente aunque no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. El baile terminaría pronto y Jack se acercaría a ella. Decidió utilizar los movimientos del baile para ver lo que estaba haciendo.

Al ver que estaba mirándola, se quedó atónita. Sus ojos ardían, como si estuviera condenándola con la mirada, como si la despreciara. Se quedó tan perpleja que sus pies y su sonrisa le fallaron, pero se recuperó y continuó.

Aquel número de baile fue el más largo que recordaba, pero pudo soportarlo. Pensaba que se había hecho a la idea del desprecio que Jack sentía por ella, pero al verlo de nuevo, tan patente, su rechazo se había clavado como un cuchillo ardiendo en la barrera defensiva que había levantado a su alrededor. Una vez más.

El baile terminó, pero, antes de que pudiera excusarse y procurar estar sola para recuperarse de su desengaño, la orquesta había empezado a tocar otra vez y ella se había visto de nuevo bailando.

Para cuando terminó aquel otro baile, el mal genio de Kate fue empeorando. Jack seguía apoyado contra una columna, observándola constantemente, con el rostro lleno de furia y desaprobación.

¿Cómo se había atrevido a seguirla a Londres? Solo estaba allí por su culpa, ya que ella no había querido ir. Había sido él quien la había entregado a su abuela. ¿Cómo podría atreverse a mirarla de aquella manera?

Durante la siguiente hora, bailó y se dejó llevar por los cumplidos de su corte de admiradores, declinando con una sonrisa una proposición de matrimonio y añadiendo más enamorados a su lista de conquistas. Sin embargo, mientras tanto, estaba furiosa con Jack.

Él permaneció allí una hora más. Finalmente, sin poder aguantar aquella situación ni un minuto más, se dio la vuelta y se abrió paso a través de los invitados. Kate lo observó mientras desaparecía, sin ni siquiera mirarla. De repente, se dio cuenta de que tenía un terrible dolor de cabeza y buscó a lady Cahill para pedirle que la llevara a casa.

—El señor Carstairs volvió a venir esta mañana, lady Cahill —anunció el mayordomo, con cierta desaprobación en la voz.

—Y supongo que, por tu tono de voz, la señorita Farleigh había vuelto « a no estar en casa» —dijo la anciana. Su mayordomo asintió—. ¡Estúpida muchacha! Supongo que tendré que hablar con ella al respecto. Dile que venga a verme.

—Ahora, señorita, me gustaría saber por qué mi nieto ha estado acudiendo a esta casa durante la última semana pero, aparentemente, no había nadie en casa para recibirlo. Y no estoy hablando de mí misma.

—He estado muy ocupada... —mintió Kate, sonrojándose— ... Bueno, si quiere saberlo, no deseo hablar con él. ¿Por qué iba yo a tener que sufrir más su tiranía?

—¿Tiranía?

—Sí, señora. Como si no fuera suficientemente difícil tener que soportar la frialdad con la que me mira cada vez que entro en una sala, sea donde sea. Me está dejando en ridículo, lo mismo que a sí mismo. Ojalá regresara a Leicestershire y me dejara en paz. No tiene nada que decirme que no haya oído antes o, si lo tiene, no deseo escucharlo, dado que ya sé lo que será.

—¿Tú crees?

—Sí, señora.

—Si no me equivoco, no has vuelto a hablar con mi nieto desde que te marchaste de Leicestershire.

—No ha habido necesidad —dijo Kate, sonrojándose—. Me dejó muy claro entonces lo que pensaba de mí. Y su comportamiento desde entonces lo ha reforzado.

—¿Y no hay posibilidad de que te estés equivocando? Los hombres jóvenes, como también las mujeres jóvenes, dicen a menudo tonterías que no quieren decir realmente, especialmente cuando están enamorados.

—¡Enamorados! ¡En eso sí que se equivoca, señora!

Querida mía, cuando tengas mis años, sabrás que los hombres jóvenes, particularmente los que son como mi nieto, no se ponen en evidencia siguiendo a una dama solo para mirarla desde lejos, a menos que sus sentimientos sean muy fuertes. Y solo hay un sentimiento capaz de producir ese comportamiento. No —dijo, cuando vio que Kate iba a protestar—. Este asunto se está convirtiendo en tema fastidioso y aburrido. Te suplico que pienses en lo que he dicho, aunque no hablaremos más del tema. Voy a descansar durante unas horas antes de prepararme para el baile de esta noche —añadió, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta del salón—. Espero que notes que mi nieto está en el baile de esta noche. Wellington es el invitado de honor. Va a ser su última aparición pública antes de volver a la península.

Capítulo 17

—Dios Santo, ¿cómo se las ha arreglado esa mujer para introducirse entre personas decentes? ¿Saben nuestros anfitriones que es una traidora y una ramera?

La penetrante voz se hizo oír por docenas de invitados en aquel baile. Como si fueran una, todas las cabezas se volvieron a la vez.

—¿Que a quién me refiero? A la Farleigh, desde luego. Mírala, bailando como si no tuviera nada de qué preocuparse en este mundo, la muy sinvergüenza. ¡Y en el baile de honor de nuestro valiente y gallardo marqués de Wellington. ¡Qué descaro!

La voz bajó un poco su intensidad, pero siguió reuniendo un grupo de invitados, ávidos de escándalos y de rumores.

—Esa fulana traicionó a nuestros bravos soldados y los entregó a los franceses. Además, ¡fue amante de un francés y vivió con él! Yo lo sé porque mi marido fue uno de los oficiales que la capturaron. Su padre estará revolviéndose en su tumba. Era un religioso. Todo hay que decir que yo siempre me pregunté por qué no la miraba nunca... Debió imaginarse...

Los invitados fueron acercándose más y más.

Algo iba mal. Kate lo presentía. Tantas miradas de soslayo, comentarios, susurros seguidos de escrutinios significativos...

—Señorita Farleigh, creo que es nuestro baile —dijo un elegante joven, llevándola al salón de baile—. ¿Se ha enterado, señorita Farleigh? es muy emocionante. Aparentemente, una ramera se ha estado haciendo pasar por una dama, cuando todo el tiempo estuvo espionando para los franceses y siendo su fulana. ¡Y está aquí esta noche!

Kate apartó la mirada. Se sentía enferma. En silencio, rezaba para que pudiera terminar aquel baile y luego marcharse sin que nadie se diera cuenta.

Sin embargo, no pudo ser. Mientras bailaban, su pareja de baile iba contándole los rumores a todos con los que se cruzaban hasta que se detuvo y la miró, muy pálido. Entonces, volvió a hablar con quién lo había informado de la verdad, susurró algo y continuó bailando, pero ya no volvió a mirarla a los ojos. Sus dedos la tocaban con desdén. A medida que el baile iba desarrollándose, Kate sintió que el hielo iba rodeándola. Ya nadie la miraba, ni la tocaba, ni hablaba con ella.

La amargura se apoderó de Kate. Siempre había sabido que aquello terminaría por ocurrir. Por eso, nunca había querido presentarse en sociedad.

—Ceddy, por favor, acompáñame con mi madre. No creo que ella quisiera verme bailar con una traidora —dijo una joven dama, abandonando el baile enseguida.

En segundos, el orden de la danza se destruyó por completo. Cada una de las damas empezó a marcharse, escoltada por su acompañante. Kate miró a su pareja, suplicándole. Si él la sacara de la sala, podría marcharse con un poco de dignidad.

—¡Mi hermano resultó herido en Salamanca! —exclamó de repente, antes de marcharse.

Kate se quedó en el medio del salón de baile, petrificada. Sabía que tenía que moverse, escapar de aquellas miradas de odio, pero no podía. La música cesó también a medida que los rumores empezaron a subir su volumen. Sintió cómo los invitados iban formando una densa barrera, ansiosos de aliviar con ella sus aburridas vidas.

Leones y cristianos.

Aquel pensamiento le dio la fuerza que necesitaba para moverse. Se giró y buscó a lady Cahill con la mirada, pero no la veía por ninguna parte. Kate avanzó lentamente, intentando no pensar en los cientos de ojos que la miraban, despedazándola.

No tenía nada de qué avergonzarse. No les daría esa satisfacción. Por eso, irguió la espalda a medida que los invitados se iban apartando, de mala gana, para abrirle paso. Damas que solo horas antes habían reclamado su amistad, apartaban la cara a su paso. Nadie la miraba a los ojos.

—¡Poco más que la buscona del campamento!

—¡Qué descarada! Intentar hacerse pasar como una más en compañía decente...

—¡Fulana traidora!

El cuerpo empezó a temblarle. No podía hacer nada. No había modo de afrontar los susurros de unas personas que ni siquiera la miraban a la cara. Siguió andando, desesperada, esperando que el temblor de su cuerpo no se notara a simple vista.

De repente, un brazo vestido de negro salió de entre la multitud y la volvió a llevar al centro del círculo.

—¿Cómo...?

—Creo que te has olvidado de mí, Kate —dijo Jack. Ella lo miró sin comprender—. De mi baile—. ¿Te habías olvidado?

—Pero...

Ella no le había prometido ningún baile. Además, él nunca había vuelto a bailar desde que lo hirieron en la guerra. ¿Por qué iba a hacerlo ahora que el mundo se volvía contra ella? Kate intentó soltarse, pero él la tenía firmemente agarrada.

Cuando llegaron al centro de la pista de baile, él la tomó de la mano y se la besó ligeramente, tras hacerle una reverencia. Kate lo miró asombrada.

—Valor, querida —susurró—. Vamos a mostrarles a todos ellos de lo que son capaces un lisiado y una heroína de guerra y que no se dejan vencer por los rumores.

Jack hizo un gesto para la orquesta. Cuando Kate miró, vio a sir Toby de pie, al lado de los músicos. Él sonrió y la saludó con la mano antes de volverse hacia la orquesta. Por fin, la música empezó a sonar.

Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas al mirar el hermoso rostro que se inclinaba sobre ella. Había estado preparada para soportar cualquier cosa, burla, repulsión, mofa... Sin embargo, la gentileza de Jack la sobrepasó.

Con decisión, él seguía los pasos del baile, realizando con torpeza algunos movimientos. Kate bailaba con gracia, corrigiendo los errores de la cojera de Jack siempre que podía. Él no dejaba de mirarla, pero ella iba bailando a ciegas. Ninguno de los invitados podía ver las lágrimas que le corrían por las mejillas. Jack sonreía tiernamente, dándole valor.

La sala de baile permanecía tan en silencio que podría haber estado llena de fantasmas. Solo se oía la música, el taconeo de los zapatos de Jack y el suave susurro de las delicadas zapatillas de raso que ella llevaba puestas.

Por fin, el baile acabó, pero bajo la supervisión de Tubby, el siguiente empezó inmediatamente. Cuando el número estaba terminando, Jack se inclinó sobre ella y murmuró:

—Dos bailes son mi límite. Si bailamos un tercero la gente empezará a pensar que eres muy lanzada.

Kate lo miró fijamente. La estaban etiquetando de ramera y de traidora y a él le preocupaba que pensarán que era muy lanzada. Sin embargo, la música volvió a empezar.

—Creo que es mi baile, señorita Farleigh —dijo Francis—. Vete ya, Carstairs. Esta dama me lo ha prometido.

Seguía sin haber nadie sobre la pista de baile.

—Señorita Farleigh, ¿quiere hacerme el honor de bailar conmigo en el próximo número?

Un joven se acercó a Kate. Iba vestido con un traje impecable, aunque una de las mangas estaba completamente vacía. Kate lo miró sin comprender.

—Tal vez no se acuerde de mí, señorita, pero nos conocimos en Badajoz. Arnold Bentham a su servicio. Soy el primo de Francis.

Kate miró la manga que llevaba recogida, pero el joven sonrió.

—No, señorita Farleigh. Ese brazo lo perdí en Salamanca. Usted me salvó el otro en Badajoz y yo ahora se lo pongo a su disposición.

Con el brazo que le quedaba, Arnold la sacó a la pista de baile. Entonces, otras dos parejas se les unieron, Francis y Andrew Lennox con sus acompañantes. Ya no se veía a Jack por ninguna parte.

—Señorita Farleigh, ¿puedo presentarle a mi hijo como pareja de baile? Le falta un poco de práctica, pero estoy segura de que a usted no le importará —dijo una voz, bien modulada.

Kate se dio la vuelta y se quedó atónita. Su pareja de baile estaba inmóvil, sonriéndole, con el brazo colocado sobre el hombro de una mujer de mediana edad. Era Oliver Greenwood, a quien había conocido cuando era teniente en Torres Vedras, con la cara llena de sangre. La había visitado varias veces desde que había llegado a Londres, pero él era la última persona que esperaba ver en un baile. Oliver Greenwood era ciego.

—Señorita Farleigh, me haría un gran honor si bailara conmigo —afirmó el muchacho, haciéndole una reverencia.

Kate miró a la señora Greenwood. El rostro de la madre estaba lleno de emoción y asintió a Kate, con los ojos llenos de lágrimas.

—El honor será todo mío —respondió ella, mientras trataba de controlar las lágrimas.

Inmediatamente, se vieron rodeados por más parejas. Francis, Tubby, Lennox y otras desconocidas, cuyos rostros le resultaban algo familiares.

Todos sonreían y la animaban. Kate no sabía cómo podría agradecerles nunca tales muestras de apoyo. Cuando acabaron el baile, ella ya no era la única que estaba llorando.

—¿Puedo escoltarla hasta su guardián, señorita Farleigh? —dijo Oliver, que había completado perfectamente el baile con la ayuda de los demás hombres.

—Todavía no, señor Greenwood —dijo una voz muy profunda, a sus espaldas—. Quiero hablar con esta señorita.

—¡Señor!

Todos los oficiales efectuaron un saludo militar, incluso Oliver Greenwood.

Kate se volvió. Jack se acercaba a ella con un hombre de baja estatura, delgado y con una de las narices más famosas de toda Europa.

—¡Señor! —exclamó ella, haciendo una profunda reverencia.

—Así que esta es la señorita Farleigh, la que tiene a todos mis oficiales enamorados, ¿no? —dijo el marqués de Wellington. Entonces, le sonrió y se inclinó hacia ella para besarle la mano. Un murmullo de sorpresa recorrió toda la sala—. Conocí a tu padre, querida mía. Y a tus hermanos, todos ellos hombres buenos y valientes. Siento mucho su muerte. Sé que los tres se hubieran sentido muy orgullosos de ti —añadió, tomándola de la mano y entrelazándola con su brazo—. ¿Damos un paseo por la sala? El joven Carstairs me lo ha contado todo. Atajo de murmuradores despreciables... Pero nosotros nos ocuparemos de ellos. Les mostraremos que son unos cobardes.

Wellington avanzó con ella del brazo entre los invitados, que se apretaban contra ellos, deseosos de hablar con el gran hombre. Cuando lo hacía, él presentaba a Kate, mencionando que era un amigo de su familia y que era una valiente heroína.

Muy pronto se les unió un grupo de damas, una de las cuales se agarró del otro brazo de Kate.

—Soy lady Charlotte, querida mía. Siento muchísimo que haya ocurrido todo esto. Si lo hubiera sabido... pero estábamos todas jugando a las cartas. Me temo que me acabo de enterar de lo que estaba ocurriendo.

Al mirar al resto de las damas, Kate reconoció a Lady Courtney, aunque la primera dama que había hablado con ella era una desconocida.

—Soy la madre de Arnold Bentham —añadió la mujer, al ver su perplejidad—, pero ya conoces a mi sobrino Francis. Usted salvó la vida de mi hijo, señorita Farleigh. Por eso, tiene mi amistad y mi apoyo sin límites y el de todas estas damas.

Mientras recorría el salón de baile del brazo de Wellington y de lady Charlotte, acompañada además de las damas más respetables de la ciudad, se sintió asombrada del giro que había dado su suerte. No acertaba a comprender del todo lo que estaba pasando pero saludaba a todo el mundo, casi sin recordar a quién le presentaban.

Jack estaba unos pasos detrás de ella. Kate podía sentir su presencia, sentir su fuerza. Quería tocarlo, pero no podía. Cuando se volvió a mirarlo, se acariciaron solo con los ojos, aunque ella tuvo que seguir avanzando, inexorablemente, del brazo de sus protectores.

A Kate le resultaba increíble. Había salido de la peor pesadilla para entrar en una procesión triunfal del brazo del héroe más grande de Inglaterra, pero había sido Jack quien la había salvado. Se había arriesgado a sufrir el ostracismo de todos solo por salir a defenderla.

Al volver a mirar hacia atrás, vio que él ya no estaba allí. Recorrió la sala con la mirada, ansiosamente. ¿Dónde estaba?

Vio a Francis y le preguntó en silencio, solo con un gesto. Él le devolvió una mirada sombría y se encogió de hombros. Kate comprendió. Jack se había marchado. ¿Por qué?

Sintiendo plomo en el corazón, prosiguió con su desfile, tratando de concentrarse en los saludos de todos los invitados.

—¿Qué quieres decir con eso de que se ha ido? ¿Adónde se ha ido? No se la ha visto desde ese maldito baile y, déjame que te diga, abuela que no es eso lo que debe hacer. Tiene que salir para que la vean y comprendan que no tiene nada que ocultar. Ya hemos pasado lo peor, pero si se esconde...

—Te he dicho que se ha ido, Jack. Se ha marchado.

—¿Adónde? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Quieres decir que se ha marchado de Londres? —preguntó él, comprendiendo por fin.

Lady Cahill lo miró con compasión y luego sintió que el corazón se le endurecía. Jack se había estado comportando como un necio.

—¿Adónde se ha ido?

—Ha vuelto al pueblo en el que la encontré.

—¡Dios santo! ¿Cómo has podido dejar que haga...? ¿Y qué tiene allí? ¿Quién la ha acompañado? ¿Cómo viaja? —quiso saber Jack, poniéndose de pie. Su abuela se encogió de hombros—. ¿Quieres decir que la has dejado marcharse sola?

—No me consultó, Jack. Y no me hables con ese tono. ¡Estoy tan preocupada por ella como tú! Esa muchacha se escapó al amanecer.

—¿Y cómo viaja?

—No lo sé, Jack. ¡Supongo que en una diligencia!

—¡Dios Santo! ¿Es que no conoce los peligros de eso? Hay salteadores de caminos, accidentes... —exclamó él, saliendo rápidamente del salón.

Lady Cahill contempló cómo se marchaba con una sonrisa en los labios.

—¿Qué diablos te crees que estás haciendo?

El caballo, pareció salir de ninguna parte, asustó tanto a Kate que casi le hizo tirar la cesta. Al reconocer al caballo, levantó la vista para mirar al jinete. Sobre el lomo del animal, manchado de espuma, viajaba Jack Carstairs.

Tenía un aspecto terrible. Iba cubierto de barro, sin afeitar y con la ropa manchada.

—Buenas tardes, Jack —dijo ella, con voz tranquila—. Como ves, iba de camino al pueblo.

—De camino al pueblo, ¿eh? Y no se te ha ocurrido pensar en lo preocupados que podríamos estar los demás? —le espetó él. Kate lo miró sin entender. ¿Por qué iba él a estar preocupado?—. Además, ¿cómo has llegado aquí?

—Alquile un carruaje con jinetes de escolta.

—¡Un carruaje con jinetes de escolta! —exclamó él, como si estuviera escandalizado por aquello.

—Bueno, ¿y qué tiene de malo?

—¡Sólo que paré todas las diligencias que venían aquí desde Londres buscándote!

—¿De verdad? —preguntó Kate, echándose a reír.

Entonces, con un rápido movimiento la subió al caballo e hizo que el animal echara a andar.

Kate se resistió, pero a medida que el caballo fue ganando velocidad, tuvo que agarrarse a Jack para no caerse. De repente, él la besó. La magia de aquel gesto la transportó al mundo en el que más deseaba estar. Enredó una mano en el cabello de

él y con la otra le acarició la mandíbula. Abandonando todas las defensas, ella abrió su corazón y se dejó amarlo.

Cuando el beso terminó, Kate suspiró y frotó la cara contra la mandíbula de su amado.

—No había necesidad de escapar, ¿sabes? Lo teníamos todo bajo control. Serás un miembro de pleno derecho en la sociedad, sin sombra de duda.

—¿Escapar? ¿Es que no te lo dijo tu abuela?

—Claro que me lo dijo. ¿Cómo te crees que supe dónde buscar? ¿Qué es lo que hay aquí para ti? ¿Una casa medio abandonada? ¡No puedes preferir esto a Londres!

—Todo lo que quiero en el mundo está aquí y no en Londres.

—¿Nada?

—No. Todo lo que quiero en este mundo está aquí —insistió ella.

Derrotado, Jack hizo que el caballo fuera hacia el pueblo. Cabalgaban en silencio, con el ruido de los cascos como único acompañamiento. Kate se apoyaba contra el pecho de él. ¿Y qué más podía decirle sin saber lo que Jack sentía?

¿Por qué había ido detrás de ella? ¿Lo habría enviado su abuela o lo había hecho porque no soportaba que lo enojaran? Efectivamente, había salvado su reputación, pero le había dejado claro que no quería nada con ella. Kate sabía que la deseaba, pero ella necesitaba mucho más que eso.

Cuando estaban a punto de entrar en el pueblo, Jack detuvo el caballo.

—¡Maldito sea si lo hago o si no lo hago! ¡No pienso pararme a mirar las consecuencias! —exclamó Jack, de repente, dando la vuelta al caballo para que galopara en la dirección opuesta.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella—. ¡Mi casa está en la otra dirección! ¡Jack! ¿Dónde vamos?

—Te estoy secuestrando. Todo el mundo lo hace. ¿Y por qué yo no?

—Jack, por favor... —susurró ella. Entonces, empezó a llorar.

Atónito, él detuvo el caballo. Descendió y luego desmontó a Kate, que se desmoronó sobre la hierba. Él se sentó a su lado, tomándola entre sus brazos.

—No, Kate, por favor, no llores. No puedo soportar verte llorar.

Kate lloró con más ganas. Jack la tomó entre sus brazos, meciéndola suavemente. Finalmente, consiguió que ella se tranquilizara.

—¿Por qué? —susurró ella.

—Pensé que si decidías vivir en el anonimato del mundo rural... Bueno, tal vez podrías...

—¿Sí?

—Bueno, pensé que si ibas a enterrarte en un pueblo, era mucho mejor que lo hicieras conmigo. Soy despreciable, ¿verdad? Un ser arrogante que pensó que podrías consentir...

—¿Consentir qué?

Después de un largo silencio, Jack se sacó un documento del bolsillo. Tras mirarlo durante un instante, lo dejó en la hierba.

—Velo tú misma. Esta es la prueba documental del necio arrogante y desesperado que soy. Venga, ábrelo, pero no te rías de mí.

—Es una licencia especial —dijo ella, examinando el documento—. Y no muy reciente.

Kate se dio cuenta, emocionada, de que la había sacado poco antes de que Jeremiah Cole la secuestrara.

—Ya ves, tonto de mí, pensé que podría conseguir que te casaras conmigo.

—¿Y por qué no me lo pediste?

—¿Pedírtelo? ¿Por qué iba a hacerlo cuando no tenía ninguna posibilidad de que aceptaras? ¿Qué mujer iba a casarse con un tipo como yo, un tullido, feo y malhumorado, sin un penique que poder ofrecerte? ¿Qué clase de proposición es esa para una mujer?

—A algunas mujeres les hubiera podido parecer una buena proposición.

—Tal vez... si la mujer lo hubiera perdido todo... su familia, su hogar... su buen nombre, esa mujer me hubiera encontrado adecuado porque no tenía otra opción.

—Pero una mujer que tiene una fortuna, que ha recuperado su buen nombre por un tullido feo y malhumorado sin un penique que ofrecerle... a esa hay que convencerla secuestrándola y coaccionándola.

—Solo porque huiste. No parecía gustarte la vida de Londres, así que pensé...

—Regresé aquí para recuperar las cosas que tuve que empeñar cuando no tenía dinero. Algunas joyas de mi madre, los libros de mi padre... Lady Cahill lo sabía muy bien. Ella me espera de vuelta el martes. Yo no estaba huyendo de nada ni de nadie. ¡Deberías conocerme ya!

—No pensé...

—Claro que no pensaste —dijo Kate, furiosa—. Tienes mal humor, estás sin un penique y eres también bastante estúpido. No me hablaste durante semanas y semanas...

—Pero tú no...

—... te dedicabas a asesinarme con la mirada en los acontecimientos sociales en los que nos veíamos y, por último, me subes a tu apestoso...

—¿Apestoso? —repitió él, rodeándola con los brazos.

—...apestoso y agotado caballo y luego, sin pizca de pudor, me besas...

—Me pareció que tú también me besabas —dijo él, atrapando un puño de Kate, que se acercaba peligrosamente a su mandíbula.

—¡Y, después, por si todo eso fuera poco, me llevas saltando por todo el campo y decides que ni siquiera me merezco la cortesía de que me pidas en matrimonio! ¡Y todo esto cuando yo ya te he dicho que te amo! —exclamó ella, por fin, derrumbándose contra su pecho.

—¡Tú no has hecho eso!

—Claro que lo he hecho —susurró Kate, sonrojándose.

—¿Cuándo?

—Cuando te dije que tenía aquí todo lo que quería —musitó ella, ruborizándose más vivamente.

—¿Y se supone que, de eso, tengo que entender que me amas? —preguntó él, perplejo. Ella asintió. De repente, Jack se echó a reír—. Efectivamente soy un necio. ¡Con lo claro que me lo dijiste! ¿Cómo pude ser tan estúpido como para no comprender?

—Y te besé... —dijo ella, muy dulcemente.

—Sí —susurró él, poniéndose muy serio. Entonces, la estrechó contra su pecho—. Y fue muy agradable.

—Pero no pienso besar a tu horrible secuestrador...

Jack se tumbó de espaldas, colocándola encima de él.

—En ese caso, mi pequeña fierecilla, ¿quiere consentir en besar a un hombre que está locamente enamorado de ti? ¿Un hombre que no tiene nada más que su corazón y una casa algo vieja, pero muy limpia, que ofrecerte? Y, aunque no te merece, te pide humilde y desesperadamente que seas su esposa.

Ella lo miró fijamente durante un momento. Jack se horrorizó al ver que las lágrimas empezaba a acumulársele en sus hermosos ojos.

—Oh, no, no, mi amor, lo siento... Sea lo que sea lo que he dicho o hecho mal, lo siento. ¡Dios! Soy tan torpe, pero te amo tanto... Kate, querida, por favor... No llores... No puedo soportarlo —añadió, al ver que ella lloraba con más desconsuelo.

—Lo siento —susurró ella, de repente, haciendo que a él se le contrajera el corazón—. Lo siento, Jack... Es que soy tan feliz...

A Kate le parecía maravilloso estar abrazada a Jack de aquel modo. Al mirarlo a los ojos, vio una ternura que le llegó al corazón. Después de unos momentos, Kate se incorporó y se estiró el vestido. Él se quedó tumbado, mirándola con una dulce y orgullosa sonrisa en los labios.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo ella, poniéndose muy seria de repente—. ¿De verdad no te importa lo que me ocurrió en España?

—Al contrario, me importa mucho... pero no por las razones que a ti te preocupan —respondió él, tumbándola de nuevo a su lado—. Me importa que sufrieras, que tuvieras miedo y que abusaran de ti, que pasaras hambre y

penalidades, que corrieras peligro y que estuvieras sola sin nadie para protegerte. Me importa que no consiguieras el apoyo y la ayuda necesarios, que fueras blanco de rumores, de crueles impertinencias. Me importa que volvieras a tu casa y que te vieras sin nada. Y por último, me importa que tuvieras que ganarte la vida fregando los suelos de mi casa... Te doy mi palabra —añadió, con la voz llena de emoción—, que nunca más volverás a sufrir hambre, miedo, dolor o soledad, al menos mientras yo viva. Te juro que dedicaré el resto de mi vida a amarte y a protegerte.

—Yo también, mi amor... —susurró ella, antes de que él la besara.

Después de un largo y tierno intervalo, Jack añadió, moviéndose contra ella de un modo muy sugerente:

—Además, creo que la virginidad no tiene lugar en el matrimonio.

Distraída por sus movimientos, Kate tardó un poco en comprender el significado de aquellas palabras y contempló el profundo y apasionado amor que brillaba en los ojos de él.

—Entonces, ¿me prometes amarme y protegerme siempre?

—Siempre, amor mío.

—¿Y de que no vuelva a pasar hambre?

—Claro.

—¿Matar a las arañas?

—Todas las que quieras.

—¿Y no permitirme que vuelva a fregar los suelos?

—¡Un momento! —protestó él, tirándole de la nariz suavemente—. Si te acuerdas, eso no fue idea mía.

—Sí, es verdad. Tú prefieres que los suelos estén sucios —replicó ella, recibiendo un rápido beso como respuesta—. ¿Prometes también que nunca tendré que volver a soportar tu mal genio?

—Eso depende.

—¿De qué, cariño?

—Bueno, de si los pucheros de café o los floreros dejan de volar por los aires en dirección a mi cabeza.

—Oh... No sé si puedo prometerte eso. Los pucheros de café son muy imprevisibles.

—Mmm —dijo él, divertido—. Veo que tardaré como unos veinte o treinta años en entender a los pucheros de café.

—No...

Jack la miró a los ojos. El corazón empezó a acelerársele al ver la adoración que desprendían aquellos hermosos ojos.

—Mucho más tiempo que eso, cariño mío, mucho más tiempo —murmuró ella, besándole dulcemente en los labios.

Epílogo

— ¡Ten cuidado no me tires al suelo!

— ¡Calla! ¡Si no dejas de moverle de ese modo, te prometo que lo haré!

Entre risas, Jack pasó a Kate por debajo del umbral. Entonces, la besó lleno de amor antes de dejarla en el suelo. Kate, que era su esposa desde hacía tres semanas, estaba radiante, tanto, que no podía dejar de besarla una y otra vez.

Carlos, Martha, Millie y Florence los contemplaban con una cálida sonrisa en los labios. Cuando se dio cuenta de que tenían espectadores, Kate se sonrojó. Tiró a Jack de la manga y le hizo un gesto con el dedo. Inmediatamente, todos los rodearon y les dieron la enhorabuena.

Llevaron unos refrescos para todos y las muchachas se acercaron a admirar el vestido de Kate. Después de un rato, Martha se acercó a ellos con una carta muy voluminosa y gesto de disculpa en el rostro.

— Siento interrumpirlo todo, señor, pero esta carta llegó hace dos semanas y, desde entonces, me ha estado preocupando. Es de Londres y parece muy importante — dijo la mujer, entregándole a Jack la carta. Él la examinó y frunció el ceño —. ¡Es de unos abogados, señor! Nunca viene nada bueno de los abogados. Lo siento, señor — añadió, saliendo del salón y llevándose con ella al resto de los criados.

Jack la abrió y empezó a leer los papeles. Después de un momento, se sentó con un extraño gesto en la cara. Kate, muy preocupada, se acercó corriendo a él.

— ¿Qué pasa, Jack? ¿Son malas noticias? No será de tu abuela, ¿verdad?

— No, no son malas noticias. Toma, léelo tú misma.

Kate tomó los papeles. La primera era una carta del abogado, que decía que tenía instrucciones para enviar aquellos papeles cuando se dieran ciertas condiciones. Kate frunció el ceño. El siguiente papel, era otra carta.

— ¡Jack! — exclamó ella, al leer el encabeza miento.

— Léela en voz alta, cariño. Todavía no estoy seguro de creerme lo que dice.

Kate hizo lo que él le pedía.

Mi queridísimo hijo Jack:

Cuando recibas esta carta es porque mis abogados se han convencido de que has roto irrevocablemente con Julia Davenport o es porque ha pasado un año y un día del día de mi muerte. Espero que la razón sea la que cito en primer lugar.

Sea como sea, heredarás todo lo que siempre has considerado tuyo. Yo nunca tuve la intención de dejarte en la pobreza. Mi testamento fue solo el plan de un moribundo para librarte de esa mujer.

Mis médicos me han dicho que moriré dentro de unas semanas, así que he hecho lo que he podido para darte la mejor oportunidad de ser feliz. Sé que mis actos te causarán dolor, hijo mío, y lo lamento profundamente, pero creo que es por una buena razón.

Julia Davenport es una arpía avariciosa. Cuento con que te abandone cuando descubra que no vas a heredar nada. Espero que esto no te cause demasiado dolor, hijo mío.

Espero también que me perdones por mi aparente rechazo. Sé que es un acto cruel, ya que tú siempre has sido un hijo ejemplar, incluso cuando teníamos nuestras diferencias. Sin embargo, lo que busco es verte feliz, Jack. Nada es más importante que el amor verdadero. Tu madre y yo fuimos muy felices y mi corazón se fue con ella el día en que murió. Tú eres su viva imagen, mi querido hijo, y sé que ella nunca me perdonaría si no hiciera todo lo posible para garantizar tu felicidad.

Encuentra otra mujer, Jack, una que te ame con sinceridad y pureza de corazón, que te ame por lo que eres y no por tu fortuna o posición. Cuando encuentres a esa mujer, cástate con ella enseguida y asegúrate de que nunca se aleja de tu lado.

Llevaré encima quinientas libras y las malditas escrituras de Sevenoaks, vaya donde vaya, hasta el día de mi muerte, para que no te encuentres completamente desamparado. Además, sé que tu abuela y tu hermana cuidarán de ti. Las dos te quieren mucho.

Espero que puedas encontrar en tu corazón el modo de perdonar la intromisión de tu padre. Y que Dios te proteja.

Tu padre que te quiere.

—Oh, Jack, tu padre te quería después de todo... —susurró Kate, con los ojos llenos de lágrimas.

Jack no pudo responder. Se limitó a extender la mano y a estrechar a su esposa contra su pecho. Después de un largo momento, murmuró con voz entrecortada:

—Tenías razón, padre, he encontrado a la mujer que me ame con sinceridad y pureza de corazón... Aquí la tienes...

Fin